

Y SIN EMBARGO LOS MUERTOS VIVEN

Hans-Jörg Ronsdorf



La inmortalidad del alma

Hans-Jörg Ronsdorf

Y sin embargo los muertos viven

La inmortalidad del alma

Christliche Literatur-Verbreitung

Postfach 11 01 35 • 33661 Bielefeld

Traducción bíblica utilizada: Überarbeitete Elberfelder (traducción alemana de la Biblia), 1999,
CSV, Hückeswagen

1.^a edición 1992

2.^a edición 1994

3.^a edición revisada y ampliada 2004

© 1992 by

CLV • Christliche Literatur-Verbreitung

Postfach 110135 • 33661 Bielefeld

CLV en internet: www.clv.de

Composición: CLV

Cubierta: Dieter Otten, Gummersbach

Impresión y encuadernación: Ebner & Spiegel, Ulm

ISBN 3-89397-227-7

Índice

Prólogo

1 Introducción	12
1.1 Importancia y alcance del tema	13
1.2 Motivo y desafío	14
1.3 Estructura y organización	15
1.4 El orden de los acontecimientos futuros: el calendario profético	16
1.5 La revelación de la Biblia en el Antiguo y en el Nuevo Testamento	17
1.5.1 La revelación del Nuevo Testamento	18
1.5.2 La revelación del Antiguo Testamento	19
1.5.3 También hay luz en el Antiguo Testamento	20
1.6 Origen y efecto de la muerte	22
1.7 ¿Qué sucede al morir?	24
1.7.1 El espíritu del hombre y la muerte	25
1.7.2 El alma en el morir	26
1.7.3 Espíritu y alma	27
1.8 Diversos aspectos de la muerte	27
1.9 La victoria sobre la muerte	28
1.9.1 Muerte y pecado	28
1.9.2 La muerte y el diablo	30
2 ¿Qué viene después de la muerte?	33
2.1 Lázaro y el rico	33
2.1.1 ¿Se trata aquí de la vida después de la muerte?	34
2.1.2 El sentido de la historia	35
2.1.3 ¿Una parábola?	35
2.1.4 Antes de la muerte	36
2.1.5 La idea judía del más allá	37
2.1.6 El seno de Abraham	38
2.1.7 ¿Cómo llegó Lázaro al seno de Abraham?	39
2.1.8 El Hades	39
2.1.9 El Hades en Lucas 16	42

2.1.10 El Seol	44
2.1.11 Alzar los ojos	45
2.1.12 De lejos	46
2.1.13 La gran sima	47
2.2 El Dios de los vivos	48
2.2.1 Los saduceos	
2.2.2 Moisés y Elías en el monte de la transfiguración	50
2.2.3 La relación entre la vida después de la muerte y la resurrección	51
2.2.4 La imagen del grano de trigo	52
2.3 El malhechor en la cruz	53
2.3.1 El paraíso	54
2.3.2 El paraíso en la tradición judía	54
2.3.3 El paraíso en el Nuevo Testamento	56
2.3.4 ¿Es posible otra interpretación de Lucas 23:43?	58
2.4 Gloria eterna: esperanza frente a la muerte	60
2.4.1 El hombre exterior	62
2.4.2 El hombre interior	63
2.4.3 La morada terrestre de este tabernáculo	63
2.4.4 El ser revestidos	65
2.4.5 El viaje y la patria	68
2.4.6 Otras interpretaciones	70
2.5 El morir es ganancia	72
2.5.1 Otras explicaciones	74
2.5.1.1 ¿Se trata de la segunda venida de Cristo?	74
2.5.1.2 Partir	75
2.5.1.3 ¿Sueño del alma?	75
2.5.1.4 ¿Un derecho solo para Pablo?	76
2.5.2 ¡Encontrarse con Él!	76
2.6 Los que duermen	77
2.6.1 ¿Están los que duermen en un sueño del alma?	78
2.6.2 ¿A qué se refiere el sueño?	78
2.6.3 El ejemplo de la muerte de Esteban	79
2.6.4 Los que duermen en el arrebatamiento	80

2.6.5 Los que duermen antes del arrebatamiento	81
2.6.6 Conclusión	82
2.7 Cristo, Señor de vivos y muertos	82
2.8 Las almas debajo del altar	86
2.8.1 Las almas de los mártires	86
2.8.2 Debajo del altar	88
2.8.3 ¿En qué tiempo tiene lugar este acontecimiento?	90
2.8.4 El clamor de venganza	90
2.9 La vida eterna	92
2.9.1 ¿Qué es la vida eterna?	92
2.9.2 Vida eterna e inmortalidad	93
2.9.3 ¿Cómo puede un ser humano recibir la vida de Dios?	94
2.9.4 ¿Cómo poseen los creyentes la vida eterna?	94
2.9.5 La vida eterna y la muerte	95
2.9.6 Los creyentes que han muerto	96
2.9.7 Los creyentes que viven	96
2.9.8 La forma futura de la vida eterna	97
2.9.9 El Espíritu Santo	98
2.9.10 Conclusión	98
2.10 Los espíritus encarcelados	99
2.10.1 La intención de Pedro	100
2.10.2 Nuestra explicación del texto	
2.10.3 Muerto en la carne, vivificado en espíritu	101
2.10.4 La predicación a los espíritus encarcelados	102
2.10.5 El contenido de la predicación	102
2.10.6 Almas y espíritus	104
2.10.7 ¿Son los espíritus ángeles caídos?	105
2.10.8 Espíritus: seres humanos que han muerto	106
2.10.9 La cárcel	107
2.10.10 ¿La liberación de los creyentes del Antiguo Testamento del Seol?	108
2.10.11 ¿Un descenso de Jesús a los infiernos?	109
2.10.12 Conclusión	110
2.11 Vivencias en el morir y experiencias cercanas a la muerte	111

2.11.1 ¿Qué hay de cierto en estos relatos?	112
2.11.2 ¿Vivencias en el morir en la Biblia?	113
2.11.3 Los apóstoles Pablo y Juan	114
2.11.4 Vivencias en el morir: cielo e infierno	116
2.11.5 La seducción de las tinieblas	117
2.11.6 Los que consultan a los muertos son abominación al Señor	118
2.11.7 Saúl y Samuel	119
2.11.8 Seducción anticristiana en el tiempo del fin	119
2.11.9 Conclusión	
3 La imagen bíblica del ser humano	123
3.1 ¿De qué consta el ser humano?	124
3.2 El espíritu del hombre	126
3.2.1 El aliento de vida	126
3.2.2 El espíritu que viene de Dios y el espíritu del hombre	127
3.2.3 Resumen	130
3.3 El alma del hombre	130
3.3.1 Resumen	132
3.4 El cuerpo del hombre	133
3.5 Conclusión	134
4 La inmortalidad del alma	136
4.1 Vida eterna e inmortalidad del alma	137
4.2 La inmortalidad en el Nuevo Testamento	138
4.3 Entre la muerte y la resurrección	139
4.3.1 Conciencia del alma sin el cuerpo	139
4.3.2 ¿Necesita el alma todavía un cuerpo?	140
4.4 La inmortalidad en la Biblia y en la filosofía griega	141
4.4.1 El dualismo	141
4.4.2 La resurrección	142
4.4.3 La inmortalidad del alma no es el estado final	143
4.4.4 La personalidad	143
4.5 Conclusión	144
4.6 La importancia de esta verdad	145
5 El futuro de los muertos	146

5.1 La resurrección	147
5.1.1 La resurrección en el Antiguo Testamento	148
5.1.2 La resurrección de vida	149
5.1.3 El cuerpo en la resurrección	152
5.1.4 El momento de la resurrección	154
5.1.5 La resurrección de condenación	156
6 El ser humano en la eternidad	160
6.1 Los creyentes en la eternidad	161
6.2 Los incrédulos en la eternidad	162
6.2.1 El infierno (Gehena)	163
6.2.2 El lago de fuego	165
6.2.3 La muerte segunda	166
6.3 ¿Cuánto dura el castigo?	166
6.3.1 «Eternidad» y «eterno» en el Nuevo Testamento	168
6.3.2 «Perdición»	169
6.3.3 Resumen	171
6.3.4 La justicia y la santidad de Dios	171
6.3.5 La cruz del Gólgota	173
7 Apéndice	176
7.1 ¿Qué enseña la Sagrada Escritura sobre el Seol y el Hades?	176
7.2 Tabla con los diversos términos	181
8 Bibliografía	183
Notas al pie	187

Prólogo a la primera edición

Tratar este tema difícil y complejo no fue una tarea fácil. Por eso, lo que el lector tiene ahora en sus manos no es un tratamiento exhaustivo del tema, como se desprende fácilmente de la bibliografía, que muestra la gran cantidad de libros que existen sobre esta cuestión.

Este libro no habría llegado a existir en esta forma sin la colaboración de mi amigo Matthias Piel, a quien expreso por la presente mi especial agradecimiento. También doy las gracias a Martin Heide por su ayuda. Y no en último lugar doy las gracias a mi esposa, que tuvo que prescindir de mí durante muchas horas y, aun así, no dejó de animarme a terminar este trabajo.

¡Que el Dios fiel bendiga este libro para Su gloria! Agradezco a cada lector toda crítica que se presente sobre la base de la Biblia.

Hans-Jörg Ronsdorf

Prólogo a la tercera edición

Este libro no está escrito para los teólogos. Para ellos existen trabajos que tratan esta problemática de forma más extensa y profunda. Mi deseo es —sobre todo cuando uno constata cuánto puede mejorar la comprensión de la Escritura también en iglesias fieles a la Biblia— poner en manos del creyente un libro que le familiarice de manera sencilla y comprensible con estas verdades.

En algunos lugares se cita el idioma original. Pero tengo la profunda convicción de que, con una buena traducción, es posible una comprensión correcta de las cuestiones que se tratan en este libro.

El título del libro, «La inmortalidad del alma», resulta provocador para algunos cristianos, en parte con buenas razones. Sin embargo, quisiera intentar examinar su contenido a la luz de la verdad bíblica, y llego a la conclusión de que está perfectamente justificado, siempre que lo entendamos y lo usemos de manera bíblica.

Tras la aparición de la 1.^a y la 2.^a edición hubo muchísimas cartas. Hubo mucha aprobación, pero también otro tanto de rechazo. He incorporado muchos puntos en esta edición, por cierto también correcciones que he hecho en algunos lugares. Agradezco estas indicaciones. Nuestro conocimiento es en parte.

Como en este libro trato sistemáticamente todos los pasajes bíblicos (así lo espero) relevantes para el tema, puede considerarse también una obra de consulta. Por eso se producen inevitablemente repeticiones con cierta frecuencia, ya que los capítulos pueden leerse cada uno por separado.

También en esta edición, que se ha convertido en una revisión completa con muchas ampliaciones, estoy muy agradecido por la colaboración y el apoyo, sobre todo de Werner Mücher, de Gummersbach, y de Wolfgang Klöckner, de Obergünzburg (Algovia), que incorporó las preguntas para profundizar. Ellos han ayudado a que las ideas se hayan vuelto más claras y comprensibles.

En el marco de un trabajo así compruebo también cuánto me beneficia hoy el fundamento espiritual que se puso en mi juventud. Por eso estoy agradecido también a quienes se tomaron el trabajo de poner este fundamento.

Mi oración es que muchos hijos de Dios saquen provecho de este libro y obtengan una visión aún más clara de la grandeza del Señor Jesucristo en Su victoria sobre la muerte y de la bendición que de ella ha resultado para nosotros.

Hans-Jörg Ronsdorf, Kempten (Algovia), diciembre de 2003

1 Introducción

¿Existe realmente una existencia, una vida que continúa después de la muerte? Y si es así, ¿cómo debemos imaginarnos esa existencia? Estas son, o parecidas, las preguntas que se plantean una y otra vez. Dios ha puesto la eternidad en el corazón del hombre, y eso le hace intuir que la muerte no es el final:

«Todo lo hizo hermoso en su tiempo; y ha puesto eternidad en el corazón de ellos, sin que alcance el hombre a entender la obra que ha hecho Dios desde el principio hasta el fin» (Eclesiastés 3:11).

Si esta palabra no significa ya de por sí que el corazón —en la Biblia, lo más íntimo y esencial del ser humano— está orientado hacia la eternidad, al menos afirma que el hombre percibe —como lo confirman todas las religiones universales y también las religiones tribales de tiempos antiguos y modernos— que más allá de nuestro horizonte de conocimiento hay algo, a saber, una vida después de esta vida. El Creador mismo ha dado al hombre la conciencia de Su existencia por encima del tiempo.¹

Sin embargo, en el mismo aliento, esta palabra del Predicador menciona el límite del conocimiento. Sobre la muerte y el futuro no hay conocimiento *debajo del sol*. «*Debajo del sol*» es para el Predicador una visión del mundo desde la perspectiva del hombre que no conoce la revelación de Dios. Y, gracias a Dios, por medio de la Biblia tenemos en nuestras manos la revelación de Dios. Viene del Dios que está por encima del sol, para seguir con el lenguaje del Predicador.

Con todas las disciplinas disponibles de la ciencia y de la pseudociencia se intenta resolver esta pregunta última. Aunque el límite del conocimiento no puede suprimirse, se ofrecen soluciones que interpretan la muerte y lo que viene después de una manera —desde el punto de vista bíblico— seductora y funesta. Unos dicen que la muerte es para todos los seres humanos el paso al paraíso. Otros afirman que después de la muerte ya no hay nada. O se opina que, tras una existencia limitada en el tiempo, llega el final definitivo para unos y la vida eterna para otros.

1. Esto no cambia aunque esta conciencia se manifieste a menudo de formas muy distintas y muchos nieguen una vida después de la muerte.

Estas explicaciones son funestas porque llevan al error y no entienden la muerte como lo que realmente es: la paga del pecado (Romanos 6:23) y la separación de Dios.

¿Qué tenemos que decir los cristianos al respecto? ¿Fundamentamos nuestra visión de esta cuestión en la Palabra de Dios, y estamos dispuestos y capacitados para presentar defensa de la esperanza (1 Pedro 3:15)² que hay en nuestro corazón?

No necesitamos escondernos, ni debemos hacerlo, porque frente a todos los intentos de interpretar la muerte a nuestro alrededor se pondrá de manifiesto una y otra vez que la visión bíblica sobre la muerte y lo que viene después —y con ello sobre el futuro del ser humano— es única. En ningún otro lugar existe esta esperanza grandiosa y un futuro tan maravilloso. No obstante, hay dos destinos que se encuentran al final de un camino ancho y de un camino angosto (Mateo 7:13-14).

1.1 Importancia y alcance del tema

El tema de este libro trata cuestiones límite del saber humano en el ámbito de la vida y la muerte. Dependemos exclusivamente de lo que Dios nos dice en Su Palabra sobre este tema. Aunque la Biblia tiene cosas esenciales que decir sobre estos asuntos, no debemos sobrevalorar este tema ni atribuirle un valor que la Escritura no le da. Así pues, no queremos decir demasiado, pero tampoco demasiado poco. ¡Donde la Escritura calla, también nosotros queremos callar! Sobre el futuro la Biblia dice muchísimo; sobre el tiempo entre la muerte y la resurrección, relativamente poco, ya que se trata solo de una fase intermedia que un día terminará para siempre.

A primera vista, la vida entre la muerte y la resurrección no parece tener relación directa con el fundamento de la fe (por ejemplo, la persona y la obra de Jesucristo, la inspiración de la Biblia). Que alguien esté convencido de que, después de la muerte y hasta la resurrección, se hunde en un sueño inconsciente, quizá no sea una herejía.³ Pero si de ello se deduce —y esto se encuentra a menudo— que en la eternidad existe también ese estado

2. Nuestra esperanza no se agota en una vida después de la muerte. El tiempo entre la muerte y la resurrección es «solo» algo pasajero. Nuestra esperanza y nuestro futuro es la vida eterna en la resurrección.

3. Considero esta perspectiva una enseñanza falsa que, en sí misma, quizá no tenga grandes consecuencias; sin embargo, el paso a la herejía, es decir, a una doctrina que hace errar a las personas y las lleva a la perdición (Deuteronomio 27:18; Ezequiel 13:10), está muy cerca, y no pocos lo han dado.

inconsciente o un fin de la existencia, por ejemplo la aniquilación de los impíos, entonces se están atacando los fundamentos de la fe cristiana.

Entonces queda en juego también, como veremos, la naturaleza de Dios: Su amor, Su santidad y Su justicia. Quizá a algún lector le sorprenda esta relación. Pero de hecho se trata de la validez y de los efectos de la obra redentora del Señor Jesucristo.

Al considerar de forma amplia este tema, a saber, el futuro del ser humano, veremos cómo se cierra el círculo. Se trata de algo más que solo de una vida entre la muerte y la resurrección.

1.2 Motivo y desafío

Hace algún tiempo me vi confrontado con una perspectiva que niega que el alma siga existiendo después de la muerte. Esta convicción se encuentra en diversas sectas o falsas doctrinas (entre otras, en los adventistas⁴ y en los testigos de Jehová⁵); viene a decir más o menos lo siguiente:

El ser humano no tiene desde su nacimiento un alma inmortal. Por el pecado está sometido a la mortalidad. La inmortalidad la obtiene solo y exclusivamente por medio de Cristo. Esta es la vida eterna que reciben todos los que creen en Cristo. Por consiguiente, todos los que no tienen vida en Cristo no vivirán eternamente, sino que un día dejarán de existir, es decir, serán aniquilados en el infierno; su existencia será borrada.

Como el alma del hombre no es inmortal, sino mortal, tampoco hay vida después de la muerte. En la muerte el alma muere, el ser humano entero perece, toda función — también de naturaleza espiritual y anímica — se extingue. En una variante de esta opinión, a este estado de «no existencia» se le llama también sueño del alma, en cuanto se refiere al estado después de la muerte y antes de la resurrección. Durante este sueño del alma no hay conciencia.⁶

4. Por ejemplo, Tobler, G., *Wann beginnt das ewige Leben*, (Advent-Verlag, Zürich). Tomasi, M., *Tod und Auferstehung, Himmel und Hölle*, (Advent Verlag, Zürich). *77 Fragen an die Gemeinschaft der Siebenten-Tags-Adventisten*, (Union Verlag Berlin), 1988.

5. Sin duda, estas dos sectas deben considerarse de forma diferenciada; pero en este punto no hay entre ellas diferencias esenciales: ambas defienden una enseñanza falsa.

6. Esta concepción se conoce con el término «condicionalismo», aunque menos en el ámbito de habla alemana. El término (del latín *conditio*, condición) significa que la inmortalidad del ser humano depende de la condición de si posee o no vida en Cristo.

En esta concepción se ve al ser humano como una unidad indivisible. O el ser humano vive (en el cuerpo), o está muerto. Entre estas dos formas de existencia no hay ningún estado intermedio. El ser humano, creado como unidad, solo volverá a tener conciencia en la resurrección. En esta perspectiva no existe alma ni espíritu sin el cuerpo o fuera de él.

No me propongo debatir con la concepción atea y materialista sobre la muerte y la inmortalidad del alma. Más bien quiero hacer frente a una concepción que se defiende con la Biblia en la mano.

Sin embargo, este libro no está pensado solo para quienes tienen que habérselas con la problemática específica del condicionalismo o del sueño del alma, sino para todos los que también quieran ocuparse de este tema de forma fundamental.

1.3 Estructura y organización

En primer lugar es necesario llegar a una valoración equilibrada de las afirmaciones bíblicas sobre nuestro tema: ¿Qué pensaban los profetas del Antiguo Testamento (AT) y los apóstoles del Nuevo Testamento (NT) sobre las realidades del más allá?

Después se trata de examinar la muerte en cuanto a su origen y su modo de actuar. A continuación se prestará especial atención a la victoria sobre la muerte por medio de nuestro Señor Jesucristo.

Tras este trabajo previo me ocuparé de lo que viene inmediatamente después de la muerte. Para ello recurro a todos los pasajes esenciales del NT que dicen algo al respecto. Estos pasajes son la parte más importante para el tema propiamente dicho, porque en ellos diversos autores abordan directamente el tiempo entre la muerte y la resurrección. Un autor solo roza el tema; otro entra en él de forma concreta. No se puede hablar de que haya demasiado pocos pasajes.

Esto, a su vez, linda con la pregunta de qué es en realidad el ser humano. Se trata especialmente de la naturaleza y la inmortalidad del alma. Allí está también la raíz de las opiniones en que se basa el condicionalismo. Como el estado intermedio después de la muerte está limitado en el tiempo, llegamos después al gran acontecimiento que pone fin a este estado: la resurrección. En otro capítulo me ocuparé del estado eterno, y examinaré especialmente el destino de

los impíos. Una y otra vez surge la pregunta de si realmente —ante el amor de Dios— puede existir un infierno eterno.

1.4 El orden de los acontecimientos futuros: el calendario profético

Da igual qué libro se lea sobre este tema: todos los libros se basan en una determinada opinión sobre la escatología, la doctrina de los acontecimientos futuros. Tampoco en este libro es distinto. Quiero aclarar de antemano mi convicción sobre el orden de los acontecimientos proféticos y sus puntos centrales, para facilitar así al lector una mejor comprensión de las relaciones. Expongo mi convicción en pocas palabras y, en este lugar, sin más fundamentación.⁷

Creo que todos los cristianos, todos los hijos de Dios, serán arrebatados muy pronto al cielo, junto a Jesucristo. En ese momento todos los creyentes que hayan muerto hasta entonces resucitarán y serán arrebatados con los que estén vivos. Después vendrá un tiempo de grandes juicios, en el que aparecerá el Anticristo y engañará a muchas personas. El centro de la historia de la salvación de Dios será entonces, sobre todo, la tierra y el pueblo de Israel. Dios, Yahvé, cumplirá todas las promesas que ha dado a Su antiguo pueblo Israel. Entonces Cristo (en hebreo, *Mesías*) aparecerá para juzgar a los vivos y fundará Su reino. No serán los cristianos quienes construyan este reino de poder y gloria, sino Cristo, cuando venga a reinar. Después de este reino habrá todavía otra gran seducción por parte de Satanás. Solo entonces vendrá el juicio final de todos los seres humanos, al que generalmente se llama el «día final». Entonces la tierra y los cielos serán deshechos y creados de nuevo.

Sin embargo, una comprensión distinta de la cronología profética no significa necesariamente que se llegue a conclusiones diferentes en todos los puntos que afectan a nuestro tema. Por ejemplo, en el tema de la resurrección hay grandes coincidencias en cuanto a su forma y manera, pero no en cuanto a su momento ni a si habrá una sola o varias resurrecciones.

El gráfico adjunto muestra el orden de las resurrecciones y de los juicios. Ruego al lector que lea los pasajes bíblicos citados.

7. Una exposición detallada de las diversas perspectivas se encuentra, entre otros lugares, en la introducción al comentario sobre el Apocalipsis: W.J. Ouwenel, *Das Buch der Offenbarung*, Bielefeld (CLV) 1995, y: J.D. Pentecost, *Bibel und Zukunft*, Dillenburg (CVD) 1993.

- Infierno¹¹ · Cielo nuevo y tierra nueva¹⁰ · Casa del Padre¹²
- **El estado eterno**⁹
- □ Juicio de los **muertos** ante el gran trono blanco al final de los tiempos⁸
- ▲ Resurrección de todos los injustos para juicio después del reino de los 1000 años, ante el gran trono blanco⁷
- ▲ **1.ª resurrección**, etapa B⁵: mártires de la tribulación
- □ Aparición de Cristo para juzgar a los **vivos** al comienzo del reino de los 1000 años en la tierra⁶
- □ Tribunal de Cristo para los creyentes glorificados en el cielo⁴
- ▲ **1.ª resurrección**, etapa A²: arrebatamiento de la Iglesia al cielo y³
- **Muerte y resurrección de Jesucristo**¹

□ = juicio · ∴ = tiempo · ▲ = resurrección

¹ 1 Corintios 15:1-23; Hechos 17:31; ² + ³ 1 Tesalonicenses 4:13-17; 1 Corintios 15:51-54; ⁴ 2 Corintios 5:10; 1 Corintios 3:13-15; 4:4-5; ⁵ Apocalipsis 20:4-6; ⁶ Mateo 25:31-46; ⁷ Apocalipsis 20:5; Juan 5:29; Job 14:10-12; ⁸ Apocalipsis 20:11-15; 1 Corintios 15:24; ⁹ 2 Pedro 3:13; 1 Corintios 15:24; ¹⁰ Apocalipsis 21:1-8; ¹¹ Mateo 18:8; Judas 7, 13; Apocalipsis 14:11; 20:10; ¹² Juan 14:2-3; 17:24; 1 Tesalonicenses 4:17

1.5 La revelación de la Biblia en el Antiguo y en el Nuevo Testamento

Si se examina toda la Sagrada Escritura con la pregunta de cómo es el estado del ser humano después de la muerte y en la eternidad, saltan a la vista grandes diferencias entre el AT y el NT. La diferencia esencial está en el grado de revelación, es decir, en qué medida Dios ha hablado sobre estas cosas, por un lado en el AT y por otro en el NT. Solo el NT responde de forma amplia y definitiva a la pregunta sobre el más allá y la inmortalidad del ser humano.

Esto no significa que en el AT se encuentre poco sobre este tema. No; en el AT hay incluso más afirmaciones sobre la muerte y el Seol que en el NT. Pero las afirmaciones de las personas del AT están marcadas a menudo por la incertidumbre y el desconocimiento sobre la muerte, también por dudas, e incluso por miedo. Esto se debe a que a estas personas se les había revelado

muy poco sobre la vida después de la muerte y no tenían la certeza de la paz con Dios ni de una redención eterna.

En cambio, en los creyentes del NT encontramos una actitud completamente distinta. La muerte ya no es para ellos lo que era para muchos creyentes del AT. Para ellos ya no existen esa incertidumbre y ese desconocimiento, ni tampoco dudas o miedo. Compárense, por ejemplo, las afirmaciones de Job con las del apóstol Pablo.

Job dijo: «Antes que vaya para no volver, a la tierra de tinieblas y de sombra de muerte; tierra de oscuridad, lóbrega, como sombra de muerte y sin orden, y cuya luz es como densas tinieblas» (Job 10:21).⁸

Pablo, en cambio, pudo decir: «... sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro» (1 Corintios 3:22).⁹

Por la resurrección de Jesucristo, la actitud de los creyentes ante la muerte ha cambiado de manera fundamental. Los cristianos conocen la victoria y al Vencedor sobre la muerte. Esta victoria no se hace valer solo en la resurrección, sino también en el estado inmediatamente posterior a la muerte.

1.5.1 La revelación del Nuevo Testamento

¿Por qué nos revela el NT más sobre el más allá? Porque por la muerte y la resurrección de Jesucristo la muerte ha sido vencida y anulada, y con ello se ha producido un cambio radical que, por su alcance, lo transforma todo. Este cambio es el mensaje del evangelio:

«... quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos, pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la incorrupción [o, inmortalidad] por el evangelio» (2 Timoteo 1:9-10).

De manera parecida lo formuló Lucas en el libro de los Hechos:

«... que el Cristo había de padecer, y ser el primero de la resurrección de los muertos, para anunciar luz al pueblo y a los gentiles» (26:23).

8. Véase también Job 14:12; 30:23; 38:17.

9. Véase también Filipenses 1:23; 1 Corintios 15:54-56; 2 Corintios 4:7-5:10.

Los autores del AT inquirían para obtener claridad en las cosas que solo podían llegar como consecuencia de la obra de Jesucristo. Para ellos, la muerte —al menos subjetivamente— aún no había sido anulada por la obra de Cristo.¹⁰ Consideraban la muerte antes de que la vida y la incorrupción hubieran sido sacadas a la luz. No era solo una cuestión de revelación, porque para Dios habría sido poca cosa levantar el velo. Se trataba de la revelación de estas cosas en relación con la muerte y la resurrección de Jesús.

La revelación completa de las realidades del más allá tuvo que esperar a la venida del Hijo de Dios. Antes solo había pocas promesas o revelaciones de las realidades del más allá, tal como las conocemos hoy, después de la venida del Señor Jesús, por medio de los escritos del NT (Juan 3:11-13; Efesios 1:3 ss.; Filipenses 3:20).

1.5.2 La revelación del Antiguo Testamento

En el AT encontramos los autores más diversos y, con ello, también diferentes géneros textuales.¹¹ Están los libros históricos, que documentan los caminos de Dios con Su pueblo. Luego están los libros proféticos, en los que Dios habló por medio de Sus profetas sobre el estado moral de Su pueblo y de otros pueblos, así como sobre su futuro.

Además están también los libros poéticos, como por ejemplo Job, los Salmos y Eclesiastés, que expresan de manera especial pensamientos, sentimientos y emociones humanas.¹² En los tres libros mencionados en último lugar encontramos la mayoría de las afirmaciones que nos interesan en el marco de este tema.

El Predicador intenta explicar el sentido de la vida y del mundo a veces desde una perspectiva puramente horizontal: su horizonte no va más allá de lo que ve «debajo del sol» (1:3; 2:11, 18, 22). Una de sus respuestas a la pregunta por el sentido dice:

«Porque lo que sucede a los hijos de los hombres, y lo que sucede a las bestias, un mismo suceso es: como mueren los unos, así mueren los otros, y una misma respiración

10. No obstante, todos los creyentes del antiguo pacto fueron, después de su muerte, al paraíso celestial, como veremos más adelante. Esto no lo sabían antes de su muerte, es decir, no les había sido revelado.

11. Historiografía, poesía, proverbios, etc.

12. Cuando digo aquí que estos libros tienen como contenido pensamientos humanos, no por eso dejan de estar, como todos los demás libros de la Biblia, inspirados por el Espíritu Santo y registrados para nosotros con un propósito divino.

tienen todos; ni tiene más el hombre que la bestia; porque todo es vanidad. Todo va a un mismo lugar; todo es hecho del polvo, y todo volverá al mismo polvo. ¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de los hombres sube arriba, y que el espíritu del animal desciende abajo a la tierra?» (Eclesiastés 3:19-21).

El Predicador llega a conclusiones que solo son verdaderas desde una perspectiva de este mundo. Por eso este libro no debe convertirse en un testigo principal sobre las realidades del más allá, ni mucho menos sobre las eternas. En los Salmos encontramos algunas afirmaciones muy parecidas a las del Predicador (por ejemplo, Salmos 49:12; 103:15-16). Tampoco estas afirmaciones nos dan la aclaración última sobre el más allá.¹³

Si se considera el AT aislado del NT, se puede tener la impresión de estar ante contradicciones. Pero esta impresión solo puede surgir si se olvida que las realidades del más allá, en tiempos del AT, solo estaban reveladas parcialmente. Una argumentación en la que las afirmaciones del AT sean los argumentos más fuertes no puede presentar toda la verdad.

1.5.3 También hay luz en el Antiguo Testamento

Pero con esto no se dice que no hubiera ninguna luz en relación con nuestro tema. Incluso el AT nos da indicios suficientes de que con la muerte no se acaba todo.

- «Reunido a su pueblo».¹⁴ Por regla general, «ser reunido», también en nuestro uso del lenguaje, significa juntar a varias personas en un lugar para un asunto que concierne a todos los presentes. Si esta expresión se utiliza también para el morir, encierra al menos una insinuación de que los muertos son reunidos en un lugar o en el reino de los muertos, que en el AT es el Seol.¹⁵ Llama la atención que el entierro o la sepultura se distinga del «ser reunido».¹⁶ Así pues, ya al comienzo de la historia hay conceptos que tienen que ver con el más allá.

13. Los Salmos tienen un carácter distinto. En gran parte son de índole profética. Lo particular es que estas profecías se expresan muy a menudo en los pensamientos y sentimientos de personas. Los sufrimientos de los que habla, por ejemplo, David adoptan, bajo la dirección del Espíritu de Dios, una forma que en último término solo pudo cumplirse en los sufrimientos de Cristo.

14. Génesis 25:8, 17; 35:28-29; véase también Génesis 37:35; Jueces 2:10.

15. Génesis 37:35; 42:38; 44:31; Números 16:30; 1 Samuel 2:6.

16. Génesis 35:29; 2 Reyes 22:20; 2 Crónicas 34:28.

- La adivina de Endor y el espíritu de Samuel (1 Samuel 28). En Israel se partía de la base de que los nigromantes podían hacer aparecer el espíritu de un muerto. Esto presupone que el espíritu del muerto tenía que existir de algún modo y en algún lugar; o, al menos, se suponía que existían esos espíritus de los muertos. Aparte de esto, Dios había prohibido bajo pena máxima consultar a los espíritus de los muertos por medio de nigromantes ocultistas.¹⁷
- El traslado de Enoc (Génesis 5:24) y el de Elías (2 Reyes 2). Aunque lo que ocurrió con estas personas es una excepción, podemos plantear la pregunta: ¿dónde se encontraban estas personas después de su ascensión al cielo?¹⁸ Elías y Moisés —Moisés murió de muerte natural— aparecieron ambos en el monte de la transfiguración y hablaron con Jesús.¹⁹
- David y su hijo muerto (2 Samuel 12:23). David dijo: «Mas ahora que ha muerto, ¿para qué he de ayunar? ¿Podré yo hacerle volver? Yo voy a él, mas él no volverá a mí».

La comunión de los creyentes con Dios y su confianza en Dios no se interrumpen tampoco en su muerte. Junto a las afirmaciones en las que se expresa miedo a la muerte, hay también algunas en las que encontramos confianza, paz y expectación: Salmos 16:9-11; 17:6; 31:5; 49:14-15; 73:24-26; 116:15.

En resumen, constatamos que el AT solo nos informa hasta cierto punto sobre el más allá. Por eso, si intentáramos derivar de él afirmaciones definitivas sobre la vida después de la muerte, oscureceríamos la luz que se encuentra al respecto en el NT. Solo si examinamos las afirmaciones del AT a partir del NT y las interpretamos a su luz, las entenderemos correctamente. El NT es siempre la clave del AT, y no a la inversa.

Lo que se dice en el siguiente versículo sobre la salvación podría aplicarse, en su sentido, también al futuro del ser humano. Los profetas vieron y escribieron muchas cosas, pero era un buscar e indagar; el conocimiento pleno no les había sido concedido:

17. Levítico 19:31; 20:6, 27; Deuteronomio 18:11.

18. Compárese el apartado 2.2.

19. Mateo 17:3; Marcos 9:4; Lucas 9:30.

«Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos» (1 Pedro 1:10-11).

La relación entre el AT y el NT en esta cuestión podría ilustrarse con un principio de la Ley Fundamental alemana, artículo 31: «El derecho federal prevalece sobre el derecho de los estados federados» (Bundesrecht bricht Landesrecht); es decir, el derecho federal tiene prioridad cuando hay disposiciones sobre el mismo asunto con contenidos distintos.

Preguntas para profundizar

- ¡Resume lo que se reveló en el AT sobre una «vida después de la muerte»!
- ¿Cuál es la diferencia en la revelación entre el AT y el NT?
- ¿Por qué no se puede tomar el AT como base para la doctrina sobre el futuro del ser humano?

1.6 Origen y efecto de la muerte

De la mano del Dios eterno,²⁰ el único que tiene inmortalidad,²¹ había salido una creación en la que nada habría podido ser mejor ni más hermoso (Génesis 1:31; Eclesiastés 3:11). El ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios (Génesis 1:26-27; Santiago 3:9) y, por tanto, centro de la creación visible, estaba destinado a vivir en comunión con su Creador. Habitaba en un huerto maravilloso, el entorno más favorable para cumplir este destino. En medio del huerto estaba el árbol de la vida (Génesis 2:9, 16; 3:22). La vida, en su fuerza y diversidad, caracterizaba la creación. La vida, y precisamente sin ningún límite de tiempo, era lo más alto que Dios había dado al ser humano. Podía comer en todo momento del fruto del árbol de la vida. El ser humano estaba concebido desde el principio para una vida sin fin. Solo esto correspondía a la naturaleza y a la voluntad de Dios.

20. «Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios» (Salmos 90:2). «... según el mandamiento del Dios eterno» (Romanos 16:26).

21. «... la cual a su tiempo mostrará el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes [lit. de los que son reyes], y Señor de señores [lit. de los que ejercen señorío], el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén» (1 Timoteo 6:15-16).

Tanto más impresionante es entonces la amenaza de muerte para el caso de que el ser humano saliera, por la desobediencia, de la dependencia y de la comunión con su Creador (Génesis 2:17). En esta esfera, atravesada por la vida, la amenaza de muerte era la advertencia más terrible que podía existir. La muerte significaba para el ser humano que tenía que abandonar la creación visible para él —es decir, su ámbito terrenal— y, con ello, también al Creador, a quien había conocido dentro de esta creación (visible). Del polvo había sido formado (Génesis 2:7), y en polvo volvería a convertirse:

«Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra [lit. al suelo], porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás» (Génesis 3:19).

El ser humano, creado para la vida, perecería y perdería su vida terrenal; se volvería insignificante como el polvo. ¿Podría ser mayor el contraste!?

El ser humano, por la seducción de la serpiente, el diablo, se decidió por la desobediencia y, con ello, por la muerte (Génesis 3:1-7). El pecado abrió la puerta a la muerte para que comenzara su terrible obra en esta creación (Romanos 5:12 ss.). La muerte es la paga del pecado (Romanos 6:23). Es la terrible consecuencia de apartarse de Dios. Esta es la afirmación fundamental de la Biblia sobre la muerte. El pecado es la causa y la muerte la consecuencia inevitable. Por el pecado, el ser humano sale de la dependencia de Dios y abandona así a Aquel que tiene y da la vida.²²

Por eso la muerte no es ni un final natural ni un final misericordioso de la vida. No hay nada bueno en la muerte. La muerte pone fin a la vida, que el ser humano no quiere entregar. Es definitiva e irrevocable, no tiene vuelta atrás. La imposibilidad de que el ser humano vuelva de la muerte (2 Samuel 12:23; 14:14) es el terrible destino del hombre que se ha hecho pecador. Con estas sombrías perspectivas comienza el curso de la historia. Toda la creación quedó bajo la sentencia de la muerte y de la caducidad. Pero hay esperanza, porque la simiente de la mujer un día aplastaría la cabeza de la serpiente y abriría así el camino a la liberación de toda la creación (Génesis 3:15):

«Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad [o. caducidad, futilidad], no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la

22. Juan 1:4; véase también Proverbios 14:27; 19:23.

creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora» (Romanos 8:19-22).

La muerte irrumpió en la creación como algo contrario a la naturaleza, y precisamente como un enemigo invencible para los seres humanos, que hace su obra de forma cruel y despiadada. Así es también, por regla general, como el ser humano experimenta la muerte. El hombre que vive sin Dios sufre el temor de la muerte, porque no sabe lo que le espera y porque también le acusa su conciencia, que le condena y le infunde miedo ante el Dios vivo (Hebreos 2:15).

Después de que Adán y Eva pecaran, Dios los vistió con túnicas de pieles (Génesis 3:21) para cubrir su desnudez. Por primera vez se vieron confrontados con la muerte. Un animal tuvo que morir para confeccionar esa ropa. Mucho más terrible fue para ellos contemplar a su hijo muerto, asesinado por su hermano (Génesis 4:8). La muerte se revela como un enemigo destructor e invencible. Imparable, emprende su marcha triunfal (Oseas 13:14; 1 Corintios 15:54). Aunque Adán vivió muchísimo tiempo (Génesis 5:5), se cumplió sin embargo que tuvo que morir y volver al polvo.

Preguntas para profundizar

- ¿De dónde viene la muerte?
- ¿Qué ha causado la muerte?

1.7 ¿Qué sucede al morir?

Aquí se trata de la muerte física, que, como consecuencia del pecado, pone fin a la vida terrenal del ser humano. Pero ¿qué sucede en la muerte? Ya hemos insinuado que la muerte produce una separación y desgarrar lo que va unido. La muerte es el fin de una unidad, a saber, de la totalidad del ser humano.

El ser humano, aunque es una unidad, tiene muchos aspectos que constituyen su existencia. En relación con la muerte se habla del espíritu, del alma y del cuerpo.²³ La muerte produce la separación del cuerpo respecto del espíritu y del alma, la separación del hombre interior respecto del hombre

23. Véase sobre esto en detalle el punto 3.

exterior (2 Corintios 4:16 ss.). La Palabra de Dios lo atestigua de muchas maneras.²⁴

1.7.1 El espíritu del hombre y la muerte

El espíritu del hombre, en su muerte, vuelve a Dios, que lo dio. Esto lo dice incluso el Predicador, que responde muchas preguntas desde la perspectiva de este mundo:

«... y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio» (Eclesiastés 12:7).

Esto lo menciona también Lucas en su relato de la resurrección de la hija de Jairo:

«Mas él [Jesús], tomándola de la mano, clamó diciendo: Muchacha, levántate. Entonces su espíritu volvió, e inmediatamente se levantó; y él mandó que se le diese de comer» (Lucas 8:54-55).

El espíritu de la muchacha, que se había ido de ella al sobrevenir la muerte, volvió. Cuando un ser humano muere, el espíritu abandona el cuerpo (Salmos 146:4). Así lo dice también Santiago: «Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta» (Santiago 2:26).

En la creación del ser humano, Dios le dio el espíritu (Génesis 2:7). Cuando un ser humano muere, Dios toma de nuevo el espíritu:

«Jehová, que extiende los cielos y funda la tierra, y forma el espíritu del hombre dentro de él, ha dicho» (Zacarías 12:1).

«Escondes tu rostro, se turban; les quitas el hálito, dejan de ser, y vuelven al polvo. Envías tu Espíritu [lit. aliento (o. espíritu)], son creados, y renuevas la faz de la tierra» (Salmos 104:29-30).

Morir es que el espíritu sea recibido en las manos de Dios (Salmos 31:5). Esto lo dijo también el Señor Jesucristo cuando murió en la cruz. Los evangelistas lo

24. En este lugar no pretendo ver al ser humano en una división en dos o en tres partes. Los términos *espíritu* y *alma* se usan a menudo de forma intercambiable. Lo importante es que son la parte del ser humano que sobrevive a la muerte y conserva la personalidad del ser humano más allá de la muerte. También el corazón del ser humano ocupa en la Escritura un lugar igualmente importante cuando se trata de la naturaleza del ser humano.

mencionan expresamente:²⁵

Mateo: «Mas Jesús, habiendo otra vez clamado a gran voz, entregó el espíritu» (Mateo 27:50).

Lucas: «Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró» (Lucas 23:46).

Juan: «Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu» (Juan 19:30).

Como Creador, al principio Él sopló en el ser humano el aliento de vida; pero en la cruz, porque era plena y totalmente hombre, entregó Su espíritu en las manos de Su Padre (Salmos 31:5). Era hombre en espíritu (Marcos 8:12), en alma (Marcos 14:34) y en cuerpo, en el que sufrió y murió.

Esteban oró al morir: «Señor Jesús, recibe mi espíritu» (Hechos 7:59).

1.7.2 El alma en el morir

Cuando Raquel murió al dar a luz a Benjamín, su alma salió (Génesis 35:18). Elías oró para que el alma del niño muerto de la viuda de Sarepta volviera: «Y Jehová oyó la voz de Elías, y el alma del niño volvió a él, y revivió» (1 Reyes 17:22).

A veces en el AT se habla también de que el alma muere (por ejemplo, Números 23:10; Jueces 16:30). Pero con ello no se quiere decir la muerte del alma, sino la del cuerpo. Se trata de la salida del alma del cuerpo. Esto queda claro en las palabras del «cansado de vivir» Elías, cuando se sentó debajo del enebro y no deseaba nada con más anhelo que poder morir su alma (1 Reyes 19:4). Pidió al Señor que le quitara el alma.

Jonás oró para que Jehová le quitara su alma, porque para él era mejor morir que vivir (Jonás 4:3).

Tanto en el caso de Ananías y Safira como en el del rey Herodes, la muerte sobrevino cuando «expiraron», es decir, exhalaban el alma (Hechos 5:5, 10; 12:23).²⁶

Al rico labrador, Dios no solo le reclamó la vida, sino también su alma (Lucas 12:20).

25. Jesús entregó el espíritu, es decir, Él mismo determinó el momento de esa entrega. En esto es único. Tenía poder para poner Su vida (Juan 10:18). El ser humano, como criatura, no lo tiene.

26. La palabra griega *ek-psycho*, que se traduce por «expirar», significa literalmente «des-almarse», «exhalar el alma».

Así pues, morir es que el alma sea quitada y llevada hacia Dios (¡no solo la vida biológica!), y nunca su disolución o aniquilación. La Sagrada Escritura deja claro, sin lugar a ninguna duda, que el alma del ser humano no perece en la muerte, sino que sigue viviendo.

1.7.3 Espíritu y alma

Tanto el espíritu como el alma representan, en los pasajes bíblicos citados, aquello que en la muerte abandona al ser humano para ir a otro lugar o existir en un estado «incorpóreo». Los dos términos, «espíritu» y «alma», se usan muchas veces como sinónimos; a menudo designan una y la misma cosa. Por eso, cuando en el curso de este libro hable del espíritu y del alma del ser humano, combinaré los términos. Usaré el término «espíritu-alma». Este término no se encuentra en la Escritura, pero simplifica la comprensión.

Preguntas para profundizar

- ¡Describa lo que sucede en la muerte o al morir!
- ¿Por qué tienen miedo a la muerte las personas?
- ¡Explique la relación entre la muerte y el pecado!
- ¡Exponga qué papel desempeñan, por un lado, el diablo y, por otro, el Señor Jesús en relación con la muerte!

1.8 Diversos aspectos de la muerte

La muerte no se refiere solo al cuerpo del ser humano. El NT habla también de una muerte espiritual, en la que se encuentra todo ser humano a causa de su pecado.²⁷ La muerte espiritual no es la «no existencia» del espíritu humano, ni mucho menos su aniquilación, sino la separación de su espíritu respecto de Dios.

El NT habla también de una «muerte segunda».²⁸ La «primera muerte» designa la muerte física del ser humano, cuando abandona el mundo visible. Para los incrédulos, después de su resurrección, sigue la muerte segunda. Es como un segundo morir, después de haber resucitado, que nunca terminará. La muerte segunda no es la aniquilación definitiva del ser humano, sino la separación definitiva de Dios, sin retorno posible a la comunión con Dios.

27. Lucas 15:32; Juan 5:25; Efesios 2:1-10; Colosenses 2:13; 1 Juan 3:14; Judas 12; Apocalipsis 3:1.

28. Apocalipsis 2:11; 20:6, 14; 21:8.

1.9 La victoria sobre la muerte

La muerte emprendió su marcha triunfal en el mundo por el pecado del ser humano. Separado de Dios solo hay muerte. La muerte es el juicio de Dios sobre el pecado. Pero ¿es la voluntad de Dios que la muerte conserve el poder y que el ser humano siga sometido a la muerte espiritual, a la física y, en último término, a la eterna? No; la Escritura dice al respecto:

«Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad» (1 Timoteo 2:3-4); y: «¿Quiero yo la muerte del impío? dice Jehová el Señor. ¿No vivirá, si se apartare de sus caminos?» (Ezequiel 18:23).

1.9.1 Muerte y pecado

Para dar vida había que resolver el problema de la muerte. El Dios Salvador, que buscaba la salvación del ser humano caído en poder de la muerte y del pecado (Tito 2:11; 3:4), encontró un camino. El Dios eterno (Romanos 16:26), que tiene vida en sí mismo (Juan 5:26), que es luz (1 Juan 1:5) y amor (1 Juan 4:8), brilla en la persona de Jesucristo con la luz de la vida (Juan 1:4; 8:12) en la tierra de la muerte:

«El pueblo asentado en tinieblas vio gran luz; y a los asentados en región de sombra de muerte, luz les resplandeció» (Mateo 4:16; cita de Isaías 9:2).

Aunque en este pasaje se describe al pueblo de Israel, en principio vale para todos los seres humanos. Dios envió a Su Hijo cuando vino el cumplimiento del tiempo (Gálatas 4:4; Hebreos 1:1), para vencer a la muerte. El Hijo de Dios ha obtenido la victoria. Después de consumada la obra en la cruz y después de Su resurrección, dijo: «Yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades» (Apocalipsis 1:17-18). En estas palabras se reconoce que es Dios mismo quien habla, porque solo a Dios se aplican estas palabras (Apocalipsis 1:8; 2:8; 22:13). Es el mismo Dios que se reveló en el AT (Isaías 41:4; 44:6; 48:12).

El Señor Jesús, como hombre en la tierra, tenía poder sobre la muerte. Lo demostró resucitando a Lázaro (Juan 11), al joven de Naín (Lucas 7:11-14) y a la

hija de Jairo (Lucas 8:49-56). Sus resurrecciones de muertos eran la prueba de que Él es el Autor de la vida (Hechos 3:15) y, por tanto, Dios mismo.

De tanta importancia como la divinidad de Cristo es el hecho de que Él es hombre. Se hizo hombre para poder morir en lugar de los pecadores. Murió como sacrificio por el pecado. Fue puesto en un sepulcro. Después de tres días, Dios lo resucitó. En la resurrección posee ahora, como hombre, una vida indestructible (Hebreos 7:16). Como hombre resucitado y glorificado tiene, por eso, las llaves de la muerte y del Hades. La llave es una imagen de la autoridad.²⁹ El hombre Jesucristo tiene autoridad sobre la muerte y sobre el Hades, el reino de los muertos. La muerte ya no puede hacerle nada (Romanos 6:9-10). Por eso la muerte tampoco puede hacer ya nada a quienes están unidos a Él. Son aquellos que se han convertido a Él y poseen Su vida, la vida del Resucitado.

Para poder librar para siempre a los seres humanos de la muerte, Dios mismo tuvo que hacerse hombre y morir. Así quedó resuelta la cuestión del pecado y, a la vez, vencida la muerte por la resurrección. ¡Qué triunfo divino!

Jesucristo, el Hijo de Dios, era el Santo, es decir, el engendrado por Dios el Espíritu Santo mismo (Lucas 1:35). Por consiguiente, en Su vida no hubo pecado (1 Juan 3:5), ni en palabras, ni en pensamientos, ni en hechos (2 Corintios 5:21; 1 Pedro 2:22). Por eso no valía para Él lo que vale para todos los demás seres humanos: no necesitaba morir. Cuando murió, murió voluntariamente. Tenía poder para poner Su vida, pero tenía también poder para volverla a tomar de la muerte (Juan 10:17-18).

Esto nos lleva de nuevo a la relación entre la muerte y el pecado. El pecado causó la muerte. El problema de la muerte es al mismo tiempo el problema del pecado. Por eso había que tratar primero esta causa. Al principio se mencionó que Dios es luz, es decir, que es absolutamente santo. No puede ver el pecado (Habacuc 1:13) ni dejarlo sin castigo. Dios no puede aceptar al pecador con su pecado y darle la vida sin que se lleve a cabo la expiación de sus pecados. Por eso murió Cristo, el Cordero de Dios (Juan 1:29). Llevó la ira de Dios sobre el pecado en lugar del pecador (2 Corintios 5:21). Las exigencias de Dios quedaron satisfechas por la muerte de Cristo. Se ha correspondido perfectamente a Su santidad.

La muerte de Cristo, que llevó a cabo la expiación, no fue la muerte de un hombre corriente. La muerte de Cristo fue el juicio de Dios sobre el pecado. Él,

29. Compárese Apocalipsis 3:7; 9:1; 20:1; Mateo 16:19; 18:18; Isaías 22:22.

el Santo, fue hecho pecado. Sufrió de parte de Dios por el pecado. El castigo de nuestra paz fue sobre Él. Dios castigó al Inocente por nuestros pecados. Por eso, la muerte que el ser humano recibe como paga del pecado no es solo la muerte física, sino, en último término, también la muerte eterna. El castigo que consiste en la muerte eterna, en la separación eterna de Dios, lo experimentó Cristo en la cruz, para librarnos de él para siempre a nosotros, los que creemos.

Cuando Cristo resucitó al tercer día, rompió con Su propio poder divino las cadenas de la muerte. Cristo ha resucitado, el pecado ha sido expiado y la muerte ha sido vencida. Él ha quebrantado el poder del pecado y de la muerte (Romanos 5:12-21). Este es el centro del mensaje de la resurrección. ¡Es el fin del dominio de la muerte!

Sin embargo, esta victoria no significa que la muerte ya esté abolida y quitada del mundo. La muerte sigue reinando en el mundo. También los creyentes, que tienen la vida de resurrección de Cristo, siguen muriendo. Pero para los creyentes la muerte ya está despojada de su poder. «Anular» (RVR: «destruir») significa «dejar sin efecto» y «dejar sin fuerza». En el mundo la muerte sigue reinando por medio del pecado, pero el creyente está libre del poder de la muerte. La muerte ya no significa para él juicio, sino la entrada en la gloria. Hebreos 2:14-15 resume estos pensamientos:

«Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre».

1.9.2 La muerte y el diablo

¿Qué significa que el diablo tiene el imperio de la muerte? ¿Puede el diablo matar a las personas según su voluntad? ¿Puede disponer de la muerte? Eso es imposible, porque Dios tiene en Su mano la vida de todos los seres humanos y la retira cuando Él quiere. Eso no puede hacerlo el diablo, pero tiene de su parte, como aliado, el poder de la muerte. El diablo indujo al ser humano al pecado por medio de su astuta tentación y lo puso así bajo el poder de la muerte. Ese era su objetivo.

Así ganó el diablo influencia sobre el ser humano. Se convirtió en el dios de este siglo (2 Corintios 4:4) y en el príncipe de este mundo (Juan 12:31; 14:30; 16:11). El poder de la muerte y de las tinieblas reina en este mundo, y el diablo

es homicida desde el principio (Juan 8:44; 1 Juan 3:8). Lo repito: no tiene poder para matar, pero asesina como seductor astuto, apartando al ser humano de Dios, la fuente de la vida. Este veneno de la seducción lo mata espiritual y físicamente, y eso para siempre. Todo ser humano que muere sin Dios es para siempre su presa. En este sentido, la muerte obra a favor del diablo y apoya sus propósitos corruptos.

Pero Cristo ha anulado al diablo al penetrar en su ámbito de poder, la muerte, y obtener la victoria por Su resurrección. Su muerte en la cruz es la victoria sobre el diablo (Colosenses 2:15).

Es cierto que el diablo no ha sido aniquilado, pero ha tenido que sufrir una derrota aplastante. Todavía vive y sigue actuando, como al principio. Sin embargo, el fin del diablo y de la muerte ya está firmemente decidido.

La victoria de Jesús vale ahora solo para los que están unidos a Cristo. Ellos están libres del temor de la muerte, porque la muerte es para ellos un enemigo vencido. Según las palabras del apóstol Pablo (1 Corintios 3:22), la muerte incluso les pertenece ahora, porque los lleva al paraíso, junto a Cristo. Si se dice que a los creyentes todas las cosas les ayudan a bien (Romanos 8:28), ni siquiera la muerte queda excluida de ello.

Para todos los que no conocen al Vencedor de la muerte, el miedo a la muerte puede significar servidumbre durante toda la vida. El temor de la muerte es mayor en las personas, ante la muerte, cuando su conciencia ha despertado respecto a la culpa no expiada y las acusa. Así, el autor, en los versículos de Hebreos 2:14-15, habrá pensado especialmente en quienes estaban bajo la servidumbre de la ley y no tenían certeza del perdón de sus pecados.

La victoria de Jesucristo ha roto la servidumbre de la muerte y del miedo a la muerte. El pecado, la muerte y el diablo han sido vencidos por la muerte expiatoria y la resurrección del Señor Jesucristo. Este es el fundamento para que pronto el pecado sea quitado del cosmos (Juan 1:29; Hebreos 9:26) y la muerte, como último enemigo, sea destruida (Apocalipsis 20:14).

«Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte» (1 Corintios 15:26).

«Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: “Sorbida es la muerte en victoria”. “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?”» (1 Corintios 15:54-55; compárese Isaías 25:8; Oseas 13:14).

«Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo» (1 Juan 3:8).

¡Él realmente lo ha hecho y lo llevará a término! ¡Alabado sea el Señor!

2 ¿Qué viene después de la muerte?

Sobre el estado del ser humano después de la muerte y hasta la resurrección, la Sagrada Escritura no dice muchísimo. Más bien dirige nuestra expectativa hacia el día de la consumación. La esperanza de los cristianos se dirige a la venida del Señor Jesucristo para llevar a Su pueblo a la patria celestial. Ante esta esperanza bienaventurada, la vida entre la muerte y la resurrección pasa a un segundo plano.

Tampoco puede ser de otro modo, ya que nuestra esperanza no se cumple con la muerte. No alcanzamos nuestra meta final por la muerte, sino solo en el momento de la resurrección. Sin embargo, el estado intermedio es la última etapa antes de la meta final, y este es un conocimiento dichoso que contiene ya un anticipo de la consumación.

Cuando se trata de la vida después de la muerte, hablamos de un estado intermedio limitado en el tiempo. La pregunta que quiero investigar a continuación es: ¿cómo es el estado de conciencia del ser humano después de la muerte? Para ello me ocuparé varias veces de la opinión que niega toda conciencia después de la muerte y, en general, un más allá.

Investigaré ahora estas preguntas en 11 puntos, tratando para ello los pasajes esenciales del NT. Cada capítulo es en sí lo bastante extenso como para poder usarse por separado. Por eso puede producirse alguna que otra repetición.

2.1 Lázaro y el rico

Seguramente muchos piensan primero en esta conocida historia cuando se trata de la vida después de la muerte. En este sentido se ha entendido siempre. Y, sin embargo, hay intentos de interpretación que separan por completo esta historia de la vida después de la muerte, como si no tuviera nada que decir al respecto. Por un lado expondré su sentido y, por otro, tomaré también posición frente a explicaciones equivocadas.

«Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendidez. Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquel, lleno de llagas, y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y aun los perros venían y le lamían las llagas. Aconteció que murió

el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado. Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. Entonces él, dando voces, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama. Pero Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora este es consolado aquí, y tú atormentado. Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá. Entonces le dijo: Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento. Y Abraham le dijo: A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos. Él entonces dijo: No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán. Mas Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos» (Lucas 16:19-31).

2.1.1 ¿Se trata aquí de la vida después de la muerte?

Las siguientes razones hablan claramente a favor de que aquí se trata de una vida después de la muerte:

- La mayor parte de esta historia, que supone más de dos tercios, describe cosas que suceden «después» de la muerte de las dos personas. No se habla de ninguna resurrección de ambas.
- Tanto el «Hades», donde el hombre rico alza los ojos después de su muerte, como el «seno de Abraham», al que el pobre es llevado después de su muerte, designan lugares o estados más allá de la muerte. Estos términos no pueden explicarse de otro modo.
- Los judíos estaban familiarizados con estos términos. En su tradición les resultaban habituales estas o parecidas descripciones del más allá.
- El rico se encontraba en el estado de muerte cuando sus hermanos aún vivían. Los hermanos existen al mismo tiempo, unos en la tierra y el otro en el Hades.³⁰

30. Por tanto, tampoco se había producido ningún cambio en el curso de este mundo, como, por ejemplo, el comienzo del reino de Dios o también la resurrección.

El Hijo de Dios descorre aquí el velo y revela algo que hasta entonces no había sido revelado en los escritos del AT.

2.1.2 El sentido de la historia

Cuando decimos que en esta historia se trata del estado inmediatamente posterior a la muerte, no pasamos por alto ni el contexto (otras parábolas) ni a las personas —los fariseos— a quienes se dirige directamente esta historia. En ella Jesús presenta en toda su espantosa magnitud el afán de ostentación y el egoísmo del hombre rico. El rico no aparece como un transgresor manifiesto de la ley, porque en eso no consistía ni su pecado ni el pecado de los fariseos. Su pecado, a saber, el amor al dinero, estaba oculto bajo el manto hipócrita de la piedad (Lucas 16:14). El amor al dinero (1 Timoteo 6:10) tiene consecuencias para la eternidad, y estas comienzan ya inmediatamente después de la muerte. Ese es el tema de la historia.

Los fariseos habían escuchado desde cierta distancia (Lucas 16:14) la historia del mayordomo injusto, que estaba destinada a los discípulos del Señor (Lucas 16:1). Como a raíz de ello se burlaron del Señor, Él se dirigió directamente a ellos. Recibieron una lección especialmente seria e inequívoca. Jesús les habló a través de la conducta del hombre rico.

Esta enseñanza no se limita a reprender el amor al dinero de los fariseos. La advertencia tampoco se agota en que todos los seres humanos, ricos o pobres, tienen que morir un día, sino que se dirige sobre todo a lo que viene después. Por eso la parte claramente más extensa trata de los acontecimientos más allá de la muerte, en especial del destino del rico. Los acontecimientos posteriores a la muerte de ambos no forman un marco sin importancia en el que se inserta una enseñanza sobre el dinero, sino que son el contenido principal de esta historia.

2.1.3 ¿Una parábola?

Se ha dicho mucho sobre la cuestión de si esta historia es una parábola o no. Algunos insisten en que es una parábola que no sirve para hacer afirmaciones doctrinales ni para revelar cosas que antes no se conocían. Dicen también que no se puede interpretar cada detalle de una parábola, ya que solo contiene una idea central. Esta consistiría aquí en reprender la codicia de los fariseos y el mal uso del dinero. Eso, y no la vida después de la muerte, sería la afirmación central.

Lucas no llama parábola a esta historia. Quizá lo habríamos esperado de él, porque en su evangelio habla de parábolas no menos de once veces. El argumento más fuerte de que no es una parábola consiste en que se usa un nombre propio, a saber, Lázaro, cosa que en las parábolas no ocurre en ningún otro caso. El nombre propio —Lázaro era un nombre conocido (véase Juan 11)— indica que se trata de un acontecimiento que sucedió realmente.

¿Por qué usa Jesús términos que se empleaban explícitamente para el más allá? Con ello tocaba a los fariseos exactamente en sus ideas, en lo que creían respecto al más allá; pero ellos no se aplicaban la seriedad del asunto.

2.1.4 Antes de la muerte

Solo los tres primeros versículos describen la vida terrenal (Lucas 16:19-21) y contienen exactamente lo que fue decisivo para la vida de las dos personas después de la muerte. El rico, cuyo nombre no se menciona, vivía en el egoísmo. Su ropa era de lo más fino. Aunque quizá entendía su riqueza como una bendición de Dios, Dios, el Dador de todos los dones, faltaba en su vida. No parecía conocer el amor al prójimo, como se ve claramente en su conducta hacia el pobre. El pobre compartía la suerte de los perros en el portal de entrada de la casa del rico, donde arrastraba una miserable existencia de mendigo y vivía de los desperdicios del rico. El pecado del rico no era la riqueza, sino su egoísmo, por el que no prestaba atención al pobre, aunque quizá lo veía todos los días. Los perros, al parecer, mostraban más compasión por Lázaro que el hombre rico.

A diferencia del nombre del rico, el del pobre sí se menciona. *Lázaro* significa «Dios es ayuda». En este nombre está la clave de la actitud ante la vida del pobre. Encontró ayuda en Dios, en quien se había visto arrojado por su pobreza. Pero no fue su pobreza lo que lo llevó después de la muerte al seno de Abraham, sino su confianza en Dios.

Como para todo ser humano, también para estos dos llegó el día en que tuvieron que despedirse de la tierra. Ambos murieron la misma muerte. El rico tuvo un sepelio; el del pobre no se menciona. Sin embargo, con su muerte las cosas se ven de repente bajo otra luz.

Cuando un ser humano muere, llega la hora de la verdad, en la que se le hace manifiesto lo que realmente cuenta y perdura más allá de la muerte. Entonces ya

no hay ni autoengaño ni incredulidad; el ser humano ya no pide las pruebas que siempre exigía en su vida cuando se le hablaba de la vida después de la muerte.

Jesús constata que la diferencia entre ambos después de su muerte es mucho mayor de lo que era en su vida terrenal. Las tornas se han vuelto, porque el pobre se encuentra en el lugar de la bendición y no tiene por qué lamentar su despedida de la vida terrenal. Los ángeles, que son espíritus ministradores a favor de los que serán herederos de la salvación (Hebreos 1:14), llevan a Lázaro, en el instante de su muerte, al seno de Abraham.

2.1.5 La idea judía del más allá

Se reconoce generalmente que el Señor Jesús enlaza aquí con la idea de Sus oyentes, que Él mismo, como judío, conocía. Por eso es útil explicar brevemente la idea que entonces se tenía del más allá.

Los judíos creían que las almas o los espíritus de los muertos van al Seol. Este es el reino de los muertos, que, en espera de la resurrección, es solo un lugar de estancia provisional. Creían también —y esto iba más allá del testimonio bíblico del AT— que allí había una separación entre justos e injustos. Unos estaban en bienaventuranza y los otros recibían castigo y retribución. Por eso tampoco tenían ninguna duda de que los muertos conservaban su plena conciencia, porque, de lo contrario, la bendición y el castigo carecerían de sentido.

El historiador Josefo describe así la fe de los fariseos: «Creen también que las almas son inmortales y que, según que el hombre haya sido virtuoso o vicioso, reciben bajo la tierra recompensa o castigo, de modo que los viciosos tendrían que consumirse en una prisión eterna».³¹ Con este trasfondo, a los fariseos no les resultaba difícil entender esta historia. Jesús hablaba de la vida y de la existencia del ser humano después de la muerte, y de cómo esta existencia está determinada por la vida en la tierra.

No es mi intención investigar cómo llegaron los fariseos a esta concepción, que va más allá del AT. Lo importante es que esta fe no contradice al AT. El Señor Jesús tampoco condena ni corrige esta concepción, sino que enlaza con la

31. Flavio Josefo, *Jüdische Altertümer*, libro 18, cap. 1.3., Wiesbaden (Fourier Verlag), 1985, págs. 506, 507.

idea fundamental³² de esta representación, revelando al mismo tiempo, con omnisciencia divina, lo que viene después de la muerte.

El Hijo de Dios deja claro aquí, y precisamente sin estar influido por la filosofía judía ni griega, que hay una vida después de la muerte, tanto en gozo como en tormento. Quien reconoce a Jesucristo no puede reinterpretar estas palabras sin poner con ello en tela de juicio Su persona.

2.1.6 El seno de Abraham

El seno de Abraham es una expresión típicamente judía. Los oyentes la conocían. En la Biblia esta expresión aparece una sola vez. El seno de Abraham era el lugar de bendición al que era recibido el justo después de su muerte. También la expresión «seno de los justos» designaba para los judíos un lugar más allá de la muerte. Abraham, el amigo de Dios, ocupa aquí el centro. Para los judíos no había duda de que Abraham seguía viviendo después de su muerte (Lucas 20:27-40). El seno de Abraham era para el judío un lugar de honor que quería ocupar a toda costa después de su muerte. Este lugar indica comunión, cercanía y gozo (Juan 1:18; 13:23).

La enseñanza del Señor Jesucristo no vale solo para los judíos, aunque enlazara con su manera de pensar; en consonancia con otras palabras del NT, se extiende en principio a todos los seres humanos. Por eso el «seno de Abraham» puede llamarse también «paraíso». Tampoco esta idea era ajena a los judíos. Resuena, por ejemplo, en el «Tárgum del Cantar de los Cantares»,³³ donde se dice que las almas de los justos que han muerto son llevadas por los ángeles al paraíso.

El seno de Abraham no es, como a veces se afirma, el futuro reino de Dios. Es cierto que en otro lugar se habla de un banquete con los patriarcas en ese reino (Mateo 8:11), pero tendrá lugar en la tierra. Sin embargo, aquí no se trata de eso. En esta historia vemos que Lázaro y el rico no se encuentran en la tierra, sino fuera del mundo visible. Al mismo tiempo, los cinco hermanos del rico todavía vivían entonces en la tierra. El rico quería precisamente que alguien de entre los muertos fuera enviado para advertirles, ya que evidentemente vivían como él había vivido antes.

32. Hablo expresamente de la «idea fundamental», porque en el mundo de ideas de aquella época había una fantasía muy desarrollada que no queda confirmada por Lucas 16.

33. Libro apócrifo de la época entre los dos Testamentos.

2.1.7 ¿Cómo llegó Lázaro al seno de Abraham?

Cuando un ser humano muere, su espíritu-alma sigue viviendo, mientras el cuerpo se descompone. Pero en esta historia Lázaro aparece como un ser humano completo que fue llevado al seno de Abraham. No se dice que solo su espíritu-alma fuera llevado allí. Esto no es una contradicción, porque de las almas de los difuntos se habla siempre como si se encontraran en el estado de la vida corporal. Las sensaciones y manifestaciones de vida de los difuntos no pueden describirse, ni con palabras ni con imágenes, de otra manera que como lo hace aquí el Señor Jesús y como corresponde a la realidad de la vida corporal.

La descripción de los acontecimientos que siguen a la muerte de ambos no se distingue de la descripción de su vida antes de la muerte. En cuanto a la conciencia y la percepción de ambos, la muerte, evidentemente, no ha cambiado nada aquí. La personalidad del ser humano, la percepción consciente de su entorno y la memoria se conservan sin restricción después de la muerte.

2.1.8 El Hades

El rico alza los ojos en el Hades y se encuentra en tormentos. El Hades era un término conocido del mundo griego. Allí era el dios del inframundo y también el lugar de los muertos.

El Hades no debe confundirse con el infierno. Lamentablemente, en algunas traducciones de la Biblia (por ejemplo, en la de Lutero) la palabra griega «Hades» que se usa aquí se traduce por «infierno», de modo que se podría suponer que ambos términos designan la misma cosa. Sin embargo, se trata de dos cosas distintas, en lo que entraré más adelante con más detalle. Antes de ocuparnos más de cerca del Hades en Lucas 16, consideremos —para no llegar a una explicación «aislada» y, por tanto, equivocada— los 10 pasajes del NT donde se menciona el Hades.

1.^a y 3.^a mención: «Y tú, Capernaum, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida» (Mateo 11:23; Lucas 10:15).

El «Hades» aparece aquí en contraste con el «cielo». Capernaum fue levantada hasta el cielo porque el Mesías había hecho en esta ciudad la mayoría de Sus milagros (Mateo 9:1). Aquí se pone de manifiesto la profunda caída de Capernaum en el día del juicio mediante el gran contraste entre el lugar «más alto» y el «más bajo». En este sentido se habla a menudo de «arriba» y

«abajo».³⁴ El Hades es aquí el lugar del juicio, inalcanzablemente lejos del cielo, el lugar de la bendición.

2.^a mención: «y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella» (Mateo 16:18).

El Señor Jesucristo, el Hijo del Dios viviente, es el fundamento inexpugnable e inamovible sobre el que Él edificaría Su iglesia. Edificada sobre esta roca, ni siquiera el Hades puede vencer a la iglesia. El Hades tiene poder, lo cual se expresa simbólicamente en las puertas. Detrás del Hades se oculta el poder de la muerte. El Hades y el poder de la muerte no pueden vencer ni «tomar» la iglesia, porque está fundada sobre Aquel que es la vida y ha vencido a la muerte. El Hades es un poder maligno que se presenta aquí como enemigo de la iglesia.

4.^a mención: «Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno» (Lucas 16:23).

5.^a y 6.^a mención: Pedro dijo del Señor Jesús, citando el Salmo 16: «porque no abandonarás mi alma al Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción» (Hechos 2:27, según la Elberfelder; véase también el v. 31).

Estas palabras las había pronunciado David siglos antes (Salmos 16:10). Pedro las cita en su predicación el día de Pentecostés como una profecía sobre la muerte y la resurrección del Mesías. El Hades extendía, por así decirlo, las manos hacia el alma santa del Salvador para arrebatlarla y tomar posesión de ella. Pero el Hades no pudo apoderarse de Su alma, porque Él era el Santo de Dios.³⁵ Cuando murió, no cayó en poder del Hades, sino que fue al paraíso. Su cuerpo fue puesto en el sepulcro, pero no vio corrupción, porque fue resucitado.

Aquí queda claro que el Hades es el lugar donde están las almas de los injustos. El cuerpo, la carne, está relacionado con el sepulcro y la corrupción. El alma está relacionada, aquí y en todos los demás pasajes, con el Hades. Aquí el

34. Compárese Juan 8:23; 1 Timoteo 6:9; 2 Pedro 2:4; Judas 6; Apocalipsis 20:1; Proverbios 9:18; 15:24.

35. La mayoría de las traducciones dicen aquí: «no dejarás mi alma en el Hades» o algo parecido. Con esta formulación, el Señor habría estado en el Hades. En ese caso el Hades, igual que el Seol, sería en general el lugar de los muertos, sin distinción entre justos e injustos. Esto corresponde a las afirmaciones del AT. Véase sobre esto C. Briem, *Ein Volk für seinen Namen*, parte 2, Hückeswagen (CSV), 1983, págs. 100-103. No comparto esta opinión, porque precisamente Lucas, el autor de Hechos, es el único que en su evangelio, por un lado, contraponen en Lucas 16 el Hades y el seno de Abraham (es decir, el seno de Abraham no está en el Hades ni es parte de él) y, por otro, cita al Señor diciendo que, cuando murió, iba al paraíso. Además, en tiempos de Jesús ya existía la opinión de que el lugar de los bienaventurados está en el cielo y el lugar de los injustos en el Seol. Considero el Hades en el NT, de forma continua, como el lugar de los injustos, que están bajo el poder de la muerte. Allí no estuvo Cristo (véase sobre esto el apéndice).

sepulcro y el Hades se separan claramente el uno del otro. No son una y la misma cosa.

7.^a mención: «... estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades» (Apocalipsis 1:18).

Son las palabras del Señor Jesús como el Resucitado. Porque murió y resucitó, tiene poder sobre la muerte y el Hades. Tanto la muerte (en relación con el cuerpo) como el Hades (en relación con el alma) tuvieron que inclinarse ante el Hijo de Dios. ¡Todo le está sometido! El reino de los muertos y todos los que están allí están sujetos a Su autoridad, porque «Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven» (Romanos 14:9). ¡Los creyentes ya no tienen por qué temer!

Su poder consiste también en resucitar a los muertos, abriendo con la llave el Hades y sacando las almas para unir las en la resurrección con el cuerpo.

8.^a mención: «Miré [Juan], y he aquí un caballo amarillo, y el que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades le seguía» (Apocalipsis 6:8).

La muerte y el Hades están estrechamente relacionados entre sí, ya que llevan a cabo una tarea común.³⁶ ¿En qué consiste su cooperación? La muerte se apodera del cuerpo y el Hades del alma. En este sentido el Hades sigue a la muerte para recibir las almas, que la muerte no puede tocar (Mateo 10:28).

La expresión «Hades» puede significar, desde el punto de vista de la historia de la lengua, «el que todo lo recibe». El Hades devora a los muertos con un hambre insaciable. En esto hay una semejanza con el Seol (el Hades en el AT), que en la conciencia lingüística hebrea se relacionaba con «exigir, reclamar» (compárese Hechos 2:27, 31).³⁷

9.^a y 10.^a mención: «y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego» (Apocalipsis 20:13-14).

Los muertos se encuentran en el Hades. Esta es, junto a la historia de Lucas 16, la indicación más clara sobre la naturaleza del Hades. El Hades es el lugar de los muertos que no han creído en el evangelio. Solo estos comparecen ante el gran trono blanco.

Aquí encontramos el fin de la muerte física. La muerte es lanzada al lago de fuego, que es el infierno. Como en ese momento todos los muertos han

36. Compárese 2 Samuel 22:6; Isaías 28:15, 18; Oseas 13:14; Habacuc 2:5.

37. Proverbios 1:12; 27:20; 30:16; Isaías 5:14.

resucitado, ya no hay almas ni espíritus de muertos que puedan permanecer en el Hades. Esto es, necesariamente, también el fin del Hades. Los perdidos son lanzados al infierno con el cuerpo que han recibido en la resurrección. Por eso el Hades ya no se necesita y encuentra, como la muerte, su fin en el infierno.

Resumen: El Hades recibe las almas de los difuntos, que son separadas del cuerpo por la muerte. El Hades está relacionado con el poder de la muerte. A esta muerte, que lleva a la perdición eterna, solo están sometidos los incrédulos. Así, el Hades es también solo el lugar de estancia de aquellos muertos que han muerto sin Cristo. El Hades es lugar de tránsito y de estancia de los impíos hasta la resurrección.

2.1.9 El Hades en Lucas 16

El significado del Hades en Lucas 16 corresponde exactamente a lo que ha quedado claro a partir de los pasajes examinados. Además, se encuentran otros detalles que solo se mencionan aquí.

El rico fue sepultado. Su espíritu-alma, en cambio, no se encontraba en el sepulcro, sino en el Hades. Lo primero que se dice de él es que estaba «en tormentos». Por tanto, no había perdido su capacidad de sentir por la muerte. Pero no solo había conservado su capacidad de sentir, sino también su plena conciencia más allá de la muerte: habla, expresa sus pensamientos y puede recordar. Además, puede percibir con sus ojos el entorno, que está marcado por el tormento y el sufrimiento. Este entorno lo designa el propio rico como «lugar» de tormento (v. 28). Por tanto, el Hades no es solo un estado, sino también un lugar real de estancia.

El tormento que siente el rico y el calor de la llama parecen presuponer una corporeidad de carne y sangre. Pero esta ya no la tiene el ser humano después de la muerte y hasta su resurrección. Por eso entendemos esta descripción de los sufrimientos como una descripción figurada de una realidad que nos es ajena a nosotros, que todavía estamos en el cuerpo, y cuya profundidad y magnitud solo comprende quien la padece. Esta imagen, que encontramos en forma parecida en relación con el infierno, es necesaria para presentarnos los sufrimientos del Hades de tal manera que también podamos entenderlos.

Hermann Cremer describe estos sufrimientos así: «[El alma] se parece en la muerte al pobre que tiene demasiado para morir y demasiado poco para vivir: ¡un estado espantoso, este estar colgando y temblando entre la vida y la muerte,

este morir sin fin! Mientras la muerte no le haya abierto los ojos al ser humano sobre esto, uno puede engañarse y entregarse a la ilusión de que a su alma no le falta nada. Podemos escapar de todas las sensaciones y necesidades de nuestra alma mientras somos dueños de nuestro cuerpo y podemos tratar con el mundo que nos rodea en el trabajo o en la distracción. Pero con la muerte cesa esta posibilidad, y la impotencia del alma se manifiesta en una enfermedad sin fin. Arrancada de Dios, en el alejamiento de Dios, está también alejada de la vida que procede de Dios. ... eternamente sin fuerzas, impedida y atada, su inmortalidad no es para ella algo mejor que la muerte, sino algo mucho más miserable y peor: una eterna lucha por la existencia, una eterna privación de toda satisfacción, un consumirse sin fin bajo la oposición del Dios santo contra todo ser impío y alejado de Dios. La inmortalidad no es para el ser humano pecador y no redimido otra cosa que muerte eterna; no un rayo de luz que ilumina la noche, sino solo sombra de la luz».³⁸

Esto es, naturalmente, cualquier cosa menos un sueño del alma, o incluso una no existencia después de la muerte. Esta historia demuestra exactamente lo contrario. Para mantener la falsa enseñanza del sueño del alma se requiere una interpretación completamente distinta de esta historia, según la cual el Hades no es otra cosa que el sepulcro en el que fue enterrado el cadáver del rico. Para ello se apela a lecturas que, mediante otra puntuación,³⁹ cambian el sentido de la frase. Así el Hades se convierte en el sepulcro en el que se puso al rico. Se lee de la siguiente manera: «El rico murió y fue sepultado en el Hades. Cuando alzó sus ojos en el tormento ...». Para esta división del texto no existen ni siquiera dos o tres testigos textuales griegos. Esta división tampoco se encuentra en ninguna de las traducciones de la Biblia conocidas hoy como fiables.

El contexto del texto, así como la concordancia de contenido con todo el NT, es decisivo para la puntuación de una frase. Como ya hemos visto, ningún pasaje del NT confirma que el Hades sea idéntico al sepulcro.

Desde el punto de vista de la historia de la lengua, la palabra «Hades» tiene también el significado de «lo invisible» y «lo imperceptible».⁴⁰ También por eso no es posible que la expresión «Hades» se refiera a un sepulcro.

38. Hermann Cremer, *Jenseits des Grabes*, Gießen (Brunnen-Verlag), s. f., págs. 31, 32.

39. Se llama puntuación a los signos ortográficos que no existían en el texto original y que se añadieron solo algunos siglos después.

40. Dictionary of New Testament Theology, Vol. 2 (Paternoster Press) 1981, pág. 206

Puede ser que la opinión de que el Hades y el sepulcro son lo mismo haya surgido porque «Hades» es, en efecto, la traducción griega del hebreo «Seol»; pero la palabra «Seol» tiene en el AT un significado más amplio, como veremos en el próximo apartado.

2.1.10 El Seol

Por la cita del Salmo 16:10 en Hechos 2:27 se ve que «Hades» es la traducción de la palabra hebrea «Seol». En la Septuaginta, la palabra «Seol» se traduce por «Hades», pero a veces también por «muerte». En el AT «Seol» aparece 65 veces. Más de la mitad de estas apariciones se encuentran en los libros de Job, Salmos y Proverbios.

¿Qué significado tiene el Seol en el AT? Podemos reconocer varios significados de esta palabra en el AT. En general, el Seol tiene que ver con el ámbito de la muerte, al que pertenecen también la angustia de muerte, el sepulcro, el abismo y el reino de los muertos.

- El Seol como sepulcro o fosa: Génesis 37:35; 42:38; 44:29; Números 16:30; Deuteronomio 32:22; 1 Samuel 2:6; Job 7:9; Salmos 139:8; Eclesiastés 9:10; Ezequiel 31:16.
- El Seol como sepulcro o fosa, pero con un eco de una vida consciente después de la muerte: 2 Samuel 22:6; 1 Reyes 2:6-9; Job 17:13-16; Amós 9:2.
- El Seol como reino de los muertos, lugar de estancia de las almas: Salmos 16:10; Proverbios 15:11; 27:20; Isaías 14:9-15.
- El Seol en sentido simbólico, como poder de la muerte, del mal, de la angustia, de la necesidad y del cautiverio: Salmos 116:3; Isaías 28:15; 57:9; Jonás 2:2.

Estos pasajes bíblicos dejan claro que la palabra «Seol» tiene varios significados. Sería un error decir que el Seol es siempre el sepulcro o la fosa. Igual de equivocado es, por tanto, trasladar este significado al Hades del NT.

La idea del Seol entre los judíos en la época en que Jesús contó esta historia correspondía, en lo esencial, a la descripción del Seol o Hades en Lucas 16.

Strack y Billerbeck escriben: «Los diversos puntos de contacto entre Enoc 22 y Lucas 16:19 ss. hacen probable que la idea del Seol defendida en Enoc 22

hubiera alcanzado cierta difusión en el pueblo judío y representara en los días de Jesús la opinión popular media».⁴¹

En diversos escritos de los judíos (como, por ejemplo, Enoc), el Hades era el lugar de estancia de los espíritus o almas de los difuntos. Además estaba también extendida la idea de que el Seol tenía compartimentos para los justos y para los injustos. Los justos tendrían allí gozo; los injustos, tormento.

Aunque el Seol es a menudo el sepulcro, Seol y sepulcro son, sin embargo, dos términos distintos que no siempre se usan como sinónimos. El sepulcro, que a diferencia del Seol aparece también en plural, se cava (por ejemplo, Génesis 50:5), pertenece a determinadas personas (por ejemplo, 1 Reyes 13:30; 2 Crónicas 34:28), y en él se pone el cadáver.⁴² Estas características no valen para el Seol. El rey Ezequías menciona en una frase tres términos que distinguía y que, por eso, no pueden significar lo mismo: «Porque el Seol no te exaltará, ni te alabará la muerte; ni los que descienden al sepulcro [lit. a la fosa] esperarán tu verdad» (Isaías 38:18).

Por eso, en cuanto al «Seol» en relación con el «Hades» del NT, queda por constatar lo siguiente:

En el AT, las cosas más allá del sepulcro no estaban reveladas en absoluto o solo de forma insinuada. Por eso, desde la perspectiva del AT no se puede decir mucho sobre el Seol. No es lícito trasladar *uno solo* de los significados del Seol mencionados arriba (por ejemplo, el de sepulcro) al Hades del NT.

2.1.11 Alzar los ojos

Leemos que el rico, en el Hades, alzó sus ojos (Lucas 16:23; la traducción alemana dice «schlug seine Augen auf», es decir, «abrió los ojos»). Este «abrir los ojos» hace pensar en una persona que despierta del sueño. Jesús usa esta expresión para describir la sorpresa, el asombro y, al mismo tiempo, el espanto del rico. Este percibe de repente un entorno y un estado completamente distintos de los que estaba acostumbrado hasta entonces. No lo había esperado, siendo descendiente de Abraham.

Quienes intentan reconocer en esta historia la doctrina del sueño del alma explican este «abrir los ojos» como resurrección. Tampoco queda otra explicación si se dice que el Hades es el sepulcro. En el sepulcro no se abren los

41. De *Kommentar zu Talmud und Midrasch IV*.

42. Por ejemplo, 2 Reyes 13:21; Salmos 88:5; Jeremías 26:23.

ojos. A primera vista, esta explicación no parece del todo descabellada, porque la relación entre el sueño de la muerte y el despertar en conexión con la resurrección resulta cercana. Y, sin embargo, esta explicación es dudosa, porque en esta historia, en los versículos 30 y 31, se habla literalmente de una resurrección. Es extraño que la resurrección se mencione una vez literalmente y otra solo de forma figurada.

La palabra «alzar» (en griego *epairo*) aparece a menudo en relación con los «ojos» y con el «ver».⁴³ El NT nunca describe con esta expresión el proceso de despertar del sueño, ni mucho menos la resurrección. Cuando los injustos resuciten, serán juzgados inmediatamente después ante el gran trono blanco y lanzados al lago de fuego, que es el infierno (Apocalipsis 20:11-15). El juicio final no está contenido en esta historia. En el Hades, el rico todavía no comparece ante el Juez. No es el Hades el estado final, sino el lago de fuego. El Hades no debe confundirse con el infierno, aunque ya allí haya tormento y sufrimiento. Cuando los pecadores sean lanzados al infierno, el Hades, que ha servido como lugar de estancia de los injustos, ya no será necesario (véase arriba).

2.1.12 De lejos

El rico ve a Lázaro de lejos en el seno de Abraham. La expresión «de lejos» deja clara la inaccesibilidad de este lugar y la situación desesperadamente perdida e inmutable. En cierto sentido, esta distancia existía ya en la vida de los dos hombres. Ahora esta distancia es mucho mayor y ya no puede salvarse. ¿No es esto también una indicación de que la lejanía de Dios, que los impíos padecerán como castigo eterno en el infierno (2 Tesalonicenses 1:9), comienza en cierto modo ya inmediatamente después de la muerte?

El rico se dirige a Abraham para conseguir alivio en sus tormentos. Pide que Lázaro moje la punta de su dedo en agua para refrescarle la lengua. El rico ha comprendido su situación, porque esta petición es tan pequeña y ya no corresponde a su comportamiento habitual, tal como se conocía por su vida. ¿No corresponde la gota de agua que cae del dedo a las migajas que el pobre había anhelado en vano? Ni siquiera esta petición es atendida. Tampoco Abraham puede ya cambiar nada en el estado del rico.

43. Por ejemplo, Mateo 17:8; Lucas 6:20; 18:13; Juan 4:35; 6:5; 17:1.

De aquí se desprende que cualquier influencia sobre los muertos —sea buena o mala, ejercida por personas o por sus oraciones, o bien por ángeles y demonios— está completamente excluida. Después de la muerte, el ser humano está única y exclusivamente en la mano de Dios (Hebreos 10:31). La Sagrada Escritura no conoce ni intercesión ni oraciones por los difuntos.

2.1.13 La gran sima

Entre el Hades y el seno de Abraham está puesta una gran sima que no puede salvarse. Dificilmente habrá una descripción más impresionante de que después de la muerte ya no se puede cambiar el lugar de estancia. Ya no hay posibilidad de arrepentimiento. La sima no puede superarse ni por compasión ni por arbitrariedad. El rico mismo ve que ya no tiene ninguna posibilidad de escapar de este lugar.

Después de la muerte ya no hay misericordia, porque la vida terrenal del ser humano ofrece posibilidades y tiempo suficientes para recibir la gracia de Dios en Jesucristo (Romanos 2:4; 2 Corintios 6:2). El Señor Jesús advierte seriamente a Sus oyentes que la vida terrenal decide sobre la eternidad.

Quien apela a una posibilidad de arrepentimiento después de la muerte —como segunda oportunidad— y además la proclama, es como una estrella errante que señala un camino hacia las tinieblas (Judas 13). Es fatal esperar una segunda oportunidad después de la muerte. Esa posibilidad, por mucho que al ser humano le gustaría tenerla, no existe.

Para el rico ya no hay salvación, pero piensa en sus hermanos. ¿Qué puede hacer todavía para advertirles? Se le ocurre que quizá escucharían a alguien que estuvo muerto y que puede dar testimonio de lo que viene después de la muerte. Pero Abraham responde que los hermanos del rico tampoco escucharían a alguien que vuelve de entre los muertos. Para quienes rechazan la Palabra de Dios en nuestro tiempo, ni siquiera un testimonio tan espectacular bastaría para mover su corazón al arrepentimiento.

Algún tiempo después, el Señor llama de entre los muertos a otro Lázaro (Juan 11). Este Lázaro era alguien como el que el rico pedía. Pero en el caso de Lázaro se confirma la respuesta de Abraham. En lugar de aceptar Su testimonio, los judíos llegan incluso a deliberar sobre cómo matar al Señor de la vida y de la muerte, para silenciar este testimonio de Su omnipotencia.

El Señor Jesús mismo volvió de entre los muertos. Aunque Su resurrección estaba probada por testigos oculares y Sus discípulos difundían este mensaje, no se quiso aceptar este testimonio. Los corazones corrompidos de los hombres no querían someterse a la verdad.

Es cierto que el pecador no es llevado a Dios por medio de pruebas, sino solo por un corazón arrepentido y una conciencia iluminada.

Preguntas para profundizar

- ¡Explique por qué el relato de Lucas 16 no es una parábola!
- ¡Resuma lo que significan los términos «Hades» en el NT y «Seol» en el AT!
- ¿Qué deja claro en Lucas 16 que después de la muerte ya no puede haber una segunda oportunidad?

2.2 El Dios de los vivos

En la conocida controversia de los saduceos con Jesús en el templo de Jerusalén se trata de la resurrección de los muertos. Los saduceos eran conocidos por no creer en una resurrección. Esto lo mencionan unánimemente los evangelistas Mateo, Marcos y Lucas.

«Llegando entonces algunos de los saduceos, los cuales niegan haber resurrección, le preguntaron, diciendo: Maestro, Moisés nos escribió: Si el hermano de alguno muere teniendo mujer, y no dejare hijos, que su hermano se case con ella, y levante descendencia a su hermano. Hubo, pues, siete hermanos; y el primero tomó esposa, y murió sin hijos. Y la tomó el segundo, el cual también murió sin hijos. La tomó el tercero, y así todos los siete, y murieron sin dejar descendencia. Finalmente murió también la mujer. En la resurrección, pues, ¿de cuál de ellos será mujer, ya que los siete la tuvieron por mujer? Entonces respondiendo Jesús, les dijo: Los hijos de este siglo se casan, y se dan en casamiento; mas los que fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan, ni se dan en casamiento. Porque no pueden ya más morir, pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección. Pero en cuanto a que los muertos han de resucitar, aun Moisés lo enseñó en el pasaje de la zarza, cuando llama al Señor, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob. Porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para él todos viven. Respondiéndole algunos de los escribas, dijeron: Maestro, bien has dicho. Y no osaron preguntarle nada más» (Lucas 20:27-40; compárese Marcos 12:18-27; Mateo 22:23-33).

Observemos un poco más de cerca al grupo de los saduceos y su concepción.

2.2.1 Los saduceos⁴⁴

Antes de examinar algunos detalles de este texto, dejemos hablar otra vez al evangelista Lucas, esta vez en el libro de los Hechos: «Porque los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángel, ni espíritu» (cap. 23:8; compárese Hechos 4:2). La doctrina de los saduceos era coherente y consecuente en sí misma. Si no había resurrección, tampoco existían espíritus, es decir, espíritus de difuntos⁴⁵ separados del cuerpo (Hebreos 12:23; 1 Pedro 3:19).

El testimonio extrabíblico del historiador Josefo lo confirma cuando escribe que los saduceos negaban la inmortalidad del alma, así como los castigos y recompensas en el inframundo.⁴⁶

Aquí se insinúa que la resurrección y una existencia extracorporal del espíritu-alma después de la muerte están en relación directa y dependen la una de la otra. Los saduceos sabían que la resurrección y el espíritu-alma separado del cuerpo no se contradicen, sino que están tan estrechamente unidos que no puede existir lo uno sin lo otro. Por eso negaban ambas cosas.⁴⁷

La respuesta del Señor Jesús a esta argumentación sutil es que Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, porque para Él todos viven (v. 38). El Señor deduce este hecho de las palabras de Yahvé a Moisés desde la zarza ardiente: «Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob» (Éxodo 3:6; véanse también los vv. 14-15). Los oyentes sabían que ninguno de los tres patriarcas vivía ya en el momento en que Yahvé pronunció estas palabras. Todos habían muerto. Ahora bien, si la muerte significa la extinción y la no existencia completa, o aunque solo sea temporal, ¿cómo puede decir

44. Los saduceos (quizá llamados así por el sumo sacerdote Sadoc, de la época de Salomón) habían surgido de una antigua aristocracia sacerdotal y formaban, en la época de aprox. 150 a. C. a 70 d. C., un partido conservador y favorable a Roma dentro del linaje sacerdotal judío. A diferencia de los fariseos, cuyos adversarios «tradicionales» eran, los saduceos negaban la pervivencia del alma y la existencia de ángeles y espíritus. Tampoco creían en intervenciones divinas en los asuntos humanos. Además, como adversarios de los fariseos, rechazaban la Torá oral y daban prioridad a la providencia de Dios sobre el libre albedrío humano. Solo reconocían como revelación los cinco libros de Moisés, pero rechazaban las esperanzas de resurrección y la creencia en los ángeles (Hechos 23:8). Como los saduceos no contaban con un amplio respaldo en el pueblo, desaparecieron como grupo política y religiosamente influyente.

45. En este versículo se distingue entre ángeles y espíritus, lo cual demuestra que los espíritus son aquí los espíritus de difuntos. En otros pasajes a los ángeles se les llama también espíritus (por ejemplo, Hebreos 1:14).

46. *Geschichte des Jüdischen Krieges* (La guerra de los judíos), libro 2, capítulo 8.14.

47. En cambio, estas doctrinas sí formaban parte de la convicción de los fariseos (compárese Hechos 23:6-7).

Yahvé que Él es su Dios? Entonces Dios sería realmente un Dios de muertos. Pero Dios no es Dios de algo que no existe. Los oyentes lo entendieron, porque algunos de los escribas dijeron que había hablado bien. Los saduceos no pudieron replicar nada a esta sabiduría divina⁴⁸; Él los había hecho callar, porque erraban mucho (Mateo 22:34).

Algunos lo explican diciendo que los patriarcas vivirían en la memoria o en el propósito de Dios, porque un día serán resucitados. Pero este versículo no permite otra conclusión que la de que los patriarcas, en el momento en que Dios habló desde la zarza, tenían que vivir de alguna manera (es decir, no solo como un pensamiento en el recuerdo). No se dice que Dios «era» el Dios de los patriarcas o que lo «será» en vista de la resurrección, sino que lo «es», y eso hasta hoy. Tampoco se dice que para Él «vivían», sino que «viven».

Solo Lucas relata que el Señor Jesús extiende a todos los seres humanos el hecho de que los muertos viven, porque dice: «pues para él *todos* viven» (es decir, no solo los patriarcas). Esto incluye también claramente a aquellos que —como los patriarcas— murieron hace mucho tiempo.

2.2.2 Moisés y Elías en el monte de la transfiguración

Los evangelistas mismos dan un ejemplo de dos creyentes del tiempo del AT que vivían después de su muerte. En la glorificación de Jesús⁴⁹ en el monte de la transfiguración aparecieron Moisés y Elías. Elías no había muerto, sino que había sido llevado al cielo (2 Reyes 2:11), lo mismo que Enoc (Génesis 5:24).

Todavía se puede entender que Elías apareciera allí en persona, porque no había muerto. Pero ¿qué pasa con Moisés? Él murió (Deuteronomio 34:6; compárese Judas 9). ¿De dónde venía entonces Moisés, si después de la muerte ya no vivía? ¿Había resucitado ya? De eso la Biblia no dice nada, y tampoco puede ser, porque no Moisés, sino Cristo es las primicias de los que durmieron (1 Corintios 15:20, 23) y la resurrección de los creyentes todavía no ha tenido lugar.

El Dios eterno (Romanos 16:26) es el Dios de los vivos. Por eso también Moisés vive ahora, después de su muerte y antes de su resurrección. Dios no resucitó a Moisés y a Elías para esta aparición y luego los volvió a poner a

48. Curiosamente, Jesús había citado de Éxodo, ya que los saduceos solo reconocían como Palabra de Dios los cinco libros de Moisés. En Sus afirmaciones sobre la resurrección, la existencia de los ángeles y la inmortalidad (porque los ángeles no mueren) refutó a la vez varios aspectos de los saduceos.

49. Mateo 17:1-8; Marcos 9:2-8; Lucas 9:28-36.

dormir. Y no es concebible que solo ellos —y no todos los creyentes— se encuentren en un estado consciente y dichoso. Los creyentes de todos los tiempos están ahora todos en el paraíso.⁵⁰

Así, tanto por la aparición de Moisés y Elías como por las palabras del Señor al responder a los saduceos, y también por el contexto de toda la Sagrada Escritura, queda claro que todos los que han muerto viven.

Para muchos judíos (exceptuando a los saduceos) era evidente que los difuntos vivían. Creían, por ejemplo, que Abraham, Isaac y Jacob estaban ahora en un lugar al que iba también el judío fiel, para ser recibido allí por los patriarcas.⁵¹

Dios mismo es el que sustenta la vida no solo de las personas que viven en la tierra, sino también de los difuntos, porque ellos y todo lo que vive dependen de Él. En este sentido, la inmortalidad del alma no es una inmortalidad en sí misma, sino que depende de Dios como fuente de la vida.

Cuando el Señor Jesús habló de los patriarcas, no se trataba del estado después de la muerte, sino de la resurrección. Pero dijo que una prueba de la resurrección era el hecho de que los patriarcas vivían en ese momento. Esto es sumamente importante y, en pocas palabras, significa: porque las almas de los difuntos viven, tiene que haber una resurrección. ¿Por qué es así?

2.2.3 La relación entre la vida después de la muerte y la resurrección

La muerte, que entró en el mundo por el pecado, ha frustrado el plan de la creación de Dios en lo que respecta al ser humano. La muerte pone fin a la vida corporal, a la existencia física del ser humano en la tierra, mientras que el ser humano sigue viviendo como personalidad de espíritu-alma. Sin embargo, una personalidad de espíritu-alma sin cuerpo no era el propósito de Dios cuando creó al ser humano.⁵² Como Sus propósitos y planes son irrevocables (Romanos 11:29), el cuerpo tiene que ser resucitado, para que se cumplan los planes que Dios tenía desde el principio y el ser humano sea restaurado en su «totalidad». La muerte no tiene la última palabra. Almas sin cuerpo, si ese fuera su estado eterno, demostrarían que la muerte habría vencido. En contraste con esto estaba

50. Compárese el apartado 2.3.

51. Apócrifo 4 Macabeos 13:16.

52. Compárese el apartado 3.4.

la creencia griega, que consideraba la muerte como una liberación permanente del cuerpo. La resurrección restaura al ser humano en la unidad que Dios quiso para él.

2.2.4 La imagen del grano de trigo

En consonancia con el hecho de que *todos* viven está también la imagen que usa Pablo para ilustrar la resurrección. Habla del grano que primero se pone en la tierra antes de dar fruto. Lo compara con el cuerpo muerto del creyente que ha fallecido, que un día resucitará (1 Corintios 15:35-44; compárese Juan 12:24).

Es interesante que el grano en la tierra, en realidad, no muere verdaderamente, en el sentido de que el proceso orgánico termine por completo. Si el grano pereciera y se disolviera por completo, nunca saldría fruto. Pero del germen, que sigue vivo, sale una planta nueva. El germen lleva en sí toda la información genética que determina la planta que ha de crecer. La envoltura o cáscara de la semilla, que rodea el germen, se desprende y perece. Así pues, en sentido literal solo muere esta parte.

Este proceso es otra indicación del hecho de que el ser humano (en 1 Corintios 15 se trata de un creyente) sigue viviendo después de su muerte. La envoltura exterior del grano se compara con el cuerpo, que perece. El germen puede compararse con el hombre interior (2 Corintios 4:16), el espíritu-alma. Esta parte del ser humano sigue viviendo después de la muerte. Esa es, al mismo tiempo, la razón por la que el cuerpo vuelve a ser resucitado, así como el germen produce un fruto nuevo.

Señalamos que la siembra del grano en la tierra se llama expresamente «morir», aunque evidentemente una parte de él sigue viviendo. Esto no es una contradicción, porque en la Biblia la muerte del ser humano nunca significa su fin completo, sino la separación del espíritu-alma respecto del cuerpo.

Preguntas para profundizar

- ¿Qué relación existe entre la vida después de la muerte y la resurrección?
- ¿Por qué tiene que haber una resurrección?
- ¿En qué sentido la imagen del grano no es solo una imagen de la resurrección, sino también de una vida después de la muerte?

2.3 El malhechor en la cruz

Las palabras del Señor Jesucristo a uno de los malhechores muestran claramente que hay una vida después de la muerte. Allí dice: «De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lucas 23:43).

La escena del Gólgota es conmovedora. Para los dos malhechores, a la derecha y a la izquierda de Jesús, había llegado el final. Recibían lo que merecían sus hechos. Ya no había para ellos el menor rayo de esperanza. En su desesperación, uno de los malhechores, arrepentido de su culpa, se dirige al hombre del centro; era lo único que todavía podía hacer. Dijo: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino» (Lucas 23:42). El malhechor intuye que el hombre que está a su lado, de cuya inocencia está convencido, tiene que ser el Mesías y Rey prometido por Dios. Así pues, si para él queda todavía de algún modo una esperanza, es en Aquel que un día, como Rey sobre todo, tendría la última palabra.

En esos momentos el malhechor pensaba en el futuro, en el tiempo en que vendría el Mesías para comenzar Su reinado. Hacia eso se dirigía la esperanza del judío. Por el AT se sabían muchas cosas sobre el Mesías: Su reinado, Su reino, Su grandeza y Su poder.⁵³ El malhechor conocía la resurrección en la aparición del Mesías al comienzo de Su reino (Daniel 12:2; Isaías 26:19). Le pidió que se acordara de él, para que pudiera vivir Su reino.

El Señor Jesús da una respuesta notable: «Hoy estarás conmigo en el paraíso». La respuesta parece tan notable porque el Salvador, en Sus palabras, en realidad no responde a la petición del malhechor. El malhechor piensa en el reino futuro, pero el Salvador habla del paraíso. No habla del futuro, sino de un «hoy».

Sucedía que el Señor Jesús a veces, aparentemente, no respondía directamente a las preguntas que se le hacían. Pero si se mira con más atención, se constata lo maravillosas que son Sus respuestas, porque revelan mucho más de lo que las preguntas pretendían (compárese Juan 2:19-22). Así sucede también aquí, porque evidentemente el paraíso y el reino no significan lo mismo.

Examinemos, por tanto, qué se entiende en la Escritura por el término *paraíso* y qué idea tenía del paraíso el malhechor, o el judío en general.

53. Por ejemplo, Salmos 2; 8; 24; Isaías 4; 9; 11; 53; Daniel 2; 7; Miqueas 5, entre otros.

2.3.1 El paraíso

La palabra procede probablemente del persa y significa algo así como «cercado o recinto amurallado redondo», «parque». En su tiempo se usaba para los suntuosos jardines de los reyes persas. De forma parecida se usaba también en el AT.⁵⁴ En la Septuaginta, la traducción griega del AT, se usa para el huerto del Edén, el paraíso terrenal,⁵⁵ o simplemente para un huerto.⁵⁶ Por los primeros capítulos de la Biblia reconocemos qué lugar tan hermoso era el paraíso terrenal. Dios lo había preparado para el ser humano como lugar donde vivir. Después de la caída, el ser humano fue expulsado del paraíso y ya no podía entrar en él. Después ya no oímos nada más de este paraíso. El paraíso original, terrenal, en el Edén ya no existe. Con ello está claro que el Señor Jesús no se refería a este paraíso.

Como las comunicaciones del AT se limitan al paraíso del Edén y en ningún lugar del AT se habla de otro paraíso, recurrimos a la tradición judía como fuente de información extrabíblica para averiguar qué se entendía por *paraíso* en tiempos de Jesús.

2.3.2 El paraíso en la tradición judía

La tradición judía, o la antigua sinagoga, conocía en tiempos de Jesús el paraíso en tres formas distintas.⁵⁷

- El paraíso original, terrenal, que era determinante para todas las demás ideas sobre el paraíso.
- El paraíso de las almas, que sirve como lugar de estancia a las almas de los justos que han dormido, durante el estado intermedio. Se creía en un paraíso celestial de las almas. Según esta idea, allí habían sido llevados Enoc y Elías, pero también los patriarcas.
- El paraíso del tiempo del fin en la tierra, cuyo centro serán Israel y Jerusalén bajo el Mesías, y que será entregado a los bienaventurados después de la resurrección y del juicio final.

54. Nehemías 2:8; Eclesiastés 2:5; Cantares 4:13.

55. Génesis 2:8; 13:10; Isaías 51:3; Ezequiel 31:8.

56. Números 24:6; Isaías 1:30; Ezequiel 31:8.

57. Strack y Billerbeck, *Kommentar zum Neuen Testament aus Talmud und Midrasch*, Múnich (C.H. Beck).

Como Dios había cerrado el paraíso terrenal y lo había retirado de la tierra, se había llegado a la convicción de que ahora estaba en el cielo y de que, al mismo tiempo, volvería a manifestarse como el reino paradisíaco de paz. El paraíso terrenal se convierte en el modelo del paraíso del más allá y del futuro.

Otras designaciones conocidas en el judaísmo para el lugar celestial de estancia de los bienaventurados son:

- «Tierra de los vivientes», en alusión al Salmo 116:9: «Andaré delante de Jehová en la tierra de los vivientes».
- «El haz de los que viven» (1 Samuel 25:29): el haz de los que viven, que está atado junto al Señor, se entendía muchas veces como el lugar de los bienaventurados.
- «Casa del tesoro»:⁵⁸ «que tu alma sea guardada en la casa del tesoro de la vida eterna».
- «Debajo del trono de Dios»: las almas de los justos son guardadas debajo del trono de la gloria.⁵⁹
- «Cielo»: las almas permanecen en el cielo hasta que en la resurrección vuelvan a unirse con el cuerpo.

Estos testimonios dejan claro que en tiempos de Jesús había una comprensión o una idea del más allá que iba claramente más allá de la revelación del AT. De dónde procedía esta comprensión es difícil de determinar. Lo decisivo es que Jesús, en este contexto, usa los términos «paraíso» (Lucas 23:43), «infierno»⁶⁰ y «Hades» (por ejemplo, Lucas 16:23), que describían la creencia de entonces de los judíos, y en especial de los fariseos, sobre el más allá. Pablo era fariseo, y también él creía en la pervivencia del alma después de la muerte y en la resurrección. Así pues, estos términos no eran nuevos para los judíos. Con ello el Señor Jesucristo sanciona la afirmación central de esta creencia, que contenía cierto grado de verdad.⁶¹ Este trasfondo es útil para nuestra comprensión. Pero lo determinante para juzgar qué es verdad divina sigue siendo siempre y exclusivamente la Biblia, la Palabra inspirada de Dios.

58. Ibídem.

59. Compárese Apocalipsis 6:9.

60. En griego, «Gehena» (por ejemplo, Mateo 5:22).

61. Véase sobre esto «Facts and Theories as to a future State» en F.W. Grant, *Old Testament Shadows*, Charlotte, North Carolina (Books for Christians), 1972, págs. 246 ss.

2.3.3 El paraíso en el Nuevo Testamento

Es evidente que el Señor Jesús enlaza con la idea de entonces, según la cual el paraíso es el lugar donde están las almas de los justos que han partido. Esto se desprende necesariamente de la situación. El día de su muerte en la cruz irían al paraíso. El Salvador dice, en sustancia: «No necesitas esperar hasta que yo aparezca en mi reinado; no, ya hoy puedes seguirme al paraíso». El Salvador murió ese día y entregó Su espíritu en las manos del Padre. El malhechor murió poco después que Él. Cuando el Señor murió, fue al paraíso, y el malhechor lo siguió allí como pecador indultado.

La palabra «paraíso» aparece en el NT, además de en Lucas 23:43, solo dos veces más. Pablo relata acerca del paraíso y de la experiencia extraordinaria de haber sido arrebatado allí:

«Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y conozco al tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar» (2 Corintios 12:2-4).

Pablo llama al paraíso el tercer cielo. Esta designación aparece solo en este contexto y muestra claramente que se trata de un paraíso celestial. El término «tercer cielo» como sinónimo de paraíso puede explicarse así: el primer cielo es la atmósfera en la que vivimos; el segundo cielo, el espacio de las estrellas; y el tercer cielo, el paraíso, donde Dios habita.

Un paralelo útil lo encontramos en Hebreos 9:23 (compárese 8:5). Allí se dice que el tabernáculo y el culto relacionado con él en el AT son una figura de las cosas celestiales. El «tercer cielo» indica un orden y una gradación, como también se reconoce en el tabernáculo. Por el atrio (1) se pasaba por el lugar santo (2) al lugar santísimo (3). Allí estaba el arca del pacto, el trono de Dios. Allí habitaba Dios. El tabernáculo era la casa de Dios, la morada de Dios en la tierra.⁶²

El término «tercer cielo» sugiere, pues, la idea de la morada de Dios. Esta es una característica esencial del paraíso. Por consiguiente, allí está, como antes en

62. Los creyentes tienen ahora, sobre la base de la obra consumada de Cristo, de manera espiritual y por la fe, libre acceso a la presencia de Dios, a Su cercanía inmediata (Hebreos 4:16; 10:19 ss.; Efesios 2:18).

el tabernáculo, la gloria de Dios. Esta se contempla ahora en el rostro de Cristo (2 Corintios 4:4-6), porque Él está sentado allí a la diestra de Dios (1 Pedro 3:22).

Para Pablo era imposible contar con palabras humanas esta gloria sobrecogedora. Lo que vio y oyó allí sobrepasaba la capacidad humana de imaginación, como se desprende de sus palabras.

Ya hemos constatado que el Señor Jesús, al dirigirse al malhechor, enlazó con la idea judía del paraíso como lugar de estancia de las almas después de la muerte. Sin embargo, en 2 Corintios 12:2 no puede encontrarse este significado. De ello resulta, como mostrará también el tercer pasaje, que precisamente no podemos limitar el término «paraíso» solo al lugar de estancia de los creyentes que han dormido. El paraíso no fue «instalado» para este fin y para un tiempo limitado. Sin duda no era el propósito de Dios dar a conocer a Pablo el estado de los creyentes que han dormido en el paraíso. No; Su propósito era mostrarle glorias celestiales, cuyo centro es el Cristo glorificado,⁶³ y precisamente como ánimo y preparación para su servicio posterior.

Y, sin embargo, de 2 Corintios 12 se desprende un hecho fundamental que es determinante para el estado intermedio. Pablo menciona dos veces (versículos 2 y 3) que no sabía si había sido arrebatado al paraíso en el cuerpo o fuera del cuerpo. Por tanto, para él era posible estar en el paraíso fuera del cuerpo. Eso es exactamente lo que sucede también cuando un creyente muere. Su cuerpo perece y se descompone, mientras que el espíritu-alma va al paraíso. Esta es una prueba clara de que hay una existencia consciente fuera del cuerpo o sin el cuerpo.

En Apocalipsis 2:7 se menciona el paraíso por tercera vez:

«El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios».

Aquí se menciona igualmente el paraíso celestial. La descripción enlaza con la descripción del huerto del Edén. Porque también aquí se habla del árbol de la vida. Este estaba entonces en medio del huerto (Génesis 2:9), así como Cristo, desde Su ascensión, es como hombre glorificado el centro del paraíso celestial. En el árbol de la vida se ve a Cristo como la verdadera fuente de la vida (Juan 14:6; Hechos 3:15).

63. Efesios 1:3; 2:6; Colosenses 3:1-4; Filipenses 3:20.

A los vencedores se les promete que comerán del árbol de la vida, que está en el paraíso de Dios. Esta promesa, que vale en principio para todos los creyentes, no se limita al tiempo después de la muerte hasta la resurrección, sino que será la bendición de los creyentes por toda la eternidad. Por eso encontramos el árbol de la vida también en la nueva creación (Apocalipsis 22:2, 14, 19).

Tampoco aquí el término «paraíso» se limita a un estado intermedio temporal y a un lugar de estancia de las almas que han partido. Aquí es el paraíso del reino de paz y de la nueva creación, en el que entonces las naciones y los santos resucitados disfrutarán del árbol de la vida.

De esta consideración concluimos que el paraíso celestial es el lugar (y siempre lo ha sido) donde habita Dios, el Padre. El Señor fue al Padre cuando en la cruz entregó Su espíritu en Sus manos. Este lugar de la cercanía inmediata de Dios está lleno de la gloria de Dios, que ahora se contempla en Cristo. Allí van los santos de todos los tiempos cuando duermen. Van a casa, porque el cielo es su patria (2 Corintios 5:8; Filipenses 3:20). Allí permanecen (es decir, su espíritu-alma) hasta el día de la resurrección. Allí disfrutaban del descanso de sus trabajos (Apocalipsis 14:13) en la presencia de su Redentor (Filipenses 1:23).

2.3.4 ¿Es posible otra interpretación de Lucas 23:43?

Si se parte de que no hay vida después de la muerte, entonces el paraíso, naturalmente, no puede ser el lugar de las almas de los difuntos. Por eso se intenta argumentar que el paraíso es aquí el reino futuro. Pero la tradición judía (véase arriba) refuta esta idea. Lo dejan claro, y no en último lugar, las palabras del Señor en la cruz: «Hoy [no en el futuro] estarás conmigo en el paraíso». El Señor habló de «hoy» porque el día de Su muerte entró en el paraíso.

El «hoy» representa un problema para la opinión de que el reino y el paraíso son idénticos, porque el reino en poder todavía no existe hasta ahora. Se ha intentado resolver este problema poniendo la coma o los dos puntos no antes de «hoy», sino después de «hoy». Entonces «hoy» ya no se refiere al momento de la entrada en el paraíso, sino al momento en que Jesús pronuncia la frase.

En principio hay que observar que los escritores del NT no conocían la puntuación. Los signos de puntuación y la separación de las palabras se añadieron solo posteriormente, hacia el siglo IV d. C. Sin embargo, un único (!) manuscrito une por medio de la puntuación el «hoy» con el momento en que se

pronuncia la frase⁶⁴ y no con la entrada en el paraíso.⁶⁵ Eso estaría además en total contradicción con el uso del lenguaje de Lucas, como muestran los pasajes Lucas 2:11; 4:21; 19:5, 9; 22:34.

Lo mismo vale también para Santiago 4:13 y Hebreos 3:7. En estos versículos encontramos una construcción gramatical comparable. También aquí el «hoy» no está para indicar el momento en que se pronuncia la frase, sino para subrayar el momento en que ocurre lo dicho. El significado de la palabra «hoy» es inequívoco. En Lucas habría además una duplicación superflua, ya que las palabras «te digo» ya están en tiempo presente. ¿Acaso no le estaba claro al malhechor cuándo oía las palabras del Señor? No.

El Señor Jesús responde en Su respuesta a la verdadera necesidad del malhechor. Esta consistía en lo que le sucedería el día de su muerte, en el «hoy» de la cruz. ¿Adónde iría al otro lado de la muerte? A esta pregunta esencial, y decisiva en esos momentos, responde el Señor Jesús, aunque el malhechor mismo no la había planteado. Así, en las horas de la muerte, la expectativa y la esperanza del malhechor se cumplen con creces. Quedan superadas con mucho, porque él puede seguir a Cristo inmediatamente después de su muerte al paraíso celestial.

Con ello se nos da una palabra divina de consuelo, a saber, que también para nosotros vale lo que le fue concedido al malhechor. Nuestra situación era exactamente la del malhechor. Estábamos sin esperanza y, por la culpa del pecado, entregados a la sentencia de muerte. Pero Su gracia anuló la sentencia, porque Él murió en la cruz. Y por eso también nosotros, si morimos antes de Su venida, podemos ir al paraíso. Quizá no nos libremos de morir, así como tampoco se libró el malhechor. Pero la muerte nos lleva junto a nuestro Señor.

Después de que el ser humano, por su desobediencia, perdiera él mismo el acceso al paraíso, es Cristo quien por Su gracia nos abre el camino al paraíso, y no solo en la nueva creación, sino ya cuando morimos.

Preguntas para profundizar

- ¿Qué significa «paraíso»
- en el AT?

64. Manuscrito siríaco, Siríaco Curetoniano, siglo V.

65. Al copiarlo, este versículo también fue modificado o ampliado. En algunos manuscritos se puede reconocer que se añadieron posteriormente partes de frase como «Ten, pues, ánimo», «jardín del Edén» en lugar de «paraíso», «¿Crees de veras?». Véase Bruce Metzger, *A Textual Commentary on the Greek New Testament*, Londres (United Bible Societies), 1975, pp. 181, 182.

- en Jesucristo, en Lucas 23?
- en Pablo, en 2 Corintios 12?
- ¿Quién se encuentra allí?
- ¿Qué importancia tiene el paraíso para el ser humano en general?

2.4 Gloria eterna: esperanza frente a la muerte

Quizá el texto de la segunda carta de Pablo a los Corintios sea el pasaje más extenso y revelador sobre nuestro tema que encontramos en las cartas del NT. La confrontación constante con la muerte a causa de los sufrimientos por amor de Cristo lleva al apóstol Pablo a escribir sobre la muerte, sobre la resurrección y sobre el tiempo intermedio. Estos versículos contienen un consuelo divino inmenso (2 Co 1:3; 2 Ts 2:16) que el mundo no conoce (1 Ts 4:13).

En realidad, uno pensaría que los corintios ya habían sido instruidos ampliamente sobre este tema en 1 Corintios 15. Allí se trataba de hacer frente a una falsa doctrina que negaba la resurrección (v. 12). Eso llevó a Pablo a escribir cosas fundamentales sobre la resurrección. Aquí se trata de cómo esta esperanza actúa en la angustia de la vida diaria, qué ánimo, qué consuelo y qué confianza puede dar. Citamos el texto, por razón del contexto, desde 2 Corintios 4:16 hasta 5:10:

«Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.

Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo [o bien: tienda], se desbiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial; siempre que, aunque estemos vestidos, no seamos ballados desnudos. Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu. Así que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor (porque por fe andamos, no por vista); pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor. Por tanto procuramos también, o ausentes, o presentes, serle agradables. Porque

es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo».

En esta palabra de la Escritura se contraponen las cosas temporales y pasajeras y las cosas eternas y celestiales. En la balanza de la fe, la tribulación no pesa nada en comparación con el peso de la gloria eterna. Por la fe miramos ya ahora hacia la gloria futura a la que hemos sido llamados (1 P 5:10; 1 Ts 2:12), más aún, que ya ahora es posesión de nuestra fe. Es el constante empeño del Espíritu Santo mantener viva en nuestros corazones la esperanza de gloria (Col 1:27; Tit 2:13; 1 P 4:14). Esto es absolutamente necesario, ya que tendemos a orientar nuestra vida hacia las cosas visibles y a dejarnos determinar por ellas (4:18).

Pablo escribe sobre la gloria eterna cuando piensa en los sufrimientos que le causó su incansable servicio a Cristo. ¡Cuántas veces miró a la muerte a los ojos (2 Co 4:7-15; 11:23-28)! Existía la posibilidad de que sufriera la muerte por amor de Cristo. Pablo parece ya no descartar que pudiera morir antes del regreso de Cristo.

En este texto se trata del morir, del estado después de la muerte hasta la resurrección, y de la resurrección y la transformación del cuerpo mortal. Para explicarlo de forma gráfica, Pablo usa tres imágenes de la vida diaria. Son imágenes que nos acercan las cosas futuras. Ninguno de los escritores del NT pudo describir este estado intermedio o el cuerpo de resurrección en gloria de tal manera que pudiéramos haberlo entendido.⁶⁶ No, para nosotros queda una gran tensión llena de expectación por lo glorioso que será un día.

Pablo emplea las siguientes imágenes en los primeros 10 versículos del capítulo 5:

- La morada terrestre de este tabernáculo
- El vestido
- El viaje y la patria

Antes de examinar más de cerca la primera imagen, estudiamos 2 Co 4:16, donde encontramos una clave para entender estas imágenes.

66. Pablo, ciertamente, había sido arrebatado al paraíso, pero tampoco pudo contar lo que allí había oído, visto y vivido.

«Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día».

Aquí se nombran dos conceptos esenciales que tienen importancia con respecto a la existencia del ser humano después de la muerte: el hombre exterior y el hombre interior.

2.4.1 El hombre exterior

El hombre exterior es el ser humano pasajero y mortal, cuyo proceso de deterioro tiene lugar ante nuestros ojos. En los capítulos 4 y 5, el hombre exterior se describe además con las siguientes expresiones:

- vaso de barro (4:7)
- cuerpo (4:10)
- carne mortal (4:11)
- morada terrestre, este tabernáculo (5:1)
- lo mortal (5:4)

El «hombre exterior» es lo que de una persona es visible hacia fuera para el mundo. En su existencia terrenal se consume y se desgasta por todo lo que le sobreviene y le ataca. En Pablo esto ocurría especialmente por la persecución por amor de Cristo y por su entrega incansable al reino de Dios y a la iglesia de Dios (2 Co 4:7-12; 11:23-28).

El hombre exterior rodea, por así decirlo, al hombre interior, y por eso hablamos también de la envoltura mortal. Y, sin embargo, la separación entre alma y cuerpo, entre lo material y lo espiritual, no es sencilla aquí. En el hombre exterior se trata de todo lo que constituye nuestra existencia terrenal en un cuerpo mortal. Las funciones anímicas y mentales, así como las emociones, están tan unidas al hombre exterior que la decepción, el abatimiento y el agotamiento tienen allí su origen.

El hombre exterior está sometido a la caducidad y a la temporalidad. Al final, la muerte romperá el vaso que tan fácilmente se quiebra. Pero el Dios que resucitó de los muertos al Señor Jesús también recompondrá en la resurrección el vaso roto del cuerpo, que por así decirlo se ha hecho pedazos, y lo presentará perfecto (2 Co 4:14).

2.4.2 El hombre interior

Pero un ser humano no consta solo del hombre exterior, sino también del hombre interior. El hombre interior describe el lado del ser humano vuelto hacia dentro, inmaterial e invisible. En 2 Corintios 4:16–5:10 se trata de creyentes,⁶⁷ porque solo ellos experimentan la renovación diaria. El hombre interior no conoce límite de edad; es renovado constantemente por el Espíritu Santo. El hombre interior puede mirar las cosas eternas y captarlas por la fe. Dios refresca al hombre interior, que tiene, pues, una fuente secreta de fuerza.

Pedro habla del «hombre oculto del corazón» (1 P 3:4). Del corazón procede el espíritu afable y apacible, incorruptible (¡que está por encima del tiempo!, es decir, que permanece siempre, también más allá de la muerte).

El Señor Jesús dice: «Porque de *dentro*, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos... Todas estas maldades de *dentro* salen, y contaminan al hombre» (Mr 7:21-23; cf. Mt 7:15; Lc 11:39, 40).

El hombre interior vive de Dios y para Dios. Se deleita en la ley de Dios (Ro 7:22). El creyente es fortalecido por el Espíritu de Dios en el hombre interior, para que Cristo habite por la fe en su corazón (Ef 3:16, 17).

De todo ello se desprende que también para el hombre interior vale lo que Pablo dice en el versículo 18: «pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas». El hombre interior vivirá eternamente.⁶⁸ No está sometido a la muerte corporal.

¿Por qué llamo a los términos «hombre exterior» y «hombre interior» conceptos clave?

En las imágenes siguientes encontramos una correspondencia: la tienda y el vestido corresponden al hombre exterior. En este cuerpo el hombre interior está en casa, y en él habita. Habita en una tienda, es vestido y puede estar ausente del cuerpo.

2.4.3 La morada terrestre de este tabernáculo

«Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos» (2 Co

67. También el incrédulo tiene un hombre interior, pero en otro sentido, a saber, el espíritu-alma.

68. El hombre interior es otra designación de la nueva creación o del nuevo hombre. También la vida eterna que el creyente recibe está estrechamente relacionada con ello.

5:1).

Aquí se presenta la primera imagen: nuestra existencia terrenal en el cuerpo humano, la forma temporal y terrenal del cuerpo, se compara con una tienda, en contraste con su forma eterna y celestial, el edificio de Dios. Pablo, fabricante de tiendas (Hch 18:3), habla desde la vida. La tienda es terrenal porque el ser humano fue formado de la tierra (Gn 2:7) y tiene su morada en el ámbito terrenal (1 Co 15:48). La tienda recuerda la inestabilidad de la vida, el peregrinaje y también la breve estancia en un lugar. El ser humano tendrá que dejar la tierra un día. Además, la tienda habla de alojamiento y morada. Uno habita en ella, como nosotros habitamos en nuestro cuerpo.⁶⁹

Cuando esta tienda terrenal, nuestra existencia terrenal en el cuerpo, es destruida por la muerte, tenemos *inmediatamente* después un edificio de Dios. Esto es un gran consuelo, porque entonces la muerte es el paso directo a una forma de existencia celestial que no está hecha de manos. No se puede, pues, comparar con nuestra existencia terrenal en nuestro cuerpo mortal. Este edificio de Dios describe, por tanto, en primer lugar nuestro estado después de la muerte, que el apóstol describe en el versículo 8 con la expresión «presentes al Señor» [en casa con el Señor].

También se puede ser «desnudado» de esta tienda por la muerte (v. 4). Las tres imágenes que Pablo usa se funden unas con otras, de modo que en el versículo 2 la habitación es al mismo tiempo también el vestido. Así pues, también se puede haber «salido» de esta tienda y haberla dejado (v. 8). Aquí se insinúa que el ser humano puede estar (habitar) en el cuerpo (la tienda), pero también puede dejarlo (mudarse de él) para estar en otro lugar.

Encontramos el mismo pensamiento en el apóstol Pedro, en 2 Pedro 1:13, 14. Pronto moriría como mártir y se despediría de la tierra (v. 15) para estar en casa, con su Señor. Para su muerte usa la palabra «partida» (gr. *exodus*). Es la salida de la tienda terrenal. Está claro que la existencia de Pedro no cesó. Fue a otro lugar, más allá de la muerte: a su Señor. Cambió la frágil tienda por el edificio indestructible de Dios.

Sobre esta forma de existencia solo sabemos que es eterna y celestial. Pero de estas dos características se puede concluir que nuestra dicha y nuestra alegría son grandes ya antes de nuestra resurrección. Sin embargo, es un estado

69. Is 38:12; Mr 14:58; Jn 2:19-22.

intermedio y no el estado definitivo. El cuerpo se ha descompuesto y está todavía bajo el poder de la muerte. Parece como si la muerte tuviera la última palabra. Si así fuera, Dios no podría llegar a Su glorificación perfecta. Pero Dios alcanzará Su meta final, porque Él es el vencedor sobre la muerte. Esto quedó demostrado por la resurrección de Jesucristo. Por eso, en la resurrección de los creyentes, Dios restablecerá la unidad del ser humano, compuesto de espíritu, alma y cuerpo. Así pues, el «edificio de Dios» incluye también nuestro cuerpo de resurrección, que es nuestra parte eterna.

Este es el significado que tiene el edificio en los versículos siguientes, 2 y 4. Dios da (construye) al creyente una casa eterna, en contraste con una tienda frágil. Es el cuerpo de la gloria que Cristo tiene ahora (Fil 3:21; 1 Jn 3:2). Esta casa pertenece al cielo, porque es un cuerpo celestial (1 Co 15:48, 49) que tiene allí su destino y su patria. Ya no puede ser tocado, ni mucho menos destruido, por la muerte, porque es una casa eterna, no hecha por manos (humanas), sino por Dios.

2.4.4 El ser revestidos

«Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial» (2 Co 5:2).

Nuestro cuerpo terrenal sufre las consecuencias del pecado. Cada día gemimos por las dolencias, las angustias y las limitaciones que han entrado en el mundo por el pecado. Por eso anhelamos el momento en que recibamos un cuerpo nuevo que ya no tenga nada que ver con el pecado y sus consecuencias. Esta habitación está preparada para nosotros. Cuando eso suceda, seremos «revestidos». (Aquí la primera imagen, la de la habitación, pasa a la segunda imagen, la del vestido). En ese momento tiene lugar un cambio de vestido. El vestido viejo, lo mortal (v. 4), se deja para siempre, porque tiene que dejar paso al vestido nuevo de la vida. En 1 Corintios 15:51-54 este momento se llama «transformación».

Nosotros, los que vivimos, seremos transformados cuando el Señor Jesucristo vuelva para llevar a los hijos de Dios a la patria celestial, a la casa del Padre (Jn 14:3). En este versículo se trata solo de los creyentes que estén vivos en ese momento, ya que los creyentes que duermen no son «revestidos», sino «vestidos», cuando reciben el cuerpo de resurrección: «Porque es necesario que

esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad» (1 Co 15:53).

Los muertos en Cristo resucitarán, y los que vivan serán transformados. Entonces todos serán semejantes al Hijo de Dios y tendrán el cuerpo celestial de resurrección, para habitar para siempre en la casa celestial del Padre.⁷⁰

En 2 Co 5:3 Pablo pronuncia una seria advertencia contra la desnudez:

«... siempre que, aunque estemos vestidos, no seamos hallados desnudos» (así la Elberfelder, traducción alemana de la Biblia).

En esta frase intercalada, Pablo constata que, a pesar del vestido, existe la posibilidad de estar desnudo. Es una contradicción aparente, porque quien está vestido no puede estar desnudo al mismo tiempo. ¿Qué significa ser hallado desnudo? Esta expresión tiene un sentido jurídico: presentarse ante un tribunal y ser reconocido en su estado, culpable o inocente. En este versículo, el veredicto «hallado desnudo» se refiere al estado espiritual del corazón.

Una ilustración adecuada de ello la encontramos en Adán. Después de haber pecado, Dios lo llamó a salir de su escondite. Se había escondido porque se había dado cuenta de que estaba desnudo (Gn 3:7, 10, 11). Para cubrir su desnudez se había hecho un delantal de hojas de higuera. Pero este vestido no tenía consistencia delante de Dios. Las hojas no podían cubrir su desnudez. Delante de Dios estaba desnudo a pesar del vestido.

Entonces Dios mismo preparó al ser humano túnicas de pieles de animales (Gn 3:21). Esos animales tuvieron que morir. Esto habla simbólicamente de la muerte y de la sangre derramada de Cristo, por las que el pecador es salvado, al ser vestido con «vestiduras de salvación».⁷¹

El creyente está vestido de la justicia de Cristo y envuelto en ella. Los incrédulos, en cambio, están espiritualmente desnudos, y en ese estado comparecerán un día, como Adán, delante de Dios (Ap 20:11-15). Allí quedarán desnudos y descubiertos en su pecado, porque no tienen «manto de justicia». Por eso están perdidos y van al tormento eterno.

La breve frase intercalada es una seria advertencia para todos los que son cristianos solo en apariencia y únicamente han adoptado una forma externa de cristianismo. En la venida del Señor se pondrá de manifiesto que no se han

70. Jn 14:1-3; 17:24; 1 Co 15:51-55; Fil 3:20, 21; 1 Ts 4:13-18; Jud 21.

71. Is 61:10; Lc 15:22; Gá 3:27; Ap 3:17, 18.

puesto las vestiduras de salvación, que es lo único que tiene consistencia delante de Dios. Para ellos llega el día ante el trono de Dios en que todo será manifestado. Entonces ya no habrá apariencia ni encubrimiento; todo está desnudo y abierto a los ojos de Dios (He 4:13).

El texto continúa con las palabras:

«Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida» (2 Co 5:4).

El ser «desnudados» es el derribo (v. 1) de la tienda terrenal por la muerte. Aunque la muerte, por la resurrección de Cristo, se ha convertido en nuestra sierva (1 Co 3:22, 23) para llevarnos a Cristo, al paraíso, Pablo no quería ser desnudado (morir), sino revestido (transformado), para cambiar el cuerpo mortal por el cuerpo eterno y celestial.

Incluso en el lecho de muerte, hijos de Dios han esperado todavía, en la hora de su muerte, la venida de Cristo. Los creyentes no esperan la muerte.⁷² Su esperanza consiste en esperar de los cielos a Jesucristo (1 Ts 1:10) para ser entonces transformados. Por eso Pablo prefiere vivir la venida de Cristo antes de su muerte.

«Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu» (2 Co 5:5).

La mirada al futuro y la expectativa que va unida a ella no son para nosotros un asunto incierto. Dios sale a nuestro encuentro en nuestra debilidad y nos da a nosotros, que podemos ser atacados por la duda, una garantía y una fianza. Se compromete a cumplir Su promesa. Nos ha regalado el Espíritu Santo como arras (o anticipo) (2 Co 1:22; 1 Ts 4:8).

¡Si Dios no nos transformara o no nos resucitara, perdería las arras, que son el Espíritu Santo! ¡Eso es exactamente lo que quiere decir esta palabra! El Espíritu estará con nosotros para siempre (Jn 14:16); también después de la muerte habita en nosotros (Ro 8:2, 11). Esta verdad habla claramente a favor de una vida después de la muerte.

72. Por otra parte, los versículos siguientes muestran que, junto a la esperanza de la venida de Cristo, existe la confianza de estar con el Señor después de morir. Esto es, junto a la esperanza de la venida de Cristo, un consuelo igual de grande.

Los cuerpos de los creyentes son templo del Espíritu de Dios (1 Co 6:19; 1 Jn 4:13) y lo serán también por la eternidad. El Espíritu Santo no abandona los cuerpos de los santos en los que ha habitado (Ro 8:11). Él mismo participará en la obra de Dios en la resurrección y la transformación de los cuerpos mortales.

2.4.5 El viaje y la patria

«Así que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor» (2 Co 5:6).

La posesión de las arras nos hace estar siempre confiados, porque son la garantía de que todo lo mortal que hay en nosotros pronto será absorbido por la vida.

Aquí se introduce la tercera imagen: la estancia en tierra extraña y el habitar en la patria. Sabemos que, mientras estamos en el cuerpo, no estamos con el Señor, que es donde realmente pertenecemos. Por eso nuestra estancia en tierra extraña solo puede ser de duración limitada. La expresión «estar en el cuerpo» (literalmente: estar en casa en el cuerpo) significa aquí habitar en el cuerpo o tener nuestra patria en el cuerpo. «Ausentes del Señor» (literalmente: lejos de casa, lejos del Señor), en cambio, significa que estamos en tierra extraña, es decir, en el mundo, donde somos extranjeros y peregrinos (1 P 2:11).

Esta constatación es reveladora para el estado después de la muerte. Este contraste significa que solo existen estos dos estados o lugares de estancia. Aquí no se menciona ninguna fase intermedia entre estos dos estados. Algunos opinan que esta fase no se vive conscientemente y que, por eso, subjetivamente (es decir, en la propia vivencia) no existiría. Pero de estos versículos se desprende con claridad que un estado intermedio inconsciente, sea cual sea su aspecto, no existe objetivamente. Por lo demás, ¿cómo se podría anhelar ese estado?

El creyente puede estar o en el cuerpo o con el Señor; *no hay otra posibilidad*. Esa es precisamente la razón por la que podemos estar confiados.

«(porque por fe andamos, no por vista)» (2 Co 5:7)

Como se trata de cosas invisibles y, por tanto, eternas, esta verdad (v. 6) solo puede reconocerse y entenderse por la fe (He 11:1). La patria celestial solo puede captarse por la fe (He 11:13-15). Por eso este versículo nos muestra un principio sumamente importante para nuestra vida como cristianos, que somos

extranjeros en camino hacia la patria. Nuestra esperanza es una cuestión de fe: «Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo?» (Ro 8:24).

El creyente no necesita relatos de experiencias cercanas a la muerte ni de lo que los pacientes han vivido al morir. Los creyentes se apoyan exclusivamente en la Palabra fiable de Dios. No tienen por qué dejarse confundir por esos relatos.

«pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor» (2 Co 5:8).

En este versículo se invierte la afirmación del versículo 6. Pablo prefería con mucho estar ausente del cuerpo, porque sabía que entonces estamos inmediatamente presentes, es decir, en casa con el Señor. Este versículo es un versículo clave para entender el estado después de la muerte.

Así pues, cuando uno ha muerto y ya no está en el cuerpo, está en casa con el Señor. Con ello, el cuerpo y el espíritu-alma están separados. ¿De qué otro modo podría uno estar al mismo tiempo fuera del cuerpo y en casa con el Señor?

«Ausentes del cuerpo» es al mismo tiempo una condición de extranjero, porque el espíritu-alma, o el hombre interior, está separado del cuerpo. Es un estado imperfecto que originalmente no estaba previsto. Dios creó al ser humano como una unidad, como personalidad de espíritu, alma y cuerpo. Aunque esta unidad ya no exista por causa de la muerte, será restablecida en la resurrección. Por eso «ausentes del cuerpo» no se refiere a los creyentes resucitados, porque ellos tienen un cuerpo de resurrección y, por tanto, no están ausentes del cuerpo. El estado aquí descrito se aplica solo a los creyentes que duermen.

Cuando se trata de elegir, en el momento presente, entre la tierra extraña y la patria, es decir, de llegar a Cristo por el camino más rápido posible, Pablo prefería morir para estar con Cristo (Fil 1:23). Si Pablo hubiera podido elegir de qué manera debía ser revestido de la casa eterna, entonces, naturalmente, no habría querido ser desnudado (morir), sino revestido (transformado) (v. 4).

«Por tanto procuramos también, o ausentes, o presentes, serle agradables. Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada

uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo» (cap. 5:9, 10).

Con todo el anhelo de la patria y toda la expectativa de estar pronto allí, no debe olvidarse un hecho importante. En la eternidad solo contará lo que hayamos hecho en el cuerpo para agrado del Señor. Esto se manifestará ante el tribunal de Cristo. Todo lo demás, lo que no tuvo valor para Él, no tendrá allí consistencia y no será recompensado (1 Co 3:12-15). En esos momentos, nosotros mismos veremos toda nuestra vida con los ojos de Cristo y seremos llevados a un acuerdo total con Su juicio sobre nuestras obras. La cuestión de la redención ya no tendrá que tratarse allí, porque hace mucho que quedó resuelta. Aquí se trata exclusivamente de la evaluación de nuestras obras.

Pablo dice que debemos esforzarnos con todas nuestras fuerzas por vivir para la gloria de Dios, ya sea que estemos en casa en el cuerpo (v. 6) o ausentes del Señor (v. 8). Ambas cosas se aplican solo a nuestra vida en la tierra. Allí debemos esforzarnos por obrar el bien para agrado de Dios. Llega el tiempo en que eso ya no será posible en esta forma única e incomparable en el cuerpo, tal como ocurre ahora en la tierra, ni tampoco podrá recuperarse.

2.4.6 Otras interpretaciones

No se debe ocultar al lector que existen diversas interpretaciones de este pasaje, con las que también se intenta fundamentar la opinión que se refuta en este libro.

El edificio de Dios: solo el cuerpo de resurrección

Una interpretación muy extendida sostiene que el edificio designa exclusivamente el cuerpo de resurrección y no un estado después de la muerte y antes de la resurrección. La tienda terrenal se entiende entonces exclusivamente como el cuerpo. Cuando este es destruido por la muerte, Dios nos dará un cuerpo nuevo que Él mismo ha formado y que ya nunca será destruido. Además, este cuerpo es celestial, porque con él viviremos en el cielo.

Estoy de acuerdo en principio con esta opinión, pero aun así veo en las palabras «tenemos de Dios un edificio» una provisión de Dios directamente para el momento en que morimos. Inmediatamente después del derribo de la tienda hay una casa nueva preparada. Todavía no es el cuerpo de resurrección, porque la resurrección todavía no tiene lugar en ese momento. Es el estado después de la muerte hasta la resurrección, que es una parte del edificio de Dios.

Por eso es también lógico incluir aquí este estado intermedio, porque Pablo lo menciona directamente en el versículo 8, y en el mismo contexto: fuera del cuerpo, el creyente solo puede estar con el Señor; no hay otro lugar ni otro estado. Por eso no se trata de dos clases de cuerpos, sino de dos clases de vida, dos clases de existencia: la terrenal y la celestial.

El edificio de Dios: un cuerpo espiritual para el estado intermedio

¿Es este «edificio de Dios» un cuerpo que está a disposición para el estado intermedio? Al menos dos razones hablan en contra: en primer lugar, se dice de este edificio que es eterno. Pero el estado intermedio no es eterno; terminará definitivamente con la resurrección. En segundo lugar, en ningún pasaje de la Escritura que trate de este estado encontramos descrito un cuerpo especial para ese tiempo. Para el estado intermedio no se requiere ningún cuerpo, porque el espíritu-alma es visible durante ese tiempo como un ser humano en el cuerpo sobre la tierra (Ap 6:9-11). La Escritura no nos dice más sobre la naturaleza durante el estado intermedio.

El edificio de Dios: el cielo, la casa del Padre

Algunos intérpretes entienden el «edificio de Dios» como la casa del Padre (Jn 14:2), nuestra patria celestial (Fil 3:20). Pero el «edificio de Dios» y los «cielos» se distinguen claramente. Los cielos son aquí el lugar donde estaremos; en ese sentido se podría hablar de ellos como de la casa del Padre. Pero «edificio» —y este término lleva a la relación con la casa del Padre— describe la forma de existencia celestial individual de cada creyente, tanto entre la muerte y la resurrección como en el cuerpo de resurrección. Con este edificio de Dios nos encontramos en el cielo. Dicho de otro modo: con este edificio nos encontramos en la casa del Padre.

«Hallados desnudos»: ¿almas sin cuerpo?

La desnudez no describe el estado de la muerte corporal como una permanencia inconsciente del alma hasta el día de la resurrección. Según el versículo 1, los creyentes tienen después de su muerte un edificio de Dios y, según el versículo 8, se encuentran en casa con el Señor. Aunque hay diversas posibilidades de explicar esta frase intercalada, queda descartada la alternativa de un estado intermedio sin cuerpo. Es imposible sentir el estado intermedio, en el sentido de Filipenses 1:23 o de 2 Corintios 5:8, como una desnudez fría y espantosa.

¿Desnudos o vestidos?

Esta pregunta toca un problema de traducción. Un gran número de traductores prefiere «vestidos». Si fuera realmente «desnudados», en principio no cambiaría nada en la interpretación expuesta arriba. Entonces el creyente sería desnudado en la muerte, es decir, estaría sin cuerpo, y sin embargo no sería hallado desnudo. «Hallados desnudos» no se refiere al cuerpo, ni a la tienda, ni tampoco al vestido. Es el resultado del examen judicial y apunta únicamente al estado espiritual del ser humano: o está en Cristo, y entonces da igual si está en el cuerpo o fuera del cuerpo; o está sin Cristo, y entonces está desnudo para siempre, ya sea en el cuerpo o en la muerte.

Preguntas para profundizar

- ¿Cuál es la diferencia entre el hombre «exterior» y el hombre «interior»?
- ¿Qué tres imágenes usa el apóstol Pablo en 2 Corintios 4-5?
- ¿Qué sería advertencia podemos sacar de este pasaje?
- ¿Qué puede influir negativamente en nuestro anhelo de la patria?

2.5 El morir es ganancia

¡El morir es ganancia! Esta afirmación pone patas arriba todo lo que la muerte significa para el ser humano: ya no necesita temerla. La muerte es un enemigo frío, aunque en muchas esquelas se presente la muerte, sobre todo en caso de enfermedad, como una liberación. La muerte es cualquier cosa menos ganancia, si no hubiera alguien que ha vencido a la muerte. Su victoria convierte incluso la muerte en ganancia.

¡Esa es la sabiduría de Dios! Dios puede darle la vuelta a todo y convertirlo en bendición. ¡Donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia (Ro 5:20)! En la historia de Sansón encontramos una hermosa figura, cuando mató al león y en el cadáver se instaló un enjambre de abejas que produjo miel: «Del devorador salió comida, y del fuerte salió dulzura» (Jue 14:14). La muerte es como una fiera que despedaza y devora, pero de la fiera muerta sale miel, que alimenta y refresca al ser humano. Pablo conocía al vencedor de la muerte:

«Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia. Mas si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger. Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros» (Fil 1:21-24).

Estos versículos pertenecen a las afirmaciones más claras de la Sagrada Escritura sobre el estado después de la muerte.

Cuando Pablo escribió estas palabras, estaba en la cárcel (Fil 1:13). ¿Saldría otra vez con vida de esa prisión? Podía ser que lo condenaran a muerte. Desde esta situación escribió algunos pensamientos sobre lo que sentía frente a la muerte, lo que esperaba y lo que le movía.

Cristo había sido hasta ese momento la única meta y el contenido de su vida. Desde el momento en que se encontró con Él en el camino a Damasco (Hch 9), sencillamente no hubo para él nada más que Cristo y Su causa. A partir de ese encuentro, Pablo ya no tuvo en cuenta su propia vida como algo valioso en sí mismo, sino que quería acabar el ministerio que había recibido del Señor Jesús (Hch 20:24). Estaba incluso dispuesto a morir como mártir, con tal de que eso sirviera para que Cristo fuera honrado (v. 20).

Al hacerlo, Pablo constató que la muerte de mártir no solo sirve para la glorificación de Cristo, sino que además es para él una ganancia personal. Muestra lo que el morir le aportaría personalmente. Su vida en la carne ya estaba llena de Cristo. Pero su muerte significaría además una ganancia adicional. Esta ganancia superaría incluso el lema de su vida, «para mí el vivir es Cristo». La muerte no era para él solo el final de una vida llena de Cristo, sino el paso a algo mucho mejor.

Solo si Cristo llena nuestra vida, la muerte es una ganancia para nosotros. Para el ser humano sin Cristo, la muerte es el final amargo e ineludible y el fin de su propia vida, dirigida por él mismo. En una palabra: pérdida. La vida está perdida porque sin Cristo no tiene consistencia. ¡Cristo en la vida del creyente garantiza la ganancia de la gloria eterna! Sin Cristo, en cambio, el ser humano está eternamente perdido: una pérdida que nunca termina.

Pablo reflexiona sobre lo que preferiría en caso de que pudiera decidir él mismo el desenlace de su prisión: o la muerte (que es ganancia) o la libertad (la vida en la carne). No está en absoluto triste por quedarse aquí, porque entonces puede seguir sirviendo al Señor. Cuando pensaba en los filipenses y en su celo por el evangelio, se llenaba de alegría y gratitud. Quería hacer todo para el progreso de su fe.

Así, Pablo se sentía atraído por ambas posibilidades. Por un lado veía la gran ganancia personal; por otro, el servicio al Señor y el bien de los creyentes. Confiesa abiertamente que no puede decidirse tan fácilmente.

¿Qué quería decir Pablo exactamente con la ganancia? La ganancia consistía para él en partir y estar con Cristo. Nada menos que eso le traería la muerte. Eso era muchísimo mejor y no se podía comparar en absoluto con lo que había vivido hasta entonces. Al morir llegaría al instante a la cercanía inmediata de su Redentor. Toda la magnitud de esta ganancia está en estas pocas palabras: «estar con Cristo». Anhelaba mucho ver a su Redentor cara a cara. No le atraía el descanso tras un servicio fatigoso —aunque también eso era así⁷³—, sino una Persona que ya llenaba su vida en la tierra. Aquí ya había conocido a esa Persona. Lamentablemente, eran las circunstancias de la vida y, no en último lugar, la vieja naturaleza, la carne pecaminosa, las que podían perturbar esta comunión e intimidad con Cristo. Pero entonces tampoco eso existiría ya; nada podría impedirle ya vivir con Cristo. La profunda comunión con Cristo que ya disfrutaba aquí se viviría allí en perfección.

El conocimiento de Su Persona (Fil 3:8) le hacía anhelar morir, porque la muerte, como sierva (cf. 1 Co 3:22), lo llevaría a Cristo. Solo el conocimiento de Cristo Jesús puede despertar también hoy en los creyentes el mismo anhelo.

Pero entonces a Pablo le vuelve a embargar la preocupación por la iglesia, y llega personalmente a la certeza de que se quedará para provecho de ella (v. 25).

2.5.1 Otras explicaciones

Lamentablemente, sobre estos versículos hay también opiniones erróneas. Se niega que el creyente esté inmediatamente con Cristo después de su muerte.

2.5.1.1 ¿Se trata de la segunda venida de Cristo?

Algunos dicen que aquí no se trata de la muerte y del morir de los seres humanos, sino de la segunda venida de Cristo. Según esto, los creyentes solo serían llevados a Cristo en la segunda venida de Cristo y en la resurrección que va unida a ella, para estar entonces con Él. Pero eso es solo la mitad de la verdad. Es cierto que en la venida del Señor alcanzaremos el estado perfecto en la resurrección. Pero aquí no se trata ni de la segunda venida del Señor ni de la obtención del estado final perfecto. ¡Pablo habla del morir!

Si aquí se tratara realmente de la venida del Señor, sería muy dudoso que el Señor viniera solo por Pablo. La consecuencia sería que los filipenses se quedarían atrás. Pablo se iría, y ellos se quedarían aquí. Esa es la conclusión si

73. Ap 14:13

aquí se tratara de la venida del Señor. Apenas hace falta subrayar que en la venida del Señor ningún creyente se quedará atrás.

2.5.1.2 Partir

Otra razón por la que aquí no se trata de la segunda venida de Cristo y de la resurrección es la palabra «partir». El sustantivo correspondiente a «partir» aparece en Pablo solo una vez más, a saber, en 2 Timoteo 4:6. Allí lo usa sin duda para su muerte de mártir.

En el lenguaje corriente de entonces, la palabra «partir»⁷⁴ se usaba para describir el soltar las amarras y llevar el ancla de un barco que estaba en el puerto a punto de hacerse a la mar. Además se usaba también para describir el levantar un campamento de tiendas al ponerse en marcha (cf. 2 Co 5:1, 4; 2 P 1:14). El término incluía también la separación de cosas que van juntas. Con respecto a la muerte, es la separación del espíritu-alma y el cuerpo. También este último uso de la palabra «partir» apoya la idea de que aquí se trata de la muerte.

2.5.1.3 ¿Sueño del alma?

Algunos afirman también que la muerte es el comienzo del sueño del alma. Supongamos por un momento que Pablo, después de su muerte, cayera realmente en un sueño del alma, en el que estaría en una tierra de nadie sin conciencia alguna. ¿Cómo deberíamos entender entonces las palabras de que tenía deseo de partir? ¿Quería Pablo escapar de su situación, huir de su tarea? Él tenía, sin embargo, el deseo de quedarse para provecho de los filipenses y de todos los creyentes, en lugar de partir hacia una nada provisional. Aunque según esta opinión el tiempo después de la muerte (subjektivamente) ya no existiera para él y, por eso, para él no transcurriera ningún tiempo desde la muerte hasta la resurrección, sí transcurría al menos el tiempo para los filipenses, en el que necesitaban la ayuda y el servicio de Pablo. Si Pablo hubiera enseñado el sueño del alma, probablemente habría dicho que quería quedarse para no perder ni una sola hora en un sueño del alma inútil. ¡Él exhortaba a los creyentes a aprovechar bien el tiempo y no a dormirlo (cf. Ef 5:16; Col 4:5)!

74. «Partir» significa aquí literalmente «desatar». Así, en la muerte, la tienda y el vestido del cuerpo se desatan, por así decirlo (2 Co 5:1, 4).

2.5.1.4 ¿Un derecho solo para Pablo?

Algunos objetan que no todo creyente podría reclamar para sí lo mismo que el apóstol Pablo. Ciertamente hay cosas que solo le correspondían a Pablo y que solo le fueron dadas a él como apóstol. Pero el estado después de la muerte es igual para todos los creyentes, porque se trata de un resultado de la obra consumada de Cristo. Él conquistó la victoria sobre la muerte para todos. Estas bendiciones no dependen de una determinada posición o de un determinado cargo en el pueblo de Dios, ni de experiencias especiales, sino que han sido regaladas a todos los creyentes de la misma manera y en toda su plenitud.

2.5.2 ¡Encontrarse con Él!

Concluamos este capítulo con una perspectiva que queremos aprender de Pablo. Si es una certeza que todos los creyentes van a Cristo al morir, ¿qué efecto tiene eso en nosotros? ¿Estamos preparados en todo momento para ser llamados por el Señor Jesucristo? Es importante que el creyente reflexione sobre ello, para comprobar si está apegado a esta vida con todas sus cosas o si está dispuesto a renunciar a todo en cualquier momento con la mirada puesta en Cristo. Precisamente el ocuparse de la muerte saca a la luz muchas cosas en nuestra vida. ¿Confiaríamos en que el Señor cuidaría de nuestra familia? ¿Estaríamos dispuestos a soltar? ¡No descartemos nunca, aunque seamos hijos de Dios, que en cualquier momento y a cualquier edad podemos ser llamados por la muerte a Su reino celestial!

¿Conocemos ya ahora a nuestro Salvador de tal manera que al otro lado no nos encontremos con un extraño, sino con un conocido? No es que ya lo hayamos visto en persona. No, pero lo amamos sin haberlo visto (1 P 1:8). La comunión que ya ahora podemos tener con Él crea una relación de confianza con Él que continuaremos allí. El conocimiento que hemos adquirido aquí y lo que hemos visto aquí con los ojos de la fe, lo llevamos con nosotros allá.

Quedaremos sobrecogidos por Él, porque entonces ya no lo veremos con los ojos de la fe, sino en persona, en toda Su hermosura.⁷⁵ Estar con Cristo significa verle tal como Él es⁷⁶.

Preguntas para profundizar

75. En el sentido figurado de Sal 45:2; 1 R 10:7; Is 33:17.

76. 1 Jn 3:2.

- ¡Explique por qué el morir era una ganancia para Pablo!
- ¿Puede usted suscribirlo personalmente?
- ¿Cuál es la condición para ello?
- ¿Cómo influye nuestro conocimiento de Jesucristo en esta vida en nuestro conocimiento en la eternidad?
- ¿Por qué es erróneo hablar de un sueño del alma?

2.6 Los que duermen

La expresión «los que duermen» es otra designación para las personas que han muerto. En sentido estricto, el NT reserva esta descripción solo para las personas que están unidas a Cristo.⁷⁷

El «dormirse» en sí es una manera eufemística de describir la muerte. Por eso se aplica precisamente a los creyentes, ya que para ellos la muerte, por el triunfo de Cristo sobre la muerte, es un enemigo vencido (He 2:14). Esta descripción es también tan hermosa porque el sueño dura siempre solo un tiempo determinado. Llegará el momento del despertar, es decir, del levantarse (de la resurrección), y amanecerá un día eterno que ya no tendrá tarde.

Que la muerte se llame sueño⁷⁸ se debe también a la semejanza exteriormente visible entre alguien que duerme y un difunto. Sin embargo, el sueño no es solo una imagen de la muerte que pretenda suavizar la realidad de la muerte, sino que describe el estado real de los muertos. Así, este sueño indica ya que la muerte no es el final de un ser humano, sino solo un estado limitado en el tiempo. El sueño, tal como lo conocemos, tiene siempre una duración determinada. Así ocurre también con los que duermen. Llegará el momento en que despierten del sueño, es decir, en que resuciten.

La palabra que se usa para «dormirse» deriva del significado básico «yacer», «acostarse para descansar», «hundirse en el sueño». Su contrapartida es la resurrección, que designa el «levantarse» del sueño (1 Co 15:20, 51, 52). Así pues, este sueño se parece a la espera de la resurrección, que pone fin al estado intermedio e inaugura el estado definitivo.

77. La palabra «los que duermen» aparece en el NT en los siguientes pasajes: 1 Co 15:20; 1 Ts 4:13, 14, 15; la palabra «dormir(se)», en los siguientes pasajes: Mt 27:52; 1 Co 7:39; 11:30; 15:6, 18, 51; 2 P 3:4. En el AT el término no se limita a los creyentes: Jer 51:39, 57; Dn 12:2.

78. Jer 51:39; Dn 12:2; Mt 9:24; Mr 5:39; Lc 8:52; Jn 11:11-14.

Pero el «dormirse» no significa propiamente que con la llegada de la muerte comience el sueño de la muerte, aunque eso pudiera estar contenido en la palabra. Más bien, esta expresión describe el proceso del morir y del partir. Cuando en el NT se usa esta palabra, no significa que los muertos duerman ahora, sino que mueren y con ello pasan a otro estado. Los que duermen son, pues, creyentes que han muerto y que desde entonces se encuentran en otro estado de vida.

2.6.1 ¿Están los que duermen en un sueño del alma?

La pregunta con respecto al estado en la muerte es a qué se refieren el sueño y la resurrección. ¿Abarca este sueño solo el cuerpo, o se refiere también al hombre interior, es decir, a su espíritu-alma? Lo que se denomina sueño del alma es una inconsciencia o ausencia de conciencia de todo el ser humano, tanto de los creyentes como de los incrédulos. Algunos afirman que este sueño equivale a una extinción completa de la persona en la noche de la muerte. Pero con ello no se explican en absoluto el sueño de los creyentes difuntos ni el estado de los muertos, como muestran los pasajes siguientes.

Antes conviene observar que una persona que duerme y cuyo cuerpo está en reposo puede, sin embargo, al mismo tiempo vivir algo, por ejemplo en un sueño. Aunque el cuerpo no esté activo, el subconsciente puede estar activo. Con esto solo se pretende indicar que la imagen del dormir no significa que el que duerme no tenga conciencia, porque puede muy bien vivirse a sí mismo y a su entorno como persona en un sueño. Así como el sueño es solo un estado de vida distinto de la vigilia, también la muerte es un estado de vida distinto de la existencia terrenal de la misma persona. La muerte no es la extinción de la existencia de la persona que muere, igual que el dormir corporal no significa que el que duerme esté sin vida.

2.6.2 ¿A qué se refiere el sueño?

Interesante en este contexto es un acontecimiento en la crucifixión de Jesús: «... y la tierra tembló, y las rocas se partieron; y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de él, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos» (Mt 27:51b-53).

En este versículo se mencionan a la vez los tres conceptos que hemos examinado: *resurrección*, *los que duermen* y *cuerpos*. Los tres conceptos van juntos y dejan claro que es el cuerpo el que duerme y el que es resucitado. Se dice que los cuerpos de los santos que habían dormido fueron resucitados y, como resultado, naturalmente, todo el ser humano, es decir, también el espíritu-alma, pues después de la resurrección de Jesús fueron a Jerusalén.

Solo hay una resurrección del *cuerpo* (1 Co 15:35-44). Cuando en otros pasajes se dice que los muertos resucitan, y con ello se refiere naturalmente a toda la persona, eso muestra que todo el ser humano es producido de nuevo en la resurrección por la unión del cuerpo de resurrección con el espíritu-alma.⁷⁹

El dormirse de estos santos fue la muerte, que solo afecta al cuerpo mortal, pero no a su espíritu-alma. Así, también fue solo su cuerpo el que fue resucitado. Tampoco aquí hay otra conclusión que la de que el dormirse y el ser resucitado se refieren solo al cuerpo.

En este texto hay, pues, una clara indicación de que el estado de sueño en la muerte tiene relación con el cuerpo de los santos. En ningún lugar del NT se usa el sueño de la muerte para el alma o el espíritu. Eso contradiría también la naturaleza del espíritu-alma, porque no está atado al cuerpo. El sueño es precisamente solo un estado del cuerpo.

2.6.3 El ejemplo de la muerte de Esteban

Esto lo deja claro también el ejemplo de la muerte de Esteban (Hch 7). Él fue muerto por sus compatriotas, como algún tiempo antes su Señor. En los últimos minutos de su vida vio el cielo abierto. Allí vio a Cristo de pie a la diestra de Dios, que como fiel Sumo Sacerdote intercedía por él, que estaba en gran angustia. Cuando luego las piedras de sus asesinos caían sobre él, oró: «¡Señor Jesús, recibe mi espíritu!» (Hch 7:59; cf. Lc 23:46). Aunque esta muerte no puede compararse con un apacible dormirse, se dice, sin embargo, que durmió. Su espíritu fue recibido por el Señor Jesús junto a sí en el cielo. ¿Quién va a afirmar, ante esta descripción, que Esteban se hundió en un sueño del alma inconsciente? ¿Por qué, si no, se le abrió inmediatamente antes de su muerte la vista al cielo, al vencedor de la muerte, si luego, de todos modos, caía en un

79. El NT distingue claramente entre la resurrección del cuerpo y la resurrección espiritual, en la que los espiritualmente muertos son vivificados con Cristo, p. ej., Ef 2:5.

sueño del alma inconsciente? ¿Qué sentido tendría entonces la petición de que el Señor Jesús recibiera su espíritu?

Esteban (es decir, su espíritu-alma) fue, como su Señor cuando murió, al paraíso. Los santos y amados del Señor Jesús duermen en Él, «en Cristo» (1 Co 15:18). Así pues, como Esteban, son recibidos y acogidos por Él mismo, para que estén para siempre con Él, primero como los que duermen y después, un día, como resucitados.

2.6.4 Los que duermen en el arrebatamiento

El arrebatamiento al cielo es la esperanza de los creyentes. El Señor Jesús viene en persona para introducir a Su pueblo en el cielo. Los tesalonicenses se habían aferrado a esta esperanza con constancia (1 Ts 1:3). Pero con razón debieron de preguntarse qué sucedería con sus hermanos en la fe que dormían, cuando ellos, los vivos, fueran arrebatados. Pablo los anima y les dice que no se entristezcan como los demás que no tienen esperanza, porque:

«Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él» (1 Ts 4:14).

Nada menos que el Dios vivo mismo, al que ellos se habían convertido, se ha hecho cargo de los que duermen. Él los confiará a Su Hijo cuando venga del cielo para el arrebatamiento. Se habían dormido en Él, en Jesús, el Hijo de Dios, y así vendrían a su vez con Él. Entonces sucederá lo que dice el versículo 16:

«Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero».

Dicho de otro modo: Jesús trae consigo del cielo a los que duermen, y entonces los que duermen, los muertos en Cristo, resucitarán.⁸⁰ Aquí vemos cómo el espíritu-alma de los que duermen

estaba con Jesucristo en el cielo y luego es traído por Él para ser unido con el cuerpo en la resurrección.⁸¹ Así, también esta palabra confirma que la resurrección es la unión del espíritu-alma con el cuerpo.

80. Otra interpretación explica este versículo en el sentido de que Cristo, en Su venida en poder y gloria, «traerá» del cielo a los que duermen, después de que estos hayan sido arrebatados allí en su resurrección.

81. Así se puede entender también el origen del ser humano. La concepción da origen al cuerpo, al hombre exterior, pero Dios envía o forma el espíritu en su interior (Zac 12:1; Sal 33:15; 104:30).

2.6.5 Los que duermen antes del arrebatamiento

Una vez que los tesalonicenses se habían tranquilizado en cuanto a que sus hermanos que dormían estarían presentes, igual que ellos, los vivos, en el grandioso acontecimiento del arrebatamiento, Pablo les hizo saber ahora también dónde están los que duermen hasta el arrebatamiento:

«Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo, quien murió por nosotros para que ya sea que velemos, o que durmamos, vivamos juntamente con él» (1 Ts 5:9, 10).

¡Una palabra grandiosa, que describe en forma breve toda la riqueza de los cristianos! Fuimos escogidos para salvación antes de todos los tiempos, y por la obra de Cristo eso será también realmente nuestra porción. La salvación nos ha llevado a vivir ahora para siempre juntamente con Cristo.

«Velar» significa en este versículo vivir en la tierra; y, en consecuencia, «dormir» significa haber muerto como creyente⁸² o, lo que es lo mismo, haberse dormido.⁸³ Pablo dice que en ambos estados viviremos juntamente con Cristo. Eso significa que el cuerpo duerme, mientras que el espíritu-alma está con Cristo. Así pues, Pablo no deja ya ninguna pregunta abierta con respecto a los que duermen.

En Cristo no solo tenemos vida, sino que también vivimos «juntamente con él». Lo primero es, naturalmente, la condición para lo segundo. Aquí significa una convivencia consciente. Esta unión y comunión la experimentan ya hoy los vivos en la fe, y también los que duermen, y pronto la vivirán ambos grupos como resucitados.

Este versículo describe el aspecto futuro y eterno de que los vivos y los que duermen estarán de la misma manera para siempre con el Señor, es decir, vivirán juntamente con Él, para luego, poco tiempo después, aparecer también públicamente juntamente con Él (2 Ts 1:10; Col 3:4).

82. Los que duermen no son aquí las personas del cap. 5:4-7, porque estas nunca vivirán con Cristo. No conocen a Cristo, porque son hijos de la noche y están en tinieblas. Él vendrá para ellos como ladrón, y por eso Su venida significará para ellos juicio.

83. Quizá sea esta la única vez en que «dormir» designa el estado de los creyentes que han muerto.

2.6.6 Conclusión

El dormirse y el dormir de los creyentes no significan, por tanto, nunca el sueño del alma. Describen única y exclusivamente el proceso del morir y el estado del cuerpo humano y mortal hasta el momento de la resurrección.

Preguntas para profundizar

- ¿Por qué el término «dormir» se refiere solo al cuerpo?
- ¿Cuál era la preocupación de los tesalonicenses con respecto a sus difuntos, y cómo los anima Pablo?

2.7 Cristo, Señor de vivos y muertos

El hecho de que Cristo sea Señor sobre vivos y muertos es una palabra clave en Romanos 14. Allí se trata de creyentes que tienen diferentes opiniones y prácticas en las cosas para las que no hay un mandamiento expreso del Señor, es decir, donde cada hijo de Dios es personalmente responsable ante su Señor. Todo lo que hace un creyente está orientado hacia su Señor, al que pertenece. «Porque ninguno de nosotros vive para sí», dice Pablo, y añade subrayándolo: «y ninguno muere para sí» (v. 7). Incluso en la muerte, cuyo momento no determinamos nosotros, el creyente tiene su meta en Cristo. Pablo repite una vez más esta verdad:

«Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos» (v. 8).

Nuestra vida la vivimos para Él, y en nuestra muerte morimos para Él. Esto se basa en el hecho de que pertenecemos al Señor. Le pertenecemos en nuestra vida diaria y en la muerte. En la muerte no nos perdemos para Él, porque también en ella somos Su posesión. ¡Qué maravilloso! Hemos sido incluidos en el consejo de Dios, que lo abarca todo y tiene a Su Hijo como centro:

«Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven» (Ro 14:9).

Fue el consejo de Dios antes de todos los tiempos someter todo a Su Hijo (Ef 1:9, 10, 21, 22). Como Creador de todas las cosas, al Hijo, que es Dios, necesariamente le estuvo siempre todo sometido (Col 1:16; He 1:2, 3). Y, sin

embargo, también como hombre todo debía serle sometido.⁸⁴ Porque el Señor Jesús consumó la obra de la redención y gustó la muerte por todo (He 2:9) y glorificó en ello perfectamente a Dios, fue exaltado como hombre sobre todo. Ahora está sentado en el trono de Dios, a la diestra del Padre.⁸⁵ Allí espera el tiempo en que todos los enemigos estarán a Sus pies, pues todavía no ha asumido públicamente Su dominio en el mundo (He 1:3; 10:12, 13). Todavía es el Rechazado. Dios concede todavía ahora un tiempo de gracia y, con ello, la posibilidad de someterse en este tiempo al Hijo de Dios, reconocer Su autoridad y servirle.

Los hijos de Dios reconocen ya ahora el señorío de Jesús. Le sirven y le siguen (2 Co 5:15; Hch 17:7). Pero también para todos los demás seres humanos llegará el tiempo en que tendrán que reconocer el señorío de Jesús. Entonces serán obligados a ello, porque el tiempo de hacerlo voluntariamente habrá pasado. Entonces ya no se le preguntará a nadie si está dispuesto o no, porque Dios quiere que Su Hijo sea honrado por todos (Fil 2:9-11; Jn 5:23).

La pretensión y la autoridad de Cristo para dominar van más allá del ámbito visible para los seres humanos y de la vida terrenal. Tampoco los muertos pueden sustraerse a Su señorío. El Hades (el reino de los muertos) le está igualmente sometido. Así se presenta el Cristo glorificado al apóstol Juan:

«Cuando le vi, caí como muerto a sus pies. Y él puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades» (Ap 1:17, 18).

Aquí el Señor Jesús se presenta como Aquel a quien están sometidos la muerte y el Hades. Porque quien tiene las llaves tiene el poder (Is 22:22; Mt 16:19). ¿Qué significa el señorío de Cristo sobre vivos y muertos, de qué manera le están sometidos, y desde cuándo ejerce Su señorío sobre ellos?

La expresión «ser Señor» (es decir, dominar) es la misma que en Lucas 22:25, donde se dice que los reyes de las naciones «se enseñorean» de ellas y ejercen poder sobre ellas. El señorío presupone súbditos que están sometidos al poder del que domina y que tienen que inclinarse ante esa autoridad. En Romanos 14:9, estos súbditos son los vivos y los muertos.

84. Cf., p. ej., Sal 8; He 2:5-9; 1 Co 15:25-28.

85. He 8:1; 12:2; Ap 3:21.

¿Cuándo asumió el Señor Jesús Su señorío? Ya se ha indicado que el señorío que lo abarca todo comenzará solo en el futuro, porque todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas (He 2:8). Entre los vivos, el señorío de Cristo se limita a los creyentes, porque los incrédulos no se someten al Hijo de Dios. Del contexto de Romanos 14 se desprende claramente que cada creyente (en el caso normal) somete su vida al Señor y es responsable solo ante Él (v. 7, 8, 12). Los creyentes pertenecen a su Señor durante toda su vida y también en la muerte. Así pues, el señorío de Cristo, en lo que respecta a los creyentes, ya ha comenzado desde que hay creyentes que se someten a Cristo. En la forma provisional y oculta del reino de Dios, el Rey, todavía rechazado, ejerce Su gobierno «en el exilio» sobre los creyentes (v. 17; Col 1:13).

Sin embargo, en el versículo 9 se nombra a los muertos antes que a los vivos, y a ellos se aplica lo mismo. Él es Señor también sobre ellos, en cuanto que están en Su poder. Todo ser humano que muere se enfrenta inmediatamente después de su muerte con el hecho de que Cristo es Señor. Se dice que también los que están «debajo de la tierra», es decir, los muertos que están en el Hades, tienen que doblar sus rodillas para confesar que Cristo es Señor (Fil 2:10, 11). Para el incrédulo esto significa juicio, porque la cuestión del pecado no fue resuelta. Van a la eternidad sin estar reconciliados con Dios (He 9:27). Están irrevocablemente perdidos. Después de la muerte, el difunto ya no puede vivir su propia vida; tiene que inclinarse definitivamente ante la autoridad de Cristo.

El señorío sobre los muertos, sean creyentes o incrédulos, solo parece comprensible, naturalmente, si también se percibe. Esto, a su vez, presupone necesariamente la plena conciencia de los difuntos y de los que duermen. Si no tuvieran conciencia o estuvieran en el sueño inconsciente del alma, tampoco habría un señorío de Cristo sobre los muertos.

Solo en esta vida puede uno resistirse al señorío de Cristo. Después de la muerte ya no hay resistencia. A todo ser humano que muere lo espera Aquel que vive y es verdadero. Pero hay una diferencia decisiva. Este Señor, que para los perdidos es el Juez, sale al encuentro de los creyentes como Aquel que los ama y murió por ellos. Por eso los creyentes, como Pablo, pueden mirar confiados al momento en que, por la muerte, van a su amado Señor para estar con Él en el paraíso (Fil 1:23).

Su esperanza no es la muerte, sino el regreso de Cristo (1 Ts 1:10; 4:13-18), pero la muerte ya los lleva antes a su Señor. El señorío de Cristo significa para

los que duermen alegría, paz y una dicha indecible. El Señor Jesucristo no solo tiene en Su mano a los creyentes vivos, sino también a los que duermen hasta la resurrección, para no perderlos, porque esa es la voluntad de Su Padre (Jn 6:39; 10:29). ¡Ni siquiera la muerte puede separar al creyente del amor de Dios y del amor de Cristo (Ro 8:38, 39)!

La Escritura no dice mucho sobre en qué consiste el señorío de Cristo sobre los incrédulos difuntos.⁸⁶ Pedro da una indicación cuando llama «cárcel» al lugar donde se encuentran los incrédulos difuntos (1 P 3:19, 20). Una cárcel presupone personas y autoridades que tienen poder para poner a personas bajo custodia. Esta cárcel, el Hades, ha sido sometida a la autoridad de Cristo como hombre glorificado (Ap 1:18). Los incrédulos difuntos son retenidos allí por Él y reservados para el día del juicio (2 P 2:9) ante el gran trono blanco (Ap 20:11-15).

Unos son guardados en la presencia de su Señor hasta la resurrección (como Lázaro en el seno de Abraham); los otros son mantenidos presos hasta el pronunciamiento de la sentencia ante el gran trono blanco (como el rico en el Hades).

El señorío del Señor no se limita al ejercicio y despliegue único de Su poder en la resurrección, cuando llame a los muertos de sus sepulcros (Jn 5:28, 29). Significa un sometimiento fundamental y permanente, que comenzó cuando Cristo subió al trono de Dios.

En resumen, podemos concluir que el señorío de Cristo sobre los muertos presupone una supervivencia consciente de la personalidad de espíritu-alma después de la muerte.

Preguntas para profundizar

- ¿Cómo se puede explicar o distinguir el señorío de Cristo:

86. Con razón se puede preguntar cómo era el Seol (el reino de los muertos) antes de que Cristo asumiera el señorío. ¿Qué era distinto? ¿No había antes Hades ni paraíso? De la historia de Lázaro y el rico (Lc 16) se desprende que antes de la muerte y la resurrección de Cristo ya existían el Hades y el paraíso. Solo después de la muerte de Cristo se dice que los creyentes están con Él. El paraíso se llama «seno de Abraham» y no está caracterizado por la presencia del hombre glorificado Cristo (ni puede estarlo). Aun así, es un lugar y un estado de bendición. Si hubo para estos creyentes un cambio antes y después de la muerte de Cristo, no lo sabemos. Sin embargo, los creyentes difuntos de todos los tiempos viven la presencia de Cristo desde Su muerte y Su resurrección, ya que Él estuvo en el paraíso cuando murió. Desde ese momento, «estar en el paraíso» significa estar con Cristo (Fil 1:23). Más no podemos decir sobre esta cuestión, porque la Escritura no dice más al respecto. Los incrédulos no verán a Jesucristo (hasta el juicio ante el trono blanco). No están con Él. Pero a todos los muertos que murieron en sus pecados —así lo creo— se les hará ver de manera perceptible que Cristo también ahora es Señor sobre los muertos.

- en los creyentes, por un lado, y en los incrédulos, por otro?
- antes y después de la muerte?
- ¿Cómo es una vida consciente bajo el señorío de Cristo?

2.8 Las almas debajo del altar

El libro del Apocalipsis nos revela la consumación de los caminos de Dios con la creación y nos informa también sobre el estado del ser humano después de la muerte. En ello, este libro coincide exactamente con lo que ya se ha elaborado a partir de otras partes del NT.

«Cuando abrió el quinto sello, vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra? Y se les dieron vestiduras blancas, y se les dijo que descansasen todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos» (Ap 6:9-11).

Al examinar este texto nos limitamos a las siguientes preguntas:

- ¿Quiénes son las almas debajo del altar?
- ¿Dónde se encuentran las almas?
- ¿En qué tiempo tiene lugar este acontecimiento?

2.8.1 Las almas de los mártires

Juan ve aquí las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. ¿Por qué habla aquí de las almas de los mártires y no simplemente de mártires? ¿En qué consiste la diferencia?

El alma es aquella parte de un mártir que sigue viviendo después de la muerte.⁸⁷ Los asesinos solo tienen poder para matar el cuerpo, pero no el alma. Este hecho lo da el Señor Jesús como consuelo a los que son muertos por causa de Su nombre:

«Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno» (Mt 10:28).

87. Cf. la sección 3.2.

De tales personas se trata aquí. Ellos mismos fueron muertos por causa de la palabra de Dios, pero no sus almas. El Señor Jesús distingue aquí expresamente entre alma y cuerpo. El alma es inmortal y no puede ser muerta, a diferencia del cuerpo, que sí puede ser muerto. Por eso el término «almas» implica aquí que la vida en el cuerpo terrenal ha terminado por la muerte, pero continúa sin interrupción —fuera del cuerpo— en otro mundo. Juan ve las almas, pero no los cuerpos terrenales de carne y sangre, porque estos se han quedado en la tierra.⁸⁸

En el capítulo 6:9 y en el 20:4, las almas representan claramente a las personas de los mártires. Esto se ve en que hablan y se les habla. Tiene lugar una conversación real, que no es simbólica. Una conversación presupone plena conciencia y capacidades mentales activas, que evidentemente están presentes en estas almas. Con ello, la personalidad de los mártires se ha conservado por completo después de su muerte, con todas las características esenciales de una personalidad humana.

Juan *vio* las almas. ¿Qué vio entonces Juan, si las almas ya no tienen cuerpo? Es evidente que Juan vio figuras humanas, a las que identificó como mártires. Solo las figuras humanas pueden recibir una vestidura (blanca) que puedan ponerse y llevar.⁸⁹

Así pues, las almas tienen un «cuerpo» que se distingue del cuerpo terrenal y también del cuerpo en la resurrección (porque esta todavía no ha tenido lugar). Con esto no nos referimos a un cuerpo espiritual especial, creado expresamente para el tiempo del estado intermedio, sino a la conservación de la individualidad, a la que pertenece también la posibilidad de reconocer a la persona después de la muerte y antes de la resurrección. El alma es el ser humano, y lo es en este estado intermedio de tal manera que en el más allá se presenta en un cuerpo visible. La «apariencia» del alma en el más allá está relacionada con la corporeidad terrenal, porque de lo contrario no habría posibilidad de reconocerse en el cielo. Para nosotros, en el mundo de aquí, esto no es

88. El significado del término «alma» varía en el Apocalipsis. Siete veces se usa la palabra griega *psyche*: 6:9 (personas de los mártires); 8:9; 12:11 (la vida, es decir, la existencia terrenal); 16:3 (todos los seres vivos del mar); 18:13, 14 (alma humana, alma); 20:4 (significado como en 6:9). Un principio importante para la interpretación de la Escritura consiste en que el contexto de un texto es decisivo para el significado de un término. Como primer paso es naturalmente interesante averiguar cómo usaban los términos los propios escritores, antes de examinar luego el uso en otros escritores.

89. El Apocalipsis está lleno de simbolismo, pero no todo tiene que interpretarse simbólicamente. Aquí se trata de personas reales que fueron muertas y que se encuentran en un lugar real.

imaginable. Simplemente dejamos constancia de que aquí los difuntos tienen plena conciencia e incluso son percibidos como personas.

La posibilidad de reconocimiento se ve también en la aparición de Moisés y Elías en el monte de la transfiguración (Mt 17:1-8). Allí estos dos hombres aparecen personalmente en figura humana (de otro modo, Pedro difícilmente habría tenido la idea de hacerles enramadas). Hay que tener en cuenta que Moisés y Elías no tenían cuerpo de resurrección, porque la resurrección todavía no ha tenido lugar. Su apariencia corresponde al estado después de la muerte hasta la resurrección.⁹⁰

En este punto mencionamos una vez más que el término «alma» difícilmente puede traducirse aquí por «vida» del cuerpo. ¿Qué habría visto entonces Juan debajo del altar? Así pues, cuando en este contexto se usa el término alma, se trata de la posibilidad de reconocer a la persona. Por eso en Apocalipsis 6:9 y 20:4 se usa precisamente la palabra «alma», porque se trata de la posibilidad de reconocer a estos difuntos, que depende también de la corporeidad. Después de la muerte se conservan la personalidad del ser humano y su figura, es decir, la apariencia propia de la persona que la caracteriza.

Resumimos: las almas son aquí personas que han muerto y que se encuentran fuera del cuerpo, con plena conciencia (es decir, no en el sueño del alma), en el cielo.

Que el cielo es el lugar de estancia de las almas se mostrará en la sección siguiente.

2.8.2 Debajo del altar

Las almas son vistas «debajo del altar». Esta expresión está estrechamente relacionada con el hecho de que sacrificaron su vida por causa de la palabra de Dios. La circunstancia de que se encuentren «debajo» del altar recuerda un hecho parecido en el AT. Allí se derramaba la sangre de algunos animales sacrificados al pie del altar de bronce del holocausto (Éx 29:12; Lv 4:7-34). El alma está en la sangre (Lv 17:10-14). Por consiguiente, la muerte del ser humano puede designarse también como el derramamiento del alma (Sal 141:8; Is 53:12).

90. Soy consciente de que esta aparición representa una excepción y que, por tanto, no se puede deducir de ella lo que sería válido para todos. Solo constato que esta excepción se puede explicar de forma coherente a la luz de todas las demás afirmaciones de la Biblia.

En el NT, el sacrificio es una imagen conocida de la entrega de la vida a Dios (Fil 2:17; 2 Ti 4:6; Ro 12:1).

El altar aparece ocho veces en el Apocalipsis: cap. 6:9; 8:3, 3, 5; 9:13; 11:1; 14:18; 16:7. En el Apocalipsis no se distinguen, como en el AT, dos altares (el altar de bronce del holocausto y el altar del incienso), aunque en algunos pasajes se puede pensar en el altar de bronce del holocausto (6:9; 16:7) y en otros en el altar de oro del incienso (8:3; 9:13).

La ubicación del altar se determina con mucha precisión.

- Se encuentra en el templo que está en el cielo: «Salió otro ángel del templo que está en el cielo... Y salió del altar otro ángel, que tenía poder sobre el fuego» (14:17, 18).
- Está delante del trono de Dios: «Y vi a los siete ángeles que estaban en pie ante Dios... Otro ángel vino entonces y se paró ante el altar, con un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos, sobre el altar de oro que estaba delante del trono» (8:2, 3).
- Está en la cercanía inmediata de Dios: «y oí una voz de entre los cuatro cuernos del altar de oro que estaba delante de Dios» (9:13).

Con ello queda claro dónde se encuentran las almas de los mártires. Están en la cercanía inmediata de Dios. Este lugar corresponde al paraíso, adonde fue el Señor Jesús cuando entregó Su espíritu en las manos del Padre, después de haber muerto en la cruz (Lc 23:43, 46). El Señor fue a la cercanía inmediata de Dios, a Su Padre. Pablo fue arrebatado al mismo «paraíso celestial», donde oyó palabras inefables (2 Co 12:2-4).

¿Qué hacen las almas debajo del altar? Se les dijo que descansaran un poco de tiempo. No es el descanso del sueño del alma ni una existencia inconsciente, sino un estado consciente en el que el descanso se disfruta como una dicha bienhechora. Se dice expresamente:

«Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen» (Ap 14:13).

Para estos, el tiempo de la fatiga y del trabajo ha pasado. Disfrutan de poder descansar en la presencia de Dios. La relación de las almas con el altar permite también concluir que es un lugar de adoración (Ap 8:3). Los santos,

contemplando la gloria de Dios en el rostro de Cristo, adorarán llenos de asombro.

Lo repetimos: las almas se encuentran delante del trono de Dios, en Su cercanía inmediata, y descansan de sus obras. Contemplan la gloria de Dios y le rinden homenaje.

Aquí constatamos una llamativa coincidencia del lugar de estancia de los santos que duermen con las demás afirmaciones del NT, lo cual, dada la unidad de la Escritura, no cabía esperar de otra manera. A todos los santos que duermen los encontramos, sin excepción, en el lugar que el Señor Jesús llama el paraíso. Están con Cristo y allí están en casa, es decir, presentes al Señor.

2.8.3 ¿En qué tiempo tiene lugar este acontecimiento?

Volvemos una vez más al hecho de que las almas son personas difuntas que todavía se encuentran en el estado de la muerte. Se dice que habían sido muertas (v. 9), que su sangre fue derramada (v. 10) y que habían sido muertas (v. 11). Se encuentran debajo del altar. No se les llama —como a los consiervos que todavía viven— «hermanos» (v. 11b), sino «almas», porque todavía no han resucitado. La resurrección de estos mártires todavía no ha tenido lugar en el momento de la apertura del quinto sello (Ap 6:9).

¿Por qué creemos que la resurrección todavía no ha tenido lugar? Claman venganza por la injusticia cometida contra ellos. Este deseo no es atendido de inmediato. Se les dice que deben esperar un poco de tiempo, hasta que sus hermanos, que todavía están en la tierra, hayan completado también su vida con la muerte de mártir. La venganza por la sangre de Sus siervos (19:2) la ejercerá el Señor Jesucristo mismo en Su aparición poderosa. Solo en la aparición de Cristo tendrá lugar la resurrección (20:4). Por consiguiente, no ha tenido lugar hasta entonces, ya que los hermanos todavía están en la tierra y son perseguidos.

Así, a partir de los pocos indicios que se mencionan bajo el quinto sello, podemos concluir que la resurrección de los hermanos y la venida de Cristo todavía no han tenido lugar. La escena de 6:9-11 describe el estado del alma después de la muerte.

2.8.4 El clamor de venganza

Volvemos ahora una vez más al clamor de venganza de las almas. Por parte de quienes niegan una vida consciente después de la muerte, estas palabras no se

entienden como pronunciadas personalmente, sino que se explican de manera puramente simbólica (cf. Gn 4:10; Stg 5:4; Lc 19:40). Además, argumentan que los cristianos nunca claman venganza, porque quieren imitar el ejemplo de Cristo, que incluso en la cruz oró por Sus asesinos. Por eso, la sangre, igual que la sangre de Abel, solo podría pedir venganza simbólicamente.

Es realmente notable que las almas pidan venganza y que con ello, de hecho, no correspondan a la actitud cristiana. Sin embargo, solo negarían la actitud cristiana si fueran cristianos. La solución de esta cuestión depende de cómo se interprete históricamente el Apocalipsis. Esto afecta sobre todo a la pregunta de si nosotros, los cristianos, desde el punto de vista histórico, estamos al principio del Apocalipsis, en medio de él o ya al final. Sin poder entrar aquí detalladamente en ello, expongo brevemente el marco histórico o profético según mi comprensión.

Según la división de Apocalipsis 1:19, las siete cartas ofrecen un panorama profético de la historia de la Iglesia cristiana desde su comienzo hasta su fin. Según esto, a partir del capítulo 4 los cristianos nacidos de nuevo ya no se encuentran en la tierra, sino en el cielo. Allí los cristianos, junto con los creyentes del tiempo del AT, son representados como creyentes glorificados en los 24 ancianos.

Después de que los cristianos estén en el cielo, llegarán a la fe personas tanto de Israel (Ap 7:3-8) como de las naciones (Ap 7:9-12). Eso significa, pues, que las almas debajo del altar no son cristianos ni pertenecen a la iglesia de Dios. Las almas debajo del altar creyeron la predicación del evangelio del reino, que será predicado después del arrebatamiento de la iglesia (Mt 24:14). Son muertos por causa de su fe. Su clamor de venganza es típicamente veterotestamentario (Dt 32:43; 2 R 9:7; Sal 79:10) y no cristiano. Por eso no es obligatorio entender el clamor de venganza de manera simbólica, porque corresponde a la comprensión y a la posición de los creyentes en el tiempo de la tribulación.

Preguntas para profundizar

- ¿En qué sentido puede ser un consuelo para nosotros el relato de las «almas debajo del altar»?
- ¿Por qué se trata aquí de santos difuntos?
- ¿Qué cuerpo tienen?

2.9 La vida eterna

Cuando uno se ocupa del estado del ser humano después de la muerte, en la resurrección o en la eternidad, tropieza casi inevitablemente con lo que la Biblia llama la «vida eterna».⁹¹ No en último lugar, la vida eterna, como elemento único del mensaje cristiano, se contrapone a la muerte y a la caducidad. ¡Qué pagaría el ser humano si pudiera adquirir esta vida, qué no daría por poseerla! Por medio del Hijo de Dios podemos recibir realmente esta vida, y además sin pagar. Por eso, en relación con la vida eterna solo puede hablarse de creyentes. Solo ellos tienen la vida eterna, porque creen en el Hijo de Dios y se someten a Él.⁹² Poseen la vida eterna como dádiva de la gracia de Dios (Ro 6:23).

¿Qué importancia tiene la vida eterna con respecto a la muerte del creyente? ¿Puede ser que la entregue o la pierda en la muerte y que en la resurrección la reciba de nuevo como regalo?

Antes de examinar esta pregunta, tenemos que aclarar primero qué es en realidad la vida eterna.

2.9.1 ¿Qué es la vida eterna?

Nada ni nadie es eterno excepto Dios. Él es el Eterno, que no tiene ni principio ni fin (Gn 21:33; Is 40:28; Ro 16:26). Por eso la vida eterna es la vida del Dios eterno mismo. Del Hijo eterno de Dios, Jesucristo, se dice: «Este es el verdadero Dios, y la vida eterna» (1 Jn 5:20). De sí mismo testifica: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida» (Jn 14:6; cf. 11:25). La vida eterna está personificada en el Hijo. Él tiene la vida en sí mismo (Jn 1:4) y era, por tanto, el único que podía revelarla. «La vida eterna es la vida consciente, pensante, volitiva, sensible, concededora y amante de Dios mismo».⁹³

Otra característica de Dios está estrechamente relacionada con esta vida: Dios habita en el cielo (Sal 115:3; Mt 6:9, entre otros), y por eso la vida eterna es la vida del cielo. Allí está en casa. Esta vida no pertenece a la esfera de la vida natural de esta creación. Pertenece a otro mundo, que está fuera del alcance de los sentidos humanos (2 Co 4:18).

91. Todos los pasajes del Nuevo Testamento en los que se habla de la vida eterna son Mt 19:16, 29; 25:46; Mr 10:17, 30; Lc 10:25; 18:30; Jn 3:15, 16, 36; 4:14, 36; 5:24, 39; 6:27, 40, 47, 54, 68; 10:28; 12:25, 50; 17:2, 3; Hch 13:46, 48; Ro 2:7; 5:21; 6:22, 23; Gá 6:8; 1 Ti 1:16; 6:12; Tit 1:2; 3:7; 1 Jn 1:2; 2:25; 3:15; 5:11, 13, 20; Jud 21.

92. Jn 3:16, 36; 6:40, 47, 54; 10:28; 11:25; 1 Jn 5:13.

93. W. J. Ouweneel, *Das ewige Leben*, Neustadt (Ernst-Paulus Verlag), 1980; p. 9.

En este sentido habla Jesús a Nicodemo de la vida eterna. La llama «las [cosas] celestiales» (Jn 3:12). La vida eterna es la vida en la casa del Padre (Jn 14:3), caracterizada por la comunión (1 Jn 1:2, 3) y el amor (Jn 17:24) del Padre y del Hijo.

La vida eterna es la quintaesencia de la plenitud de la bendición celestial (Ef 1:3) y de la riqueza espiritual que se ha regalado a los creyentes en Cristo. A ella pertenece el haber sido puestos en la comunión del Padre y del Hijo (1 Jn 1:1-4; Jn 14:23; 1 Co 1:9). La vida eterna la poseen ya ahora; no esperan recibirla en el futuro (Jn 3:36; 5:24).

2.9.2 Vida eterna e inmortalidad

A menudo se confunden estos conceptos, como si vida eterna e inmortalidad fueran una y la misma cosa. Es un gran error. De las observaciones anteriores se desprende claramente que la vida eterna no implica en primer lugar una duración o la longitud de la vida (cantidad), sino que describe la «calidad» de la vida. La calidad de la vida eterna consiste en que es la vida del Dios eterno, que habita en el cielo. Esta vida trae consigo toda la plenitud de Dios que está en el Hijo. Es la vida que se disfruta en la casa del Padre, donde el Dios trino ha habitado desde toda la eternidad.

Por eso no basta con equiparar la vida eterna con la inmortalidad o con la existencia eterna.⁹⁴ Naturalmente, la vida eterna incluye también la inmortalidad; de lo contrario no sería vida «eterna». Pero el significado de la vida eterna va mucho más allá del aspecto temporal.

Si se usan «vida eterna» e «inmortalidad» como sinónimos, fácilmente podría sacarse la conclusión errónea de que los seres humanos incrédulos, que no poseen la vida eterna, no tienen existencia eterna. Pero la existencia eterna no depende de la posesión de la vida eterna.

Una vez más: la vida eterna no es solo una vida que nunca termina, sino una vida completamente distinta. Esta vida no la posee el incrédulo. Juan lo deja claro cuando habla de aquellos que no verán «la vida [eterna]». Sobre ellos permanece la ira de Dios (Jn 3:36). Pero la ira de Dios no se agota en que el ser humano sea aniquilado, con la consecuencia de la muerte eterna. La ira de Dios se dirige contra criaturas responsables y, por tanto, solo puede «permanecer»

94. El lector puede hacer él mismo la prueba de leer «inmortalidad» en lugar de «vida eterna». Pronto notará que en muy pocos casos los términos son intercambiables.

para siempre sobre los seres humanos que también existen siempre, es decir, eternamente. Este versículo deja claro que entre la vida eterna y la existencia eterna hay una gran diferencia.

2.9.3 ¿Cómo puede un ser humano recibir la vida de Dios?

Los seres humanos no podían recibir la vida eterna, la vida de Dios, a menos que Dios mismo se hiciera hombre. Eso es exactamente lo que sucedió. El apóstol Juan dice con respecto al Verbo de vida, que es Cristo mismo: «(porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó)» (1 Jn 1:2).

Cristo es el Verbo (*logos*) de vida, es decir, la expresión perfecta y la revelación de la vida, porque en Él está la vida (Jn 1:4; 14:6). Él tiene la vida en sí mismo como hombre, y así puede comunicarla a los seres humanos (Jn 5:26). El Verbo se hizo carne para traer la vida al mundo, porque los seres humanos yacían en la muerte (Jn 5:24; Ef 2:1). La muerte espiritual era la consecuencia del pecado. Por eso el Hijo de Dios tenía que ser la propiciación por nuestros pecados (1 Jn 4:9, 10), para que pudiéramos recibir la vida.

Es vida «espiritual» la que reciben los que están espiritualmente muertos en sus pecados (Col 2:13). Reciben la vida como don de Dios cuando creen en el nombre del Hijo de Dios (1 Jn 5:13). Para ello es necesaria la intervención de Dios por medio del nuevo nacimiento, ya que un ser humano no puede producir este nacimiento por sí mismo (Jn 1:13). Con el nuevo nacimiento comienza la historia de la vida espiritual de esas personas, para no terminar nunca más.

Esta vida se convierte en su posesión, de modo que la tienen en sí mismos (Jn 6:53; 1 Jn 3:15). Al mismo tiempo se dice que la tienen en el Hijo (1 Jn 5:11), porque solo pueden poseerla en dependencia de Él, la fuente de la vida. No pueden tenerla fuera de Él. Así llegan a ser «participantes» de la naturaleza divina (2 P 1:4), así como una hoja solo puede estar fresca y verde en la rama.

2.9.4 ¿Cómo poseen los creyentes la vida eterna?

La vida que los creyentes han recibido por el nuevo nacimiento (Jn 3; 1 P 1:23-25) y que poseen delante de Dios es la «vida eterna». Eso significa que esta vida no es solo un componente de los creyentes que pudiera volver a desprenderse de ellos (por la razón que fuera). No es como un regalo valioso que, en

determinadas circunstancias, se puede volver a perder. La vida eterna se ha convertido en la vida de los creyentes; es su estado y su nueva existencia delante de Dios en Cristo. Esta nueva existencia como vivos de entre los muertos la describe Pablo como nueva creación,⁹⁵ como obra de Dios.⁹⁶ Por la recepción de la nueva vida, el pecador se convierte en un hombre nuevo.

Para ilustrar lo dicho: nuestra vida natural (gr. *bios*) no la llevamos con nosotros como un paquete que se puede perder sin consecuencias. Quien la pierde, muere. La vida natural significa precisamente todo nuestro ser terrenal, que termina con la muerte corporal. Con ello es comparable también la manera en que poseemos la vida eterna. Si se pudiera perder la vida eterna, con ello se destruiría la nueva creación. Pero es exactamente lo contrario. La nueva creación ya no puede ser destruida, porque es obra de Dios en Cristo Jesús.

La vida en la tierra implica una existencia consciente que hace del ser humano una persona. Es la capacidad de expresarse, la fuerza para pensar, sentir, conocer, amar. Estas características de la vida terrenal podemos trasladarlas a la vida eterna. Así como la vida natural hace del ser humano una persona, Pablo habla de una nueva personalidad, de un nuevo «yo»: «y ya no vivo yo, mas Cristo vive en mí» (Gá 2:20). El creyente posee la nueva vida de una manera que hace de él una nueva persona. Por eso ahora podemos ser imitadores de Dios, porque tenemos Su vida y Su naturaleza. La fuerza de esta vida es el Espíritu Santo, que se nos ha regalado igual que la vida eterna.

Sobre este estado y sobre esta existencia la muerte ya no tiene ninguna influencia, porque la vida eterna, naturalmente, no puede morir.

Ahora que hemos delimitado la naturaleza, el significado y el alcance de la vida eterna, nos dedicamos a nuestra pregunta inicial.

2.9.5 La vida eterna y la muerte

¿Qué sucede con la vida eterna cuando el creyente muere? ¿Qué importancia tiene la vida eterna para los que duermen? Esta es la pregunta central con respecto al estado de los creyentes después de la muerte.

El Señor Jesús da a esta pregunta una respuesta clara: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y

95. La vida eterna no es, naturalmente, una creación, pero el hecho de que los creyentes la posean ahora y de que caracterice su nuevo estado puede considerarse parte de la nueva creación.

96. 2 Co 5:17; Gá 6:15; Ef 2:5, 10; 4:23, 24; Col 3:9-11.

cree en mí, no morirá eternamente» (Jn 11:25, 26). El hecho de que el Señor Jesucristo sea en Su persona la resurrección y la vida tiene para los creyentes — tanto los que viven como los que han muerto— consecuencias de gran alcance y llenas de bendición.

2.9.6 Los creyentes que han muerto

¿Qué significa para los creyentes que han muerto la palabra del Señor de que Él

- es la resurrección?
- es la vida?

Vivirán, porque un día resucitarán. Ya hemos visto antes que con ello se refiere a la resurrección corporal. Porque Él es la resurrección, esta significa el fin de su muerte corporal y la reentrada en la vida. Esta es la esperanza de la resurrección, que está fundada en Su persona, en Su obra de propiciación y en Su resurrección. La vida eterna es la garantía de que el cuerpo será resucitado. Entonces también el cuerpo participará plenamente de la vida eterna.

Vivirán, aunque estén muertos: aquí se designa el estado del creyente inmediatamente después de la muerte. Cuando el creyente muere, la vida permanece con todas las características de la vida eterna (véase la sección 2.9.4). La vida eterna no es tocada por la muerte; atraviesa intacta la «puerta de la muerte». Eso significa concretamente que la nueva vida, es decir, el nuevo «yo» del creyente, la conciencia personal del hombre nuevo, permanece también después de la muerte. La vida eterna está unida inseparablemente al creyente.

En este contexto vuelve a quedar claro que la vida eterna ya nunca puede separarse del creyente. Aunque muera, sigue viviendo en la fuerza y en la conciencia de esta vida. La comunión con el Padre y con el Hijo, que solo ha llegado a ser posible por la vida eterna, no se interrumpe.

2.9.7 Los creyentes que viven

En Juan 11:26 el Señor dice lo que significa para los que viven que Él sea la resurrección y la vida: los que viven no morirán eternamente. Esta verdad la expresa el Señor dos veces más en otro lugar: «Este es el pan que descendió del cielo; no como vuestros padres comieron el maná, y murieron; el que come de este pan, vivirá eternamente» (Jn 6:58); y «el que guarda mi palabra, nunca verá muerte» (Jn 8:51).

Es notable que el Señor, en la primera parte del versículo de Juan 11:26, hable de creyentes que han muerto, aunque en la segunda parte dice que los creyentes ya no mueren en absoluto. Pero el creyente sigue muriendo igual que el incrédulo. ¿Es una contradicción? En la segunda parte del versículo, la muerte tiene otro aspecto. La muerte de los creyentes y la muerte de los incrédulos no son lo mismo. El creyente que muere no verá la muerte eterna hacia la que va el incrédulo después de su muerte corporal. La muerte corporal lleva al pecador hacia el juicio eterno, que es la muerte eterna (Ap 20:14), pues «está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio» (He 9:27). Al pecador no le queda otra cosa que la muerte y el juicio. Ya no hay para él esperanza ni ayuda. ¡Esa es la muerte del incrédulo!

Esta muerte del pecador no la morirá el creyente. El efecto del pecado sobre el ser humano (la muerte) ha quedado completamente anulado para los creyentes por la resurrección de Cristo. Ya ahora tienen una naturaleza nueva que ya no puede morir, aunque todavía tengan que pasar por la muerte corporal. Es la vida de Aquel que, en el poder de la vida divina, ha vencido a la muerte. Porque Él es la resurrección, es una vida sobre la que la muerte ya no tiene poder.

El creyente, ya sea que viva o que haya muerto, vive *siempre* en la fuerza y en la conciencia de la vida eterna. El cuerpo queda excluido de ella por la muerte solo durante un tiempo determinado.

Resumen: la vida eterna es posesión del creyente en tres periodos diferentes en los que se encuentra. Comienza durante su vida terrenal, cuando nace de nuevo. Luego es también su posesión después de la muerte. Por último, conduce a la consumación eterna en la resurrección.

2.9.8 La forma futura de la vida eterna

Tanto el apóstol Pablo (en Ro 5:21 y 6:22) como los sinópticos (en Mt 18:8; 25:46; Mr 10:30; Lc 18:30) hablan de la vida eterna en su forma futura y no como posesión presente, como ocurre en Juan.

Pablo une la plena posesión y el pleno disfrute de la vida eterna con la incorrupción en la resurrección. Dice que la recompensa para aquellos «que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad [lit.: incorrupción; la del cuerpo en la resurrección]» será la vida eterna (Ro 2:7). Para

Pablo, la vida eterna en su pleno significado es el ser semejantes al Cristo resucitado en la gloria. Esa es la atmósfera en la que la vida eterna está en casa.

Todavía, como vivos en la tierra, tenemos la vida eterna en un cuerpo mortal. En la resurrección seremos revestidos de una «casa... eterna» (2 Co 5:1). Es un cuerpo que corresponderá plenamente a la vida eterna, al estado de la consumación. También Juan conoce este aspecto de la vida eterna.⁹⁷

La esperanza y la expectativa de la vida eterna (Tit 1:2; 3:7; Ro 6:22) consisten en poder vivir y disfrutar pronto las cosas del cielo, de la casa del Padre, en el entorno y la atmósfera propios de esa vida.

2.9.9 El Espíritu Santo

El Espíritu Santo nos ha sido dado.⁹⁸ Sin entrar aquí en más detalles, señalo que, como dice Jesús, estará con nosotros para siempre:

«Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros» (Jn 14:16, 17).

Por consiguiente, el Espíritu de Dios está con nosotros también en la muerte. También entonces es nuestra fuerza. Él es, como la vida eterna, en este tiempo intermedio la garantía de que estaremos con Jesús con plena conciencia, con plena fuerza y conocimiento. Precisamente para eso se nos ha dado el Espíritu de Dios como arras, como garantía con miras a ese momento:

«Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu» (2 Co 5:5).

¡Lo que Dios nos ha regalado en nuestra vida será nuestro también en la muerte!

2.9.10 Conclusión

Para concluir, podemos dejar constancia de lo siguiente en cuanto a la pregunta general «¿Cuál es el estado de los creyentes después de la muerte?»: tanto la vida

97. Jn 4:36; 12:25; cf. 1 Jn 3:1, 2.

98. Jn 7:39; 14:16; 15:26; Hch 1:8; 19:2; Ro 8:9, 11, 14-16; 1 Co 2:12; 3:16; 6:19; 2 Co 1:22; Ef 4:30; 1 Ts 4:8; 2 Ti 1:14; Stg 4:5.

eterna como el Espíritu Santo son una garantía de que el creyente sigue viviendo después de la muerte en comunión consciente con Cristo.

La vida en el creyente no puede morir (ni siquiera cuando muere el hombre exterior), porque la posee en el Hijo, que vive por toda la eternidad. El creyente tampoco puede ya perderla, porque de lo contrario perdería toda su existencia, la que tiene como nacido de Dios. Esta nueva existencia es obra de Dios, una nueva creación que ni puede ser destruida ni tendrá nunca fin.

Del mismo modo, todas las características del Espíritu Santo que se nos han regalado determinarán nuestra existencia en la muerte.

Preguntas para profundizar

- ¡Distinga entre «vida eterna» e «inmortalidad»!
- ¿En qué se diferencia la muerte de un creyente de la de un incrédulo? ¿Tenga en cuenta para ello la afirmación de Juan 11:26!
- ¿Qué importancia tiene el Espíritu Santo para el estado intermedio?

2.10 Los espíritus encarcelados

Los «espíritus encarcelados» son un concepto que tiene que ver directamente con nuestro tema. Aparece una sola vez en la Sagrada Escritura, y solo en la primera carta de Pedro. Precisamente en eso reside también la dificultad de entenderlo correctamente. Pedro escribe en su segunda carta que algunas de las cartas de Pablo son difíciles de entender (2 P 3:16). Aquí, sin embargo, eso vale probablemente también para su propia carta, porque el pasaje en el que se nombra a los espíritus (1 P 3:19, 20) es uno de los pasajes más difíciles del NT. Esto ha llevado a que en la historia de la Iglesia haya habido, y siga habiendo hoy, muchas interpretaciones muy distintas.⁹⁹

Es el propio Pedro quien nombra el principio más importante de la interpretación de la Escritura, a saber, «que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada» (2 P 1:20). Así examinaremos también este texto a la luz de todos los pasajes del NT que ya hemos tratado en 2.1-2.9 y que nos han dado una imagen completa del estado entre la muerte y la resurrección, tanto de los justos como de los injustos.

Pedro escribe a los *expatriados de la dispersión*:

99. Véanse al respecto: William Kelly, *Christ Preaching to the Spirits in Prison*, The Bible Treasury, Vol. 9, 1872; y: Jürgen Kuberski, *Eine Höllenfahrt Jesu?*, Bibel und Gemeinde, 2/1988; y: H. L. Heijkoop, *Der erste Brief des Petrus*, Neustadt (Schriftenverlag Ernst Paulus) 1978. Véase también el apéndice.

«Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas [gr.: almas], es decir, ocho, fueron salvadas por agua» (1 P 3:18-20).

2.10.1 La intención de Pedro

A Pedro no le interesa la cuestión de cuál es el estado después de la muerte. Nadie le había preguntado al respecto ni había traído una falsa doctrina que hubiera que refutar.¹⁰⁰ Los creyentes a los que Pedro escribe se veían expuestos a una persecución masiva por causa de Jesús.¹⁰¹ Él quería animarlos en esta difícil situación. Por eso comparó su situación con la situación de Noé en los días antes del diluvio. Noé, junto con sus familiares, formaba una minoría de solo ocho almas. Por la palabra del Señor construyó con sus hijos un barco en tierra seca. Nadie más le siguió. Así como Noé no veía a Dios, tampoco los creyentes veían a Cristo (1:8); era una cuestión de fe. El ejemplo de Noé y la obra y la presencia de Cristo por medio de Su Espíritu debían animarlos a perseverar, aunque su mensaje fuera rechazado y se les acosara injustamente.

2.10.2 Mi explicación del texto

El Cristo que sufre es el ejemplo para los creyentes, que, como Él, tenían que sufrir por hacer el bien. En este versículo se trata de los sufrimientos de Cristo a causa de los pecados. Como el Justo, murió por los injustos con el fin de llevarlos a Dios. Son los sufrimientos expiatorios de Cristo, que los creyentes no tenían que soportar. La propiciación de Cristo le acarreó la muerte; fue «muerto en la carne». Pero ese no fue el final, porque resucitó de los muertos en el poder del Espíritu de Dios (Ro 1:4; 8:11).

En este Espíritu —no como hombre en la tierra— fue y predicó a los espíritus encarcelados, que en otro tiempo desobedecieron. El Espíritu Santo, dicho de otro modo, el Espíritu de Cristo (1 P 1:11), obraba en Noé, el pregonero de justicia (2 P 2:5). La predicación a los contemporáneos de Noé duró mientras se construía el arca. Ninguno de ellos se convirtió; todos

100. Eso es lo que hizo Pablo, p. ej., en 1 Co 15, donde combate la negación de la resurrección.

101. 1 P 1:6; 2:12, 19-21; 3:14, 17; 4:1, 4, 12, 16; 5:8, 9.

murieron en las aguas del diluvio a causa de su desobediencia. El Espíritu de Cristo obraba ahora con el mismo fin en los creyentes (1 P 4:14; cf. 1:11) a los que Pedro escribía, para difundir por medio de ellos el testimonio de la gracia de Dios.

Pedro designa a los que murieron en el tiempo de Noé como «espíritus encarcelados». No creyeron la buena noticia (1 P 4:6) y dejaron pasar la paciencia de Dios durante los muchos años en que se construyó el arca. Por eso en la muerte comienza su juicio (He 9:27), y se encuentran en el Hades, el lugar del tormento (Lc 16:23), que aquí se llama cárcel. También en esto hay un estímulo para los creyentes. Su mensaje y su esperanza, de los que debían presentar defensa (1 P 3:15), eran absolutamente correctos. Todos los que no siguieran su mensaje llegarían al mismo lugar. También a ellos les esperaba la cárcel después de la muerte. Allí estaría su lugar hasta el día de la resurrección y hasta el gran día del juicio, como Pedro escribe poco después:

«... pero ellos darán cuenta al que está preparado para juzgar a los vivos y a los muertos» (1 P 4:5).

Noé fue salvado en el arca a través de las aguas del diluvio. Su figura correspondiente, el bautismo, salva también ahora a los creyentes, al ser también ellos, como Noé en la tierra, llevados a una nueva posición. Separados del mundo y de sus contemporáneos (Hch 2:40, 41), servían ahora al Cristo resucitado y glorificado, a quien se le ha dado toda potestad.

Bajo los títulos siguientes trato con más detalle algunos términos y explicaciones que no considero bíblicos.

2.10.3 Muerto en la carne, vivificado en espíritu

Aunque ya se ha dado arriba una explicación de las dos expresiones, menciono aquí algunos aspectos más. No hay opiniones diferentes sobre la expresión «muerto en la carne». Sin duda se refiere a la muerte expiatoria de Cristo. Su muerte está en contraste con lo que vino después, a saber, Su resurrección. La resurrección se designa como «vivificado en espíritu». «Vivificado» es la misma expresión que en Romanos 4:17; 8:11; 1 Corintios 15:22, 36, 45. Pero la resurrección no significa el «vivificar» el espíritu del Señor, sino la resurrección del cuerpo (Jn 2:19-22).

Es el Espíritu Santo de Dios el que actúa en la resurrección, porque de Él se dice: «El espíritu es el que da vida» (Jn 6:63). Pablo habla del Espíritu Santo en relación con la resurrección del Señor y también de los creyentes:

«... que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos, ... Jesucristo nuestro Señor» (Ro 1:4).

«Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros» (Ro 8:11).

En el Señor Jesús habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad (Col 1:19, 20; 2:9), es decir, el Dios trino. Las tres Personas de la Deidad tomaron parte en la obra de la redención y, con ello, también en Su resurrección.

En este Espíritu fue y predicó. Así pues, no lo hizo personalmente, es decir, como hombre de carne y sangre. Era el Espíritu de Cristo,¹⁰² que ya antes de la encarnación de Cristo actuaba en los profetas del AT (1 P 1:11) y que también ahora actúa en la predicación del evangelio, y allí se le llama el «Espíritu Santo» (1 P 1:12).

En los días de Noé, el Espíritu de Dios actuaba por medio de Noé, a quien Pedro llama «pregonero de justicia» (2 P 2:5). También Moisés habla de la actuación del Espíritu de Dios en el tiempo de Noé (Gn 6:3), con miras al juicio por el diluvio. También en el NT encontramos un paralelo, donde se dice que Cristo predicó anunciando la paz (Ef 2:17). Pero tampoco allí lo hizo personalmente, sino por medio de Sus siervos. Había ascendido al cielo y ya no estaba presente en persona.

2.10.4 La predicación a los espíritus encarcelados

Entre las interpretaciones más diversas existe un amplio acuerdo en que Cristo, en el breve tiempo entre Su muerte y Su resurrección, predicó personalmente a los espíritus en el Hades. Con ello van unidas preguntas de gran alcance.

2.10.5 El contenido de la predicación

Aunque de la diversidad de explicaciones se desprende que no se conoce el contenido de la predicación, es decir, el mensaje, yo solo puedo concebir una

102. La expresión «Espíritu de Cristo» o «Espíritu de Jesús» aparece en Hch 16:7; Ro 8:9; Fil 1:19; 1 P 1:11; «el Espíritu del Señor», en Hch 5:9; 8:39; 2 Co 3:17. En todos los pasajes es el Espíritu Santo de Dios.

proclamación con el fin de llevar a las personas a la conversión para que sean salvadas. Ese es, en general, el significado de la «predicación».¹⁰³ Esta predicación la define el propio Pedro. Dice que a los muertos se les anunció la buena noticia (4:6). Una predicación así en el Hades significaría, por tanto, que a los difuntos se les concedió una segunda oportunidad para convertirse.

Las explicaciones sobre el contenido de la predicación van desde la proclamación de la victoria de Cristo hasta el anuncio de la buena noticia. La idea de que a los difuntos se les anuncia la victoria de Cristo no se menciona en ningún lugar de la Escritura. Tiene además poco sentido, porque de todos modos llegará un día el momento en que todos —y no solo los seres humanos muertos hasta el momento de la muerte de Cristo— reconocerán el señorío de Cristo. Pablo dice que los que están en la tierra (es decir, los vivos) y los que están debajo de la tierra (es decir, los muertos) están incluidos en ello:

«... para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Fil 2:10, 11).¹⁰⁴

Una predicación como llamada al arrepentimiento dirigida a los espíritus encarcelados entre la muerte y la resurrección de Cristo debe rechazarse además por las siguientes razones:

- No tenemos ninguna otra indicación en la Escritura que apoye esta opinión. Al contrario, Cristo fue al paraíso, con los creyentes, y no al Hades, como Él mismo dijo en Lucas 23:43.
- Pedro dice que fue vivificado después de haber muerto. No habla de lo que sucedió entre la muerte y la resurrección.
- No es comprensible que se predique otra vez precisamente a las personas de las que se dice expresamente que en vida experimentaron la paciencia de Dios y la rechazaron. El testimonio de la Escritura es claro: después de la muerte ya no hay posibilidad de conversión.

103. P. ej., Mt 26:13; 1 Co 1:23; Gá 2:2; Fil 1:15.

104. De Filipenses 2:11 no se desprende ningún momento en que esto sucederá, ni si será el mismo momento para todos los mencionados. Sin embargo, en concordancia con otras palabras de la Escritura —en particular con las sesiones del juicio—, se puede deducir que se trata del juicio de los vivos y de los muertos ante el gran trono, que alcanzará entonces a todos a la vez. En este sentido habla también el Señor Jesús del «día del juicio» (Mt 10:15; 11:22, 24; Lc 10:14).

- Significaría que predicó exclusivamente a las personas que murieron en el diluvio. Evidentemente se trata aquí de esas personas. Pero ¿qué pasa con las personas que murieron antes o después, que en conjunto son seguramente muchas más que estas? Entonces todos los muertos deberían poder oír una predicación.

Tampoco eso tiene sentido, y abre la posibilidad del arrepentimiento después de la muerte. Pero eso es erróneo y no es la enseñanza de la Sagrada Escritura. Las enseñanzas de Jesús en Lucas 16 sobre el Hades dejan ver claramente que después de la muerte ya no hay cambio. Una gran sima infranqueable separa el lugar de la bendición del lugar del tormento.

2.10.6 Almas y espíritus

Las ocho personas que fueron salvadas en el arca se llaman «almas». Pedro usa en la primera carta la palabra «alma» seis veces.¹⁰⁵ Cinco veces entiende por «alma» un elemento esencial del creyente; solo una vez —en nuestro texto— se refiere con ella al ser humano entero. Si aquí hubiera dicho «personas» en lugar de «almas», el significado sería el mismo, porque así se usa a menudo el término «alma» en la Escritura.¹⁰⁶ Este significado de «alma» se encuentra también todavía en nuestro lenguaje actual.

Ahora bien, si «alma» designa al ser humano tal como vivía en la tierra en tiempos de Noé, ¿cuál es entonces el significado de los «espíritus» que están encarcelados? ¿Representa el término «espíritus» a seres humanos que han muerto? Hay que constatar con claridad que «espíritu» no se usa en ningún lugar para el ser humano que vive en la tierra, en claro contraste con «alma». Naturalmente, la palabra «espíritu» se usa muy a menudo en relación con el ser humano, pero entonces exclusivamente como componente esencial del ser humano, como ocurre también con el alma. La palabra «espíritu», en cambio, se usa para ángeles, tanto para los que sirven a Dios como para los demonios, es decir, ángeles caídos (p. ej., Mt 10:1; Ap 12:8).

105. 1:9, 22; 2:11, 25; 3:20; 4:19.

106. P. ej., Gn 12:5; Éx 1:5; Nm 31:35; Hch 2:41; 7:14.

2.10.7 ¿Son los espíritus ángeles caídos?

Con ello, sin embargo, no queda fundamentada la opinión de que aquí se trata de ángeles que ahora están encerrados en el abismo más profundo.¹⁰⁷ Para ello se remite a los siguientes pasajes bíblicos:

«Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que, arrojándolos al abismo más profundo [gr. Tartarus], los entregó a cadenas de oscuridad, para ser reservados al juicio...» (2 Pedro 2:4; cf. Judas 6),

en relación con Génesis 6:2-4:

«... viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas. Y dijo Jehová: No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años. Había gigantes en la tierra en aquellos días, y también después que se llegaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos.»

En las cadenas de las que escribe Judas se ve un paralelo con la cárcel de la que escribe Pedro. El acontecimiento de Génesis 6, donde unos ángeles se unen con las mujeres, se refiere sin duda al tiempo de Noé. Cristo habría llevado un mensaje a estos ángeles caídos, ahora atados y reservados para el juicio. Pero no puede tratarse del mensaje de la gracia y de la salvación, porque según Hebreos 2:16 el Señor no socorre a los ángeles para liberarlos.

No hay en la Escritura ningún indicio de que Cristo haya anunciado a los ángeles Su victoria en el Gólgota, y tampoco tiene sentido, porque para ellos hay un día del juicio que ya está fijado. Cristo será el Juez (cf. 1 Corintios 6:3). Entonces se producirá, de todos modos, un despliegue de Su poder y de Su grandeza.

En definitiva, no hace falta ninguna proclamación del poder de Cristo, porque los ángeles caídos, los demonios o espíritus inmundos, ya conocían el poder de Cristo antes del Gólgota, también con respecto al juicio, y temían Su poder (Lucas 8:27-33; Mateo 8:29). Los demonios creen y tiemblan (Santiago 2:19), aun sin un mensaje que Cristo les anunciara.

De Génesis 6 se puede deducir que los ángeles se unieron con las mujeres *antes* del tiempo de Noé, y por tanto este suceso no cae necesariamente en los

107. Véase Kenneth S. Wuest, *First Peter in Greek New Testament*, Michigan (Eerdmans Publishing), 1942.

días de Noé.

Es un error entender en este lugar por «espíritus» a ángeles, aunque aparentemente haya puntos de contacto. Una vez más hay que tener en cuenta el contexto y el testimonio completo de la Escritura.

2.10.8 Espíritus: seres humanos que han muerto

Aquí a los contemporáneos de Noé se les llama «espíritus», porque ahora, en el momento en que se redactó la carta, estaban en la cárcel. Con «cárcel» se indica la consecuencia de su desobediencia, pues su juicio no tiene fin. Su existencia después de la muerte no es en el cuerpo de carne y sangre; están «ausentes del cuerpo», para usar una expresión de Pablo (2 Corintios 5:8). Por eso se les llama espíritus. Pocos versículos más adelante Pedro usa otra designación para las personas que aquí se llaman espíritus. Esos versículos pertenecen todavía a los citados arriba y constituyen en realidad la conclusión del razonamiento:

«Porque por esto también ha sido predicado el evangelio a los muertos, para que sean juzgados en carne según los hombres, pero vivan en espíritu según Dios» (1 Pedro 4:6).

Ahora son —en lo que respecta al espíritu-alma— los espíritus encarcelados. En lo que respecta a su cuerpo, ahora son los muertos. Ambas descripciones explican el mismo estado, aunque desde dos lados. Uno es el aspecto corporal («los muertos») y el otro es el aspecto del espíritu-alma. La buena noticia no se anunció a los que entonces estaban muertos, sino a los que ahora están muertos y que entonces, después de haber oído el mensaje como personas vivas, perecieron en el diluvio.¹⁰⁸

Ese es el significado de la palabra «espíritus», que —aun sin conocimientos del idioma original— se reconoce por el contexto.

Hay otro pasaje en el que se habla de espíritus, es decir, de seres humanos después de su muerte:

«... sino que os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la reunión general, y a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos» (Hebreos 12:22-23).

108. Algunos intérpretes interpretan la muerte en sentido espiritual (cf. Efesios 2:1, 5; Colosenses 2:13; Lucas 15:24, 32). A mi juicio, sin embargo, la muerte espiritual nunca se menciona en el AT ni se aplica a las personas de la época del AT.

Al final de esta gloriosa enumeración figura el término que nos interesa en este contexto: «espíritus de los justos hechos perfectos».¹⁰⁹ Aquí, pues, los espíritus están separados de su cuerpo y forman parte de la congregación de los primogénitos. Este término se refiere solo a ellos, porque solo los pecadores fueron justificados por la sangre de Jesús. La sangre de Jesús no vale para los ángeles. Los espíritus no pueden ser ángeles, porque estos se mencionan aparte en esta enumeración.

2.10.9 La cárcel

¿Es la cárcel realmente el Hades? La respuesta a esta pregunta no es sencilla, porque el término «cárcel» en relación con espíritus lo encontramos una sola vez en la Escritura.

La palabra «cárcel» no se usa aquí en ningún otro sentido que el que conocemos también de otros pasajes del NT.¹¹⁰ El delincuente es puesto bajo custodia y no puede escapar de este lugar¹¹¹ sin que se aclare la cuestión de su culpa. El término «cárcel» se explica bien por el hecho de que los injustos, después de su muerte, son retenidos hasta el día del juicio. Es Pedro quien lo menciona también en su segunda carta:

«Sabe el Señor librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio» (2 Pedro 2:9).

Esta verdad corresponde también a nuestra comprensión actual, en el sentido de que hasta la vista del juicio existe la prisión preventiva. Esta explicación no está en absoluto en contradicción con todos los demás textos que ya hemos considerado en relación con nuestro tema. Al contrario, completa la imagen de la suerte de los injustos después de la muerte.¹¹²

109. La diferencia entre los términos de 1 Pedro y de Hebreos 12 consiste en que en Pedro «espíritus» designa a la persona entera, mientras que en Hebreos 12 los espíritus se ven como elemento constitutivo del ser de los creyentes; con ello queda claro que, además del espíritu, existe un cuerpo. En lo fundamental, estos términos tienen el mismo significado. En este contexto llamo la atención sobre el término «nube de testigos», que rodean al competidor de la fe como en un estadio. Los testigos son los héroes de la fe de Hebreos 11, que ahora están en el paraíso celestial. Se ha sugerido que ven a los cristianos como los espectadores de una competición. A mi juicio, eso no puede ser. Verían toda nuestra vida, también las cosas íntimas. No podemos decir nada con certeza al respecto, porque la Escritura guarda silencio sobre ello.

110. Por ejemplo, Mateo 14:10; Lucas 3:20; Hechos 5:19; 2 Corintios 6:5.

111. Quizá tengamos también en Hechos 1:25 una alusión a este lugar.

112. Parece casi superfluo mencionar que quienes están en la cárcel tienen plena conciencia, pues a los que duermen no hace falta guardarlos en una cárcel.

También de ciertos ángeles es verdad que se encuentran bajo custodia en la «cárcel». Allí son retenidos hasta el día del juicio. Están en el calabozo hasta el día en que se pronuncie la sentencia.

La palabra «cárcel» se entiende también en el sentido de «cárcel del pecado». Así usan esta expresión Isaías (42:7; 49:9; 61:1) y Lucas (4:18-19). Pero, a mi juicio, este uso no es posible aquí, porque los espíritus no son personas vivas, sino que lo fueron. Si en relación con los espíritus se hablara de una cárcel del pecado, sería solo en el sentido de que ahora están atados a su pecado, porque no tienen perdón.

2.10.10 ¿La liberación de los creyentes del Antiguo Testamento del Seol?

Una opinión también bastante extendida es que los creyentes del AT que estaban en el Seol se encontraban o bien en un lugar de tormento, o bien en una especie de estado de espera que no puede calificarse de bienaventuranza. Cuando Cristo, después de Su muerte, visitó este lugar, liberó a los creyentes y los llevó al paraíso, o bien convirtió este lugar en paraíso por Su presencia.

Base de esta opinión es, entre otras cosas, el significado del término «Seol» en el AT. El Seol es, entre otras cosas, un lugar negativo y oscuro al que llegan los muertos. El paraíso, en cambio, no se menciona en el AT como lugar de los creyentes que han muerto. Pero el hecho de que no estuviera revelado no significa que no hubiera paraíso. ¿Iba Abraham, después de la muerte, a caer en angustia y espanto? Ya él esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios, y una patria celestial que no está en este mundo (Hebreos 11:10, 14, 16).

Del mismo modo habría que preguntar: ¿conocía, o tenía siquiera, el perdón de los pecados, ya que Cristo aún no había venido?¹¹³

No quisiera responder a la pregunta de si hubo una liberación del Seol solo con contrapreguntas. Pero no tenemos ningún texto bíblico al respecto que pudiera examinarse. A mi juicio, esta idea tampoco tiene sentido, y no hay ningún paralelo en la Escritura que mencione, ni siquiera de manera insinuada, semejante obra de Cristo.

113. Sobre la base de Romanos 3:25-26 podemos suponer que Dios, con vistas al sacrificio de Jesús —por así decirlo, de forma anticipada—, no tomó en cuenta los pecados de los creyentes del AT. Según esto, tampoco había ningún motivo para que Abraham tuviera que experimentar algún tormento o incluso una purificación después de su muerte.

Abraham fue unido a sus padres.¹¹⁴ Podemos suponer que se reencontró con ellos en el mundo del más allá. Su Dios, a quien conocía como el Todopoderoso, es Dios de vivos (Lucas 20:38). De ahí podemos concluir que Abraham, que es llamado amigo de Dios (Santiago 2:23), lleva ahora una vida bienaventurada que, hasta la resurrección, no necesita ni liberación ni mejora.

Cuando el Señor Jesús habló del lugar de la bienaventuranza como del «seno de Abraham», usó una expresión que los judíos o bien ya conocían, o bien podían entender bien: era un lugar de bendición para los justos después de su muerte. De ello no puede deducirse que Abraham fuera, en la muerte, el centro para los creyentes del AT hasta que Cristo, después de Su muerte, abrió la puerta del paraíso, también para Abraham. El paraíso estaba —por decirlo así— abierto para los creyentes de todos los tiempos. El paraíso siempre estuvo allí, porque es la presencia de Dios ante Su trono celestial.

2.10.11 ¿Un descenso de Jesús a los infiernos?

En realidad, la pregunta de si el Señor Jesús descendió a los infiernos sobra, porque ya ha sido respondida desde diversos aspectos. Algunas confesiones de fe, que a su vez han sufrido cambios una y otra vez, confiesan a Jesús como Aquel que descendió a los infiernos o al reino de la muerte. Lutero, y otros con él, tradujeron «Hades» por «infierno» (*Hölle*), y de ahí surgió la idea del «descenso a los infiernos» de Cristo.

Para fundamentar un «descenso a los infiernos» se aduce, por ejemplo, Efesios 4:8-10:

«Por lo cual dice: “Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres”. Y eso de que subió, ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra? El que descendió es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo.»

Aquí se trata de la exaltación y de la profundidad de la humillación de Jesús. El punto más bajo de Su humillación fue la muerte. Ya era una condescendencia que Él, Dios el Hijo, estuviera como hombre *sobre* la tierra (cf. Filipenses 2:5-11). Pero por nosotros llegó incluso a la muerte y fue sepultado. Eso es lo que se quiere decir con «*las partes más bajas de la tierra*», tal como lo expresa también el versículo siguiente.

114. Génesis 25:8; cf. Moisés en Números 27:13 (véase el apartado 1.5.3).

En Mateo 12:40 se trata de la muerte física, no de la permanencia en el reino de los muertos.

«Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches.»

A partir de la cita del Salmo 16:10 en Hechos 2:27 se podría llegar a la conclusión de que el Señor Jesús estuvo en el Hades:

«... porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción.»

Pero este versículo no es una prueba de que el Señor estuviera realmente en el Hades. Véase al respecto la explicación en 2.1.8. (y también el apéndice)

2.10.12 Conclusión

No me canso de subrayar que el Señor Jesús, después de Su muerte, no fue al Hades, y mucho menos al infierno. Fue al paraíso, como Él mismo había dicho al malhechor en la cruz.

El descenso al Hades con el fin de predicar allí no encuentra ningún otro punto de apoyo en la Escritura. Además, una predicación allí, fuera cual fuera su contenido, no tiene sentido. Todos los muertos, incluidos los ángeles caídos, son guardados sin oportunidad de arrepentimiento hasta su juicio, donde se verán confrontados con el poder judicial de Cristo.

El destino del pecador impenitente es un estímulo para los creyentes a no callar a pesar de las dificultades y a ser, como Noé, pregoneros de justicia.

Preguntas para profundizar

- ¿Quiénes son los «espíritus» de 1 Pedro 3?
- ¿Quién les predicó y cuándo sucedió?
- ¿Dónde estuvo el Señor Jesús entre Su muerte y Su resurrección, y dónde no?
- ¿Por qué?
- ¿Cómo usa Pedro este pasaje para animar a los creyentes de entonces (y a nosotros hoy)?

2.11 Vivencias en el morir y experiencias cercanas a la muerte

Con el testimonio de la Sagrada Escritura hemos obtenido una imagen clara del más allá. Pero en nuestro tiempo esta imagen no solo se ve confrontada con opiniones teológicas o doctrinales erróneas, sino también con vivencias en la cercanía de la muerte, es decir, vivencias en el morir y experiencias cercanas a la muerte. Se trata de personas que estuvieron «clínicamente» muertas y fueron reanimadas, pero que no estaban «biológicamente» muertas. Se encontraban «en algún lugar» de la zona entre la muerte y la vida. No estaban muertas en el sentido en que yo siempre he presupuesto la muerte en mi estudio, es decir, como algo irreversible y definitivo.

Para entender mejor qué se entiende por muerte clínica, cito a un médico: «La muerte clínica significa, por un lado, la parada respiratoria, es decir, el fallo total de la absorción de oxígeno del aire ambiente y de la expulsión de dióxido de carbono al entorno. Significa además la parada cardíaca, es decir, la paralización completa de la circulación. Cuando se ha producido la muerte clínica, el electrocardiograma muestra en la pantalla la llamada línea cero, es decir, ya ninguna curva cardíaca. La muerte clínica es reversible dentro de un lapso de tiempo muy limitado, por ejemplo mediante impulsos de descarga eléctrica muy fuertes. Si la reanimación no tiene éxito, a los pocos minutos sobreviene la “muerte biológica”. La muerte biológica significa que los distintos sistemas orgánicos, sobre todo el cerebro, cesan en su función... Más allá del umbral de la muerte biológica, por regla general no hay retorno.»¹¹⁵

En esta zona entre la vida y la muerte «definitiva» se han presentado fenómenos de los que ahora quiero ocuparme.¹¹⁶ No se trata de personas que volvieron a la vida mediante una resurrección, sino de aquellas que estuvieron *clínicamente* muertas solo durante muy poco tiempo. Durante ese tiempo su alma —su conciencia— abandonó el cuerpo. Por ejemplo, vieron cómo los médicos luchaban por su vida en el quirófano. Hablan de encuentros con amables seres de luz y con viejos conocidos en un entorno agradable. Ya no querían volver a su cuerpo. Estas vivencias positivas no solo las relatan cristianos, sino también

115. Dr. med. Hartmut Maier-Gerber, *Sterben – Der Höhepunkt des Lebens*, Wuppertal, 1994, pp. 20 s.; citado en R. Moeckel, *Ist Sterben doch ganz anders*, Sehnde.

116. Yo mismo no he tenido ninguna vivencia en el morir, ni conozco personalmente a nadie que la haya tenido. Por eso la valoración de estos fenómenos se hace únicamente a partir del material escrito que tengo a mi disposición y que es accesible a todos.

personas que no tienen nada que ver con la fe en Cristo. Para ellos, después de una vivencia así, la muerte ya no tiene nada de temible, y transmiten esta experiencia como una buena noticia.

Los cristianos tienen que poder tomar una postura clara ante estos fenómenos, porque estos relatos ponen la muerte en nuestra sociedad bajo una luz nueva, casi atractiva. El último enemigo del hombre parece estar vencido, porque con estas experiencias la muerte es el paso a un mundo perfecto, marcado por el amor. «Wir kommen alle, alle in den Himmel» [Todos, todos vamos al cielo] es entonces una canción que se puede cantar con razón. O se queda en esto: «Todo saldrá bien».

Desde las publicaciones del Dr. Raymond Moody, Robert A. Monroe, E. Kübler-Ross y otros, estas ideas sobre la muerte se han difundido ampliamente. La señora Kübler-Ross resume en pocas palabras el mensaje de los investigadores de la muerte: «Dios no es un ser que castiga y condena. Lo que sabemos por personas que han regresado es la seguridad de que todo ser humano, después de su tránsito, podrá experimentar el sentimiento de la paz, del equilibrio y de la plenitud total»¹¹⁷.

¿No son descubrimientos espectaculares? En efecto, es más importante desvelar el misterio de la muerte y del más allá que el hecho de que un ser humano aterrice en la Luna o en Marte. Por fin, así parece, hay una mirada al otro lado, y esta nos quita el miedo a la muerte, porque allí no hay ningún Dios ante el cual uno tenga que rendir cuentas de su vida. Todo esto se reviste de un barniz científico, de modo que estos descubrimientos parecen serios y fiables.

2.11.1 ¿Qué hay de cierto en estos relatos?

Estos relatos deben considerarse con gran cautela. Las exposiciones de los autores mencionados no pueden tomarse en serio palabra por palabra, porque a menudo están marcadas por una cosmovisión pagana, por el espiritismo y por el movimiento de la Nueva Era, y los fenómenos se interpretan también conforme a esa cosmovisión. Sin embargo, hay motivos suficientes para tomar en serio estos fenómenos extraordinarios y no dudar de su veracidad. Son demasiadas las personas, tanto cristianas como no cristianas, que han vivido algo así. Rechazar los relatos como fantasmagoría e imaginación sería una conclusión demasiado

117. Elisabeth Kübler-Ross, *Über den Tod und das Leben danach*, Berlín, 1994, p. 44.

simple, e incluso falsa. Pero ¿qué debemos pensar realmente de ellos, y cómo pueden clasificarse y valorarse bíblicamente estos relatos?

2.11.2 ¿Vivencias en el morir en la Biblia?

La primera pregunta es siempre si encontramos en la Palabra de Dios fenómenos de este tipo. Como tenemos relatos de resurrecciones, observemos a las personas correspondientes.

El relato más conocido es la resurrección de Lázaro por Jesús (Juan 11). Este relato dice que Lázaro llevaba ya cuatro días muerto y que la descomposición de su cuerpo había comenzado. Aquí tenemos que partir de la muerte biológica. El Señor de la vida y de la muerte llamó a Lázaro de vuelta a la vida. Fue un milagro y una señal para testimonio a los judíos.

Es notable que no se relate nada de lo que Lázaro vivió durante el tiempo de su muerte. De todos modos, de Lázaro casi no se relata nada, pero aquí sin duda habría habido algo que contar. Sus declaraciones sobre el más allá habrían tenido una dimensión muy distinta de lo que hoy llegamos a oír.

Las otras dos resurrecciones realizadas por Jesús no son menos espectaculares. Está la hija de Jairo (Marcos 5:22; Lucas 8:41) y el joven de Naín (Lucas 7:11). También ellos estaban biológicamente muertos y fueron resucitados por el Señor Jesús, el Autor de la vida (Hechos 3:15). Tampoco de ellos se relata nada sobre experiencias en el más allá.

Lo mismo vale, por cierto, para todas las demás resurrecciones que se relatan en el AT o en el NT.

Incluso Jesús, que durante Su muerte, según Sus propias palabras, estuvo en el paraíso, no relató nada sobre esa estancia. ¿No habría podido contar lo glorioso que es el paraíso y qué gozo hubo allí cuando se encontró con los creyentes de todos los tiempos?

Llama la atención que Dios, en Su Palabra, hable de una sola vivencia que nos confirma la existencia del paraíso sobre la base de un relato de experiencia. Fue Pablo, quien fue arrebatado al tercer cielo, al paraíso (2 Corintios 12:1-4).

Por otra parte, el hecho de que en la Biblia no se relate nada de tales experiencias (salvo una excepción) no es todavía una prueba de que no existan. Sin embargo, pone en claro algo fundamental. Dios no da pruebas, porque no lo necesita. En Su Palabra deja claro, de manera suficiente e inequívoca, que existen el paraíso y el Hades, así como el cielo y el infierno.

Esto se ve con mucha claridad en el pobre Lázaro y el rico de Lucas 16. El rico se encontraba en el Hades, en tormentos, y sabía que sus hermanos, si no se convertían, un día lo seguirían a este lugar terrible. Vivían como él había vivido. Él veía la única posibilidad de arrepentimiento para ellos en que alguien fuera enviado a su casa para advertirles con urgencia: «Entonces le dijo: Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento. Y Abraham le dijo: A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos. Él entonces dijo: No, padre Abraham; *pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán*. Mas Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos» (Lucas 16:27-31).

Dios conoce al ser humano y su incredulidad, y sabe que el pecador no reacciona ni siquiera cuando alguien se levanta de entre los muertos. Dios exige del pecador arrepentimiento y obediencia de la fe. El pecador tiene el testimonio de la creación y una conciencia. Además, Dios le ha dado Su Palabra y la predicación del evangelio. El testimonio de la Sagrada Escritura es, en principio, suficiente. Los seres humanos exigen pruebas y señales; pero la obra de Jesús, con los muchos milagros de las más diversas clases, mostró que incluso las pruebas abrumadoras de Su divinidad no produjeron la conversión del hombre, sino solo un odio aún mayor.

El Señor Jesucristo dijo que iba al paraíso, de donde volvió en la resurrección. Sobre Su tiempo en el paraíso no nos ha comunicado nada. Mi conclusión es que no es importante para nosotros saber algo al respecto. A Él no le interesaba el más allá; le interesaba el más acá, es decir, el reino de Dios en la tierra. A los discípulos les preocupaba cuándo establecería el Señor el reino de Dios. Durante los 40 días después de la resurrección, el Señor Jesús les habló de ello durante muchas horas (Hechos 1:3). También aquí se ve claramente que la Escritura en su conjunto no tiene como centro el más allá o el estado intermedio, sino siempre la consumación en la resurrección y la consumación de los caminos de Dios con toda la creación.

2.11.3 Los apóstoles Pablo y Juan

Las constataciones anteriores no dan una respuesta definitiva a las difíciles preguntas sobre las vivencias en el morir. Pero hemos puesto de relieve un

principio al que debemos recurrir cuando nos enfrentamos a estos fenómenos.

Vemos en Pablo y en Juan, y también en otros creyentes, que hablan del cielo y del paraíso. Juan estaba, al final de su vida, preso en la isla de Patmos (Apocalipsis 1). Allí recibió visiones que dejó por escrito en el libro del Apocalipsis. El Apocalipsis es un relato de vivencias desde el cielo. Juan estaba en el Espíritu en el día del Señor. Eso significa que el Espíritu de Dios vino sobre él y él entró en otro mundo, donde se encontró con el Resucitado. Incluso se dice que fue llamado a subir al cielo. No fue un sueño; fue una realidad que lo sobrecogió de tal manera que escribió con detalle todo lo que vio. No fue ni una vivencia en el morir ni una experiencia cercana a la muerte. Pero deja claro que Dios concedió a personas experiencias por medio de las cuales entraron en contacto con el cielo, con ángeles y con el Señor Jesús mismo. Profetas como Isaías (por ejemplo, el capítulo 6), Daniel, Ezequiel y otros tuvieron la misma experiencia. Pero en estas personas se trata del cumplimiento de su ministerio especial como profetas que redactaron los escritos del AT y del NT. No son, por tanto, vivencias en el morir «corrientes».

Así ocurrió también con Pablo: «Ciertamente no me conviene gloriarme; pero vendré a las visiones y a las revelaciones del Señor. Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) *fue arrebatado hasta el tercer cielo*. Y conozco al tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), que *fue arrebatado al paraíso*, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar» (2 Corintios 12:1-4).

En el caso de Pablo podría tratarse de una vivencia en el morir y de una resurrección. Entre la redacción de la segunda carta a los Corintios y la lapidación de Pablo en Listra, tal como se relata en Hechos 14:19, hay 14 años. Una lapidación no se daba por terminada hasta que no se había asegurado que el lapidado estaba realmente muerto. Arrastraron a Pablo fuera de la ciudad porque estaban convencidos de que estaba muerto. Pero entonces Pablo simplemente se levantó —aquí no se habla de intentos de reanimación por parte de los discípulos— y volvió a entrar en la ciudad. Eso es un milagro. O bien Pablo fue resucitado, o bien volvió en sí por sí solo. ¿Fue arrebatado al paraíso durante este suceso? No podemos probarlo, pero tampoco excluirlo. El ejemplo del apóstol deja claro que, en principio, puede haber experiencias extraordinarias en el más allá, en este caso de creyentes.

Así también el mártir Esteban vio literalmente, no en un sueño, los cielos abiertos (Hechos 7:55-56). No fue una vivencia en el morir, aunque poco después le sobrevino la muerte por lapidación. Tampoco hoy deberíamos excluir por principio una revelación de este tipo.

2.11.4 Vivencias en el morir: cielo e infierno

La gran cantidad de vivencias en el morir en nuestro tiempo se debe en muchos casos a los modernos medios técnicos que hacen posible la reanimación. El alto grado de tecnificación de nuestra sociedad plantea preguntas que la Escritura no trata directamente. Aquí tenemos que buscar respuestas o principios que solo podemos encontrar con la ayuda del Espíritu de Dios en Su Palabra. La Palabra de Dios es actual y vinculante también en nuestros días, aunque a veces no sea fácil aplicarla a las preguntas de nuestro tiempo. Una comprensión de la Escritura viva y obrada por el Espíritu se distingue precisamente por aplicar la Palabra de Dios en nuestro tiempo y por reconocer y discernir los tiempos en su dimensión espiritual (1 Crónicas 12:32).

En cuanto a las vivencias en el morir, es importante que también hay vivencias extremadamente negativas. Tan distintos como son el cielo y el infierno, igual de distintas son también las experiencias en las vivencias en el morir. Hay personas que hablan de vivencias del infierno, de tormentos y de demonios. Estas vivencias de terror no se cuentan en los superventas, porque distorsionan la bella imagen de la muerte con sus vivencias positivas y apuntan a la posibilidad de que, después de todo, exista un infierno y un castigo por los pecados. Algunas personas reprimen y olvidan pronto lo vivido; otras buscan la salvación en Cristo.

Con esta información, que el Dr. Rawlings¹¹⁸ expone detalladamente, ya no puede hablarse, por definición, de que haya un cielo para todos los seres humanos y de que el infierno sea solo un invento de la Iglesia. ¡La cita de la señora Kübler-Ross mencionada arriba es, por tanto, falsa!

Podemos concluir que las vivencias en el morir corresponden a la imagen de la Escritura en la medida en que reflejan ambos lugares o estados del más allá. Es como si el Hades y el paraíso proyectaran sus sombras por adelantado en esta zona entre la vida y la muerte.

118. Dr. med. Maurice S. Rawlings, *Zur Hölle und zurück, Leben nach dem Tod – überraschende Beweise*, Hamburgo (Verlag C.M. Fliß), 1996.

2.11.5 La seducción de las tinieblas

Nos hace desconfiar que personas que no quieren tener nada que ver con Jesucristo y con la Biblia tengan vivencias en el morir positivas y se encuentren con seres angélicos y con conocidos a quienes evidentemente les va muy bien en el más allá. No se encuentran con ningún juez que les pida cuentas, e incluso son protegidas y disculpadas con respecto al mal que han hecho.

Los seres con los que se encuentran son seres amables, de un brillo resplandeciente, que irradian amor. Nuestro juicio sobre estos seres es inequívoco, porque dicen lo que no es verdad: son demonios que imitan la táctica de su jefe supremo, el diablo (2 Corintios 12:7; Apocalipsis 12:8). Este se disfraza como ángel de luz (2 Corintios 11:14) y de este modo hace pasar ante el hombre sus intenciones corruptas por buenas.

En la frontera con el más allá, los espíritus solo están esperando para ejercer su influencia maligna. Esto nos muestra claramente lo cerca de los seres humanos que se encuentran estos espíritus, y no solo en el umbral de la muerte. Estos relatos hacen aún más evidente la presencia de espíritus malignos. Están en el aire y, por tanto, se encuentran entre los seres humanos; también han tomado posesión de algunas personas y habitan en ellas, lo cual se hizo especialmente manifiesto durante la presencia del Señor Jesucristo y por medio de Sus sanidades o liberaciones. Pablo escribe a los efesios: «en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al *príncipe de la potestad del aire, el espíritu* que ahora opera en los hijos de desobediencia» (Efesios 2:2), y: «Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Efesios 6:12).

Me temo que los cristianos a menudo subestiman la actividad y la influencia de los demonios; por eso, lamentablemente, en parte ya han caído víctimas de la astucia del enemigo. Es un ataque tremendamente satánico contra el pensamiento de la humanidad. Se suprime el temor a la muerte. Pero es una mentira descarada. ¿Quién, sino el diablo, tiene interés en presentar la muerte como algo inofensivo y como la entrada a un mundo infinitamente hermoso?

El pobre Lázaro, en el instante de su muerte, fue llevado por ángeles de Dios al seno de Abraham. De estos ángeles leemos: «¿No son todos espíritus

ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?» (Hebreos 1:14). Están, pues, presentes en la frontera entre el más acá y el más allá.

2.11.6 Los que consultan a los muertos son abominación al Señor

Dios ha establecido una frontera clara entre los vivos y los muertos. Prohíbe todo intento de entrar en contacto con los muertos. Los que evocan a los muertos traspasan esta frontera clara. Por eso el juicio de Dios sobre estos hombres y mujeres es muy drástico: «Y el hombre o la mujer en quien hubiere espíritu de evocar a los muertos o de adivinación, ha de morir; serán apedreados; su sangre será sobre ellos» (Levítico 20:27).¹¹⁹

Esta palabra deja claro también que las capacidades —o, mejor dicho, los intentos— de entrar en contacto con los muertos están dirigidos por espíritus malignos que han tomado posesión de los evocadores (1 Samuel 28:7-8). No en último lugar por eso Dios condena tan duramente a estas personas. Por tanto, lo que aquí se percibe no son capacidades humanas, sino fuerzas sobrenaturales cuyo origen es el reino del mal. Se trata claramente de la influencia de poderes malignos.

Por eso está claro también que estos espíritus engañan, porque no pueden hacer aparecer los espíritus de los muertos. Es una mentira que los ángeles caídos, que siguieron a Satanás en su rebelión, sean capaces de apoderarse de los muertos. Su capacidad consiste en imitar a la persona en cuestión de un modo engañosamente real. Engañan a todos aquellos que, por medio de evocadores de muertos, quieren entrar en contacto con los muertos para saber cosas que de otro modo no podrían saber. De esta manera, el diablo amplía su influencia como dios de este siglo.

Por medio de Isaías, Dios exhortó a Su pueblo a consultar a su Dios: «Y si os dijeren: Preguntad a los encantadores y a los adivinos, que susurran hablando, responded: ¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿Consultará a los muertos por los vivos?» (Isaías 8:19).

En este contexto es importante ver que muchos investigadores de la muerte, como por ejemplo la señora Kübler-Ross, tuvieron también un trato intenso con el mundo de los espíritus. Ella habla de sus espíritus, con los que se

119. Véanse además Levítico 19:31; 20:6; Deuteronomio 18:11-12; 1 Samuel 28:3; 2 Reyes 21:6; 1 Crónicas 10:13.

relacionaba a menudo. El diablo, que tiene el imperio de la muerte, conoce el miedo del ser humano a la muerte y lo aprovecha para hacerle creer que la muerte no es un juicio ni la consecuencia del pecado. El hombre no necesitaría, pues, redención, aunque el Vencedor de la muerte la ha llevado a cabo. «No moriréis» fue la mentira del seductor desde el principio (Génesis 3:4), y él encuentra una y otra vez nuevos argumentos para disfrazar esta mentira.

Muchos investigadores de la muerte son espiritistas y están vinculados al movimiento de la Nueva Era. Por eso no pueden ser sino personas seducidas.

2.11.7 Saúl y Samuel

El episodio de Saúl y la evocadora de muertos de Endor, en 1 Samuel 28, es una excepción notable. Aunque Saúl cometió aquí un gran error y los evocadores de muertos no pueden hacer subir a los muertos, en este caso Samuel apareció realmente. Dos cosas lo dejan claro: en primer lugar, no fue la mujer quien hizo aparecer a Samuel. Él apareció sin que ella interviniera. El espanto de la mujer muestra que aquí ocurrió algo completamente distinto de lo que ella estaba acostumbrada. Ella no controlaba la situación. Jamás el profeta de Dios habría sido hecho aparecer por un espíritu de adivinación. En segundo lugar, Samuel dijo claramente la verdad, que Saúl ya conocía. No fue, pues, un espíritu cualquiera que se hiciera pasar por Samuel y le mintiera a Saúl. Samuel apareció aquí como más tarde aparecieron también Moisés y Elías en el monte de la transfiguración.

Este episodio confirma, por tanto, que los muertos no pueden ser traídos por evocadores ni por espíritus demoníacos. Eso solo puede hacerlo Dios, y solo lo hizo aquí, en lo que la Escritura relata. Sencillamente no hay intercambio entre el mundo de acá de los vivos y el mundo del más allá de los muertos. Entre los vivos y los difuntos hay una separación que no puede romperse. Con esto no me refiero al mundo de los demonios, que sí intenta entrar en contacto con el mundo de acá. Pero los demonios ya no tienen nada que ver con los difuntos.

2.11.8 Seducción anticristiana en el tiempo del fin

Los problemas morales y éticos que surgen por el desarrollo técnico, que avanza a gran velocidad, son una señal del tiempo del fin. Las vivencias en el morir, que solo la técnica ha hecho posibles a gran escala, abren también la puerta a los

demonios y a sus doctrinas: «Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios» (1 Timoteo 4:1).

Ya hoy los acontecimientos del tiempo del fin, tal como se describen en el Apocalipsis, proyectan sus sombras por adelantado: *«pues son espíritus de demonios, que hacen señales, ...»* (Apocalipsis 16:14). El espíritu del anticristo ya está operando y, después del arrebatamiento de la iglesia, se desplegará plenamente en una medida nunca conocida. Hará señales y prodigios, y no sabemos cuánto margen deja Dios a Satanás para hacer milagros que solo se atribuirían a Dios. Pablo escribió a los tesalonicenses: «Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es *por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos*, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos» (2 Tesalonicenses 2:8-10).

Menciono estos versículos porque describen exactamente la situación actual. También las vivencias en el morir que no corresponden en absoluto a la Palabra de Dios forman parte del programa de Satanás para el tiempo del fin. Él no deja escapar ninguna oportunidad, y esto es solo el comienzo.

2.11.9 Conclusión¹²⁰

¿Qué debemos pensar, pues, de las vivencias en el morir? No se puede responder a esta pregunta con una sola frase. Algunos aspectos de las vivencias en el morir son muy complejos y tocan cuestiones de la psicología, de la parapsicología y de lo oculto. Por eso cierro este capítulo con algunas constataciones fundamentales, con cuya ayuda se puede llegar a un juicio claro.

En las personas con vivencias en el morir, es decir, en las personas que «volvieron», la muerte no fue la muerte irreversible, por lo que sus vivencias no informan realmente sobre el más allá.

No estuvieron ni en el cielo ni en el infierno. «Morir» no es lo mismo que «estar muerto». Ir en dirección a Múnich y dar la vuelta por el mismo camino no significa haber llegado a Múnich, y mucho menos vivir allí.

120. Para un estudio más detallado de las vivencias en el morir recomiendo los libros de John Ankerberg y John Weldon (véase la bibliografía).

Si lo que vivieron correspondía al cielo o al infierno,¹²¹ entonces estamos ante un ámbito entre la vida y la muerte sobre el cual la Sagrada Escritura no dice nada. Sin embargo, a partir de los muchos testimonios sobre tales vivencias, concluimos que en la zona en la que el alma abandona el cuerpo por poco tiempo,¹²² pueden acercarse espíritus al alma, tanto ángeles de Dios como también demonios, los ángeles de Satanás (2 Corintios 12:7). La seducción de Satanás consiste en hacer creer a estas personas en un cielo engañoso, aunque están perdidas. Las informaciones traídas del «más allá» no corresponden, en la inmensa mayoría de los casos, a la verdad de la Biblia.

El tiempo del fin está marcado por una seducción demoníaca que tampoco se detiene ante los cristianos. Mucho de lo que se relata está impregnado de las ilusiones de los autores y supuestos investigadores; otras cosas son simplemente un fraude. En la mayoría de los casos, la cosmovisión de los llamados investigadores de la muerte corresponde al movimiento de la Nueva Era, al misticismo y a las religiones y filosofías orientales. Solo por eso estas personas están entregadas sin defensa a la seducción satánica.

Cuando cristianos confesantes tienen vivencias en el morir, una cosa debe permanecer siempre firme: el canon de la Sagrada Escritura está cerrado. No habrá nuevos conocimientos que pudieran revelarnos algo que no supiéramos ya por la Biblia. Los cristianos que han tenido tales vivencias no deberían sacar conclusiones teológicas, sino preguntarse qué quiere decirles Dios por medio de lo vivido con respecto a su vida espiritual personal.

Oremos para que podamos discernir los espíritus (1 Corintios 12:10; 1 Juan 4:1) y adoptar una posición clara y bíblica.

Preguntas para profundizar

- ¿Qué respondería usted a una persona que afirma haber muerto y haber vuelto?
- Por otro lado, ¿cómo responde usted a la objeción: «¡Al fin y al cabo, nunca ha vuelto nadie!»?
- ¿Por qué las vivencias en el morir no informan sobre el cielo y el infierno?

121. También hay personas que estuvieron clínicamente muertas y no vivieron nada en absoluto.

122. Experiencias similares pueden provocarse con drogas y, por tanto, no tienen necesariamente que ver con la muerte. Hay innumerables relatos de personas que, sin haber tenido una vivencia de muerte, han tenido una experiencia fuera de su cuerpo.

- ¿Cómo debería reaccionar un cristiano que ha tenido una vivencia en el morir?
- ¿Por qué las vivencias en el morir no pueden sacar a la luz nuevos conocimientos?

3 La imagen bíblica del ser humano

El uso del término «espíritu-alma» obliga a examinar la imagen bíblica del ser humano. En general, los temas «muerte» e «inmortalidad del alma» no pueden entenderse realmente si no se examina al ser humano y lo que lo constituye. Esto se hará aquí de forma limitada y con vistas a nuestro tema. Sin embargo, la Biblia no es un manual de antropología¹²³ que hable de manera exhaustiva sobre el ser humano en un solo lugar. Además, no habla del ser humano en el lenguaje de los teólogos o de los psicólogos, sino en el lenguaje cotidiano. El lenguaje bíblico es variado y a menudo usa la misma expresión con distintos significados. No solo por eso el tema es difícil y extenso; por tanto, requiere esfuerzo obtener una visión de conjunto. Aunque el tema sea difícil y existan diversas opiniones al respecto, el creyente no debería dejar que eso le impida ocuparse de él. ¡Porque se trata de él mismo, de cómo Dios lo creó, de cómo Dios lo quiso! En ello se reconocen la grandeza y la sabiduría de Dios.

Quien toma en la mano la Palabra de Dios sobre este tema encontrará varios términos que describen elementos constitutivos del ser humano. Son palabras como «corazón, espíritu, alma, riñones, huesos, carne, cuerpo, pensamientos, conciencia, mente, voluntad», etc. Estos términos deben examinarse en su contexto.

Al hacerlo se constatará que los términos se usan con una variedad de significados y traducciones. Al final del estudio no habrá, por tanto, una solución en la que tengamos definiciones impecables e inequívocas. Pero los términos esenciales estarán más claros, y podremos ubicar mejor muchos de ellos. Se podrá reconocer una estructura u orden general que podemos llamar la imagen bíblica del ser humano.¹²⁴

Mi estudio tampoco es un trabajo exhaustivo en sí mismo y al margen de todo contexto. Se hace especialmente con vistas a la opinión errónea de que el

123. Doctrina del ser humano.

124. En principio, en este estudio hay que partir de que el ser humano en toda su constitución, es decir, todos sus elementos constitutivos, ha quedado bajo los efectos del pecado, y por eso ninguno de ellos puede considerarse neutral o no afectado por el pecado. En este punto se hace evidente que las imágenes del ser humano en general están en abierta contradicción con la imagen bíblica del ser humano. En los psicólogos y filósofos que no conocen al Creador y, por tanto, rechazan Su revelación, difícilmente encontraremos respuestas que tengan en cuenta la caída o la responsabilidad ante el Creador.

ser humano, después de la muerte, ya no existe de ninguna manera. Se afirma que el ser humano no posee un alma ni un espíritu como elementos distintos del cuerpo. Al ser humano se lo ve *exclusivamente* en su totalidad y unidad, que es destruida por la muerte. En consecuencia, la muerte significa la no existencia hasta la nueva creación en la resurrección. El espíritu y el alma, sede y centro de la personalidad del ser humano, serían por tanto temporales y perecederos como el cuerpo.

Puesto que ya he mostrado detalladamente que hay conciencia después de la muerte, no sorprende que estas opiniones falsas se basen en una imagen del ser humano que no corresponde a la de la Biblia.

3.1 ¿De qué consta el ser humano?

Como ya se ha indicado, hay en el AT y en el NT varios términos que designan elementos constitutivos del ser humano. Y no son los términos «espíritu» y «alma» los que ocupan el primer lugar, sino que es el «corazón» el que, más que todos los demás términos, describe el ser del hombre. «Corazón» aparece más de mil veces en la Biblia, y con distintos significados. El corazón del ser humano —no el músculo hueco que bombea la sangre— es, en sentido figurado, el centro del ser humano, su ser más íntimo y, por tanto, también oculto.

El ser humano, como corona de la creación y como imagen de Dios, es un ser sumamente complejo. Sería demasiado simple dividirlo en dos o tres elementos. El ser humano no consta de «sustancias» que puedan descomponerse, sino que forma una unidad con distintos aspectos. Un aspecto¹²⁵ describe al ser humano desde un determinado punto de vista o ángulo. Nosotros consideramos al ser humano bajo el aspecto de su existencia por encima del tiempo. Nuestra pregunta es qué sucede con el ser humano en la muerte.

Es notable que esta pregunta toque a menudo los elementos o aspectos constitutivos que se llaman «espíritu» y «alma».¹²⁶ El corazón, que más que todos los demás términos es *el* término antropológico por excelencia de la Biblia, apenas se menciona, o no se menciona en absoluto, en este contexto.

125. Véase al respecto, de forma detallada, W.J. Ouwenel, *Psychologie, Ein Bibelorientiert-Wissenschaftlicher Entwurf*, Dillenburg (CVD), 1993, pp. 61-67.

126. Por ejemplo, Génesis 8:21; Deuteronomio 6:5; 26:16; Proverbios 4:23; Mateo 22:37; Marcos 7:21; Romanos 1:21; 2:15; 10:9.

Dos pasajes de la Escritura servirán como punto de partida para mi estudio. Uno se remonta a la creación del ser humano; el otro apunta hacia el futuro:

«Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un alma viviente» (Génesis 2:7), y:

«Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo» (1 Tesalonicenses 5:23).

En estos versículos encontramos los términos «espíritu», «alma» y «cuerpo» en relación con el origen o la creación del ser humano y con vistas a su futuro. Pablo habla de la venida del Señor, y para él, en este pasaje bíblico, el ser humano entero consta de espíritu, alma y cuerpo. La expresión «os santifique *por completo*» subraya expresamente esta verdad. Este «orden» de los elementos constitutivos lo encontramos, en efecto, una sola vez en la Palabra de Dios, y precisamente aquí. De este pasaje muchos deducen una división exclusivamente tripartita del ser humano.¹²⁷ Si así fuera, ¿dónde quedaría entonces el corazón del ser humano, y cómo se explicarían todos los demás términos mencionados arriba? Pablo no limita al ser humano en general a estos tres aspectos, pues también él usa otros términos en sus cartas. Aquí tiene ante sus ojos el futuro y dice que el ser humano entero, en su diversidad, en todos sus aspectos, es guardado para el día de Cristo.

Para Pablo es importante tener esta visión del ser humano con vistas al futuro. Y su visión no es otra cosa que la ascensión y el resumen de todos los pasajes de la Escritura contenidos en el AT que, partiendo de Génesis 2:7, dicen algo sobre la constitución del ser humano. No puede ser de otro modo, ya que la Sagrada Escritura, compuesta por el AT y el NT, forma una unidad ensamblada por Dios. Así, la imagen del ser humano de Pablo corresponde

127. No sigo aquí la vieja controversia sobre si el ser humano, en sentido bíblico, existe de forma dicotómica (en dos partes) o tricotómica (en tres partes). Prefiero el enfoque según el cual no existe esa delimitación clara entre alma y espíritu, debido a sus múltiples significados. Resulta útil, por tanto, la siguiente constatación: «Desde el punto de vista funcional, en el ser humano vivo, si se tiene en cuenta su totalidad, se puede hablar perfectamente de espíritu, alma y cuerpo, como sucede, por ejemplo, en 1 Tesalonicenses 5:23. Pero sustancialmente sigue siendo cierto que el ser humano consta solo de dos “partes”: la parte trascendente del espíritu-alma y la parte inmanente del cuerpo. Así, se podría hablar de una dicotomía sustancial y de una tricotomía funcional. El alma no tiene, pues, una existencia propia, independiente del cuerpo y del espíritu, aunque tampoco es completamente idéntica al espíritu, sino que siempre —también después de la muerte de una persona— sigue siendo distinguible» (Roland Antholzer, *Geist, Seele und Leib – der Mensch in seiner Beschaffenheit*).

plenamente a la revelación de Dios tal como ya había sido dada en el AT. No es, pues, una imagen del ser humano nueva, ni mucho menos griega, sino, si se quiere, una imagen del ser humano hebrea o judía.

Pablo menciona un orden determinado, en el que pone en primer lugar el espíritu del ser humano. Sin embargo, con ello el cuerpo, por estar en último lugar, no queda desvalorizado¹²⁸. Por qué se elige este orden se desprende de la creación del ser humano, donde el espíritu (aliento de vida) es el elemento esencial que hace del hombre un ser humano como imagen de Dios.

3.2 El espíritu del hombre

Las afirmaciones principales del AT sobre la creación del ser humano dicen:

«Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza... Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó» (Génesis 1:26-27).

«Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un alma viviente» (Génesis 2:7).

Aquí vemos al primer hombre, al principio sin vida, formado del polvo de la tierra. Luego viene el proceso de vivificación, único en el relato de la creación: Dios sopla el aliento de vida en su nariz. El resultado es el ser humano vivo, con un cuerpo material formado de la tierra, la única criatura que tiene en sí el aliento de vida de Dios. El aliento de vida entra en él y permanece allí; pertenece con ello a su constitución.¹²⁹ Lo hace ser humano como imagen de Dios.

3.2.1 El aliento de vida

El aliento de vida, que Dios dio de sí mismo, corresponde al espíritu humano, como lo llama también Pablo en 1 Tesalonicenses 5.¹³⁰ La palabra «aliento» se traduce de diversas maneras. Esta palabra tiene un amplio espectro de

128. No obstante, es un orden que el cristiano debería tener en cuenta: las necesidades del cuerpo pueden resultar una carga superflua y, por tanto, un obstáculo para el desarrollo espiritual. Por eso dijo Pablo: «golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre» (1 Corintios 9:27). No quería estar «determinado por el cuerpo», sino estar determinado por su espíritu, que es renovado por el Espíritu Santo. Su cuerpo debía ser instrumento de su espíritu y seguir sus pensamientos, no al revés.

129. Composición, constitución, orden.

130. Esto lo atestigua varias veces el AT: Job 27:3; 32:8; 33:4, 6; 34:14-15; Isaías 42:5; 57:16; 1 Reyes 17:17, 21 en relación con Salmo 104:29-30 y Ezequiel 37:1-14.

significados. Se refiere a Dios, al ser humano y a los animales. Uno de sus significados es que el aliento de vida es el espíritu que Dios ha dado al ser humano, el cual le es insuflado como el elemento más esencial de su constitución, a diferencia del animal.

Por medio del espíritu que Dios da a cada ser humano,¹³¹ el ser humano llega a ser una persona independiente, es decir, un «yo» y, con ello, también un «tú» para Dios. El concepto de «persona», que nos es tan familiar, tiene precisamente aquí su origen. Dios es un Dios infinito y, sin embargo, personal; Él es el Creador y Sustentador del ser humano.

El ser humano creado a imagen de Dios es una persona cuya personalidad se deriva de la personalidad de Dios.

3.2.2 El espíritu que viene de Dios y el espíritu del hombre

Si el espíritu que Dios da hace del ser humano una persona, al formar Él el espíritu del hombre, entonces tenemos que distinguir claramente dos aspectos de este espíritu que son de gran importancia para nuestro tema. Por un lado, es y sigue siendo el espíritu que viene de Dios. Eso no hace al ser humano igual a Dios, sino que posee este espíritu como *don*, en dependencia del Dador, así como las hojas de un árbol solo tienen fuerza y vida en unión con el árbol. En este sentido hay que entender también la afirmación de Pablo cuando dice a los griegos en el Areópago que somos «linaje de Dios» (Hechos 17:28-29; cf. la genealogía de Jesús en Lucas 3:38, donde Dios figura al principio como origen del género humano: «de Adán, *de Dios*»).

El segundo aspecto reside en la existencia propia y humana de este espíritu. El espíritu que viene de Dios se convirtió en el ser humano en el *espíritu del hombre*, que hace de él una persona (Romanos 1:9; 1 Corintios 16:18; 2 Corintios 2:13; 7:13; Filipenses 4:23; 2 Timoteo 4:22; Filemón 25).

Así se habla también del espíritu (aliento) «de ellos» —es decir, del ser humano—, que desfallece delante de Dios (Isaías 57:16). Aquí se trata del espíritu humano en su debilidad y fragilidad, a diferencia del espíritu que viene de Dios, que no puede desfallecer.

131. El «espíritu que viene de Dios» no debe confundirse con el Espíritu Santo, al que llamamos la tercera Persona de la Deidad. Es el espíritu que viene de Dios, pero no como persona, sino como fuerza vivificadora. Es lo que Dios ha dado de sí mismo al ser humano.

El espíritu es el ser más íntimo del hombre (Salmo 32:2; también llamado corazón: Marcos 7:20-23; Isaías 57:15; 1 Corintios 7:34)¹³². Es el centro del sujeto, el «yo» como persona (Isaías 26:9). Este espíritu que viene de Dios confiere al ser humano la semejanza con Dios («Dios es Espíritu»; Juan 4:24) y constituye su humanidad, tal como Dios la quiso.

El espíritu no es, como a menudo se supone, el entendimiento del ser humano. Esta opinión tiene su origen en la filosofía griega, donde el espíritu equivale a «entendimiento» y «conocimiento». Esta opinión oscurece la imagen singular del ser humano que presenta la Biblia. La Biblia misma pone de relieve la diferencia entre «espíritu» y «entendimiento», aunque el espíritu piensa y también siente. El pensar, que atribuimos al entendimiento, es solo *una* función del espíritu (Proverbios 20:27; 1 Corintios 2:11; 14:14; Isaías 29:24).

El espíritu del hombre es también el «lugar» en nosotros al que Dios puede hablar. Es el punto de contacto y la antena para la obra de Dios en el ser humano (Proverbios 20:27). Así, por ejemplo, el Espíritu Santo da testimonio a nuestro espíritu (es decir, al espíritu humano) de que somos hijos de Dios (Romanos 8:16). Sin embargo, Dios se dirige al ser humano entero. El espíritu es la entrada para el hablar de Dios, pero cuando el ser humano se somete a Dios, es el ser humano entero el que se pone al servicio de Dios.

El espíritu del hombre es lo esencial del ser humano, tanto en el creyente como en el incrédulo (Génesis 41:8; 45:27; Esdras 1:1, 5; Daniel 6:3). Pero sin el Espíritu Santo, el espíritu del hombre es carnal (Romanos 8:4-8), incapaz de entrar en relación con Dios.

La orientación hacia Dios del ser humano caído en el pecado y de su espíritu humano se expresa claramente en las religiones. En su orientación hacia Dios, el ser humano no se dirige a su Creador, sino a los ídolos, detrás de los cuales están los demonios.

El punto esencial para nuestro estudio es que el espíritu dado por Dios posee la cualidad de la inmortalidad. Es cierto que la inmortalidad del espíritu humano no se menciona explícitamente, pero se deduce del hecho de que el aliento de Dios no puede morir. Es el aliento, o el espíritu, del Dios eterno (Romanos 16:26). Sin embargo, el aliento de Dios, que todo ser humano tiene en sí desde el principio, no es el Espíritu Santo como Persona de la Deidad. Solo de los hijos de Dios se dice que el Espíritu Santo mora en ellos. Con el aliento de Dios

132. Cf. «*bombre interior*» en 2 Corintios 4:16, donde, sin embargo, describe la nueva vida del creyente.

no se quiere decir precisamente la Persona del Espíritu de Dios, sino el aliento de Dios como algo que corresponde a la vida de Dios y que, por tanto, es la fuerza vivificadora del ser humano. Este aliento de Dios procede de Dios según su naturaleza y su «sustancia». Si el ser humano tiene este espíritu, entonces su espíritu tiene que ser también —siempre en dependencia del Dios eterno— inmortal o, lo que es lo mismo, de existencia por encima del tiempo.

Lo repito en este punto: el ser humano tiene el aliento de Dios como un don que es decisivo para su condición humana. En su existencia propia, constituye al mismo tiempo la persona del ser humano. Por eso es interesante saber qué se dice del espíritu humano en relación con la muerte.¹³³ El pasaje clásico del libro del Predicador, que se cita a menudo, dice que el polvo, es decir, el cuerpo humano, vuelve a la tierra y el espíritu vuelve a Dios que lo dio (Eclesiastés 12:7). El espíritu se ve aquí en su incorruptibilidad, en cuanto que sobrevive a la muerte y a la descomposición del cuerpo. Pero este espíritu no es solo el espíritu que viene de Dios, en cuanto vivifica al ser humano. Es al mismo tiempo el espíritu del hombre, en el que consisten su personalidad y su conciencia del yo. Cuando el espíritu vuelve a Dios, vuelve a Dios con él el espíritu del hombre, es decir, la persona (no solo la vida del cuerpo), y Dios lo recibe, sea para juicio o para bendición.

El espíritu del hombre no está ligado al cuerpo y no perece como el cuerpo en la muerte. Cuando el salmista dice que el espíritu sale y vuelve a la tierra (Salmo 146:4),¹³⁴ no se puede deducir de ello que la persona esté ligada al cuerpo y que lo que constituye el yo se convierta en tierra. La persona del ser humano está ligada a su espíritu (1 Corintios 5:5) y no deja de existir cuando el cuerpo muere y se descompone.

El NT nos muestra cómo el espíritu de la hija de Jairo volvió a la muchacha muerta (Lucas 8:55; Santiago 2:26) y cómo Esteban entregó su espíritu en las manos del Señor Jesús (Hechos 7:59; cf. Lucas 23:46; Salmo 31:5). En este sentido habla también Pedro de los espíritus que ahora están en la cárcel (1 Pedro 3:19). Por un lado, son las personas mismas; por otro lado, como han muerto, se encuentran en un estado espiritual, es decir, no material (Hebreos 12:23).

133. Cf. el apartado 1.7.1.

134. Este pasaje de los Salmos es una prueba de que el término «espíritu» tiene diversos significados y aquí, por ejemplo, significa simplemente «aliento».

3.2.3 Resumen

El concepto de espíritu de la Biblia se distingue fundamentalmente del concepto de espíritu de otras imágenes del ser humano. El espíritu eleva el alma humana a espíritu-alma y hace del ser humano una persona. Es el garante de la identidad del ser humano. El espíritu distingue al ser humano, como imagen de Dios, del animal. Porque el ser humano tiene un espíritu, Dios puede dirigirse a él, y viceversa. Es de existencia eterna, porque es el espíritu que viene de Dios. El ser humano es, por tanto, un ser para la eternidad, referido a un mundo superior e invisible.

3.3 El alma del hombre

Entre el espíritu y el cuerpo del ser humano, Pablo menciona el alma. En la Escritura, el espíritu y el alma aparecen algunas veces en estrecha relación entre sí, de modo que cada término por sí solo (1 Pedro 2:11; Filipenses 1:27) puede designar al hombre interior (2 Corintios 4:16; Salmo 103:1), es decir, el aspecto inmaterial y no visible del ser humano. Y, sin embargo, estos dos términos también se distinguen entre sí (Hebreos 4:12; 1 Tesalonicenses 5:23).

Con frecuencia se ha señalado, sin razón, que el *alma* significa simplemente la vida, en cuanto anima el organismo material del ser humano y del animal (véase Mateo 2:20; 16:25-26; Lucas 12:22). La palabra *alma* tiene también este significado, pero tiene una variedad de significados comparable a la de la palabra *espíritu*.

El *alma* se distingue a menudo del mero significado de «vida». Porque también el *alma*, como el espíritu del hombre, es un componente esencial suyo (Job 19:2; Proverbios 3:21-22; Mateo 10:28; Lucas 12:20; 2 Pedro 2:8).

Así, por ejemplo, el bienestar del alma se contrapone al bienestar del cuerpo y de su vida, y con ello se distingue claramente de este (3 Juan 2). Los hombres pueden matar el cuerpo, pero no el alma (Mateo 10:28). Si en este versículo el alma fuera la vida, sería matada junto con la vida del cuerpo. El Señor Jesús caracteriza aquí claramente el alma como un elemento constitutivo del ser humano que no muere con la muerte del cuerpo. Según las palabras del Señor Jesús, el alma se distingue claramente, como elemento del ser humano, de su espíritu y de su cuerpo (Lucas 17:33; cf. 1 Pedro 2:25; Hechos 14:22).

Como parte del ser humano, el alma, junto al espíritu, es también la expresión del ser humano en su totalidad. Por eso la Biblia usa el término «alma» cuando se trata de contar personas (cf. Génesis 46:25-27; Hechos 2:41).

El alma forma en el ser humano, junto con el espíritu, la personalidad (Lucas 9:24; Hebreos 6:19; 10:39). Representa —como el espíritu— el «yo» del ser humano (2 Corintios 1:23; Isaías 53:11; Lamentaciones 3:24).

Si el alma ocupa una cierta posición intermedia entre el espíritu y el cuerpo, entonces, por un lado, tiene relación con el espíritu, por lo que la llamamos también «espíritu-alma». Por otro lado, está en estrecha relación con el cuerpo, el hombre exterior.

La relación del alma con el cuerpo se expresa claramente cuando leemos que el alma de la carne está en la sangre (Levítico 17:11; Deuteronomio 12:23). El alma del ser humano y del animal se vincula con la sangre (Génesis 9:4-5). Por eso la muerte del ser humano se describe también como el derramamiento del alma (Salmo 141:8; Isaías 53:12). Aun siendo distinta del cuerpo, el alma está en una relación muy estrecha con él, lo cual no vale de esta forma para el espíritu. Por eso se dice en la creación del ser humano que llegó a ser un alma viviente, así como también al animal se le llama alma viviente (Génesis 1:20-21, 24; 2:19; 9:10).

Que el ser humano en su totalidad llegara a ser un alma viviente pone de relieve precisamente la estrecha relación entre el alma y el cuerpo, porque allí se trataba de la vivificación de la tierra, de la materia muerta. En este sentido, y en ningún otro, se llama también al animal «alma viviente». Al animal el Creador no le insufló el alma, que es precisamente lo que sucede en el caso del ser humano. En ello consiste la diferencia esencial entre el animal y el ser humano (Levítico 24:17-18).

En el AT también al cadáver se le llama (en hebreo) «alma» (Números 5:2; 6:6, 11; 19:11, 13). Aquí el alma designa el cuerpo y la figura del ser humano. Así, el cuerpo es al mismo tiempo la forma exterior del alma, pero no su sustancia; es decir, el cadáver no es el alma. No puede serlo, porque el alma sale en la muerte del ser humano (Génesis 35:18). El término «alma», referido al cuerpo humano muerto, designa la figura del alma puramente corporal y material, pero sin alma.

Esta estrecha relación del cuerpo con el alma indica que ella, también después de la muerte del ser humano, está ligada a la forma y figura de «su»

cuerpo humano. Según esto, el alma aparece en «forma corporal» (en el sentido de Lucas 3:22). Sin embargo, este «cuerpo» del estado intermedio ya no es material. Así, el alma aparece después de la muerte también como figura humana y puede ser reconocida como tal.

A esta luz se entiende que Juan vea las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios (Apocalipsis 6:9; 20:4). Si el alma fuera solo la vida, ¿qué habría visto entonces? Evidentemente vio figuras humanas, que reconoció como tales. Más que eso —es decir, que Juan reconoció las almas como figuras humanas— no puede deducirse en cuanto a su corporeidad espiritual en el mundo invisible para nosotros. Aquí se trata de dejar claro que la posibilidad de reconocer a alguien después de la muerte tiene que ver con la apariencia exterior del ser humano, así como en la tierra sucede por medio del cuerpo material.

Estas reflexiones sobre la existencia continuada del alma después de la muerte tocan también la cuestión de la inmortalidad. Ha quedado claramente demostrado que el alma sobrevive a la muerte del cuerpo. Si es inmortal, es decir, de existencia eterna, solo puede responderse en su relación con el espíritu. Puesto que el espíritu, que es inmortal, mora en el alma y está en una unión inseparable con ella en la constitución del ser humano, y puesto que ambos términos expresan a menudo una y la misma cosa, también el alma del ser humano, como espíritu-alma, tiene que ser inmortal. No lo es en sí misma, porque solo Dios es inmortal en sí mismo. Es inmortal porque Dios la sostiene y porque Él quiere que viva y no muera.

3.3.1 Resumen

Aunque, debido a los múltiples significados de la palabra «alma» (755 veces en el AT), no es posible formular una definición, precisamente de esta riqueza se puede deducir lo siguiente: el alma del ser humano es uno de sus elementos constitutivos. Es espíritu-alma y, como tal, se distingue del alma del animal, que no es un *espíritu*-alma. Es el vínculo entre el espíritu y el cuerpo. Es la sede de la personalidad y de la vida individual del yo. Por el espíritu que mora en ella es inmortal y mantiene al ser humano como persona más allá de la muerte del cuerpo. También aquí —como en el caso del espíritu del hombre— se hace evidente que el ser humano es un ser para la eternidad.

3.4 El cuerpo del hombre

También el cuerpo es un elemento constitutivo del ser humano. La parte visible del ser humano es mucho más accesible a nuestra comprensión que su parte invisible y, por eso, nos plantea menos dificultades. Dios ha dado un cuerpo como Él quiso (1 Corintios 15:38). El cuerpo es expresión de la sabiduría de Dios —también después de la caída— y nos llena una y otra vez de asombro por la manera maravillosa en que hemos sido hechos (Salmo 139). El cuerpo de carne y sangre (Hebreos 2:14) hace posible y determina nuestra existencia en el mundo visible. Con el cuerpo vivimos, experimentamos y percibimos el mundo.

Por la muerte, que irrumpió en este mundo por el pecado, el cuerpo, la carne, queda sometido a la muerte y a la corrupción (Romanos 6:23; Isaías 40:6-8; 1 Pedro 1:24). Desde el punto de vista del hombre natural, que no alcanza más allá de la muerte, al ser humano le toca —como dice el Predicador— el mismo destino que a la bestia: vuelve a ser polvo (Eclesiastés 3:19). El hombre exterior se va desgastando (2 Corintios 4:16), como también la apariencia de este mundo (1 Corintios 7:31; Isaías 51:6); es decir, parece como todo lo visible en general (2 Corintios 4:18).

El cuerpo se ha convertido también en instrumento del pecado (Romanos 6). Por eso dice Pablo, cuando habla de la impotencia del hombre esclavizado bajo el pecado: «¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» (Romanos 7:24).

Pero eso no significa que el cuerpo sea una cárcel de la que uno solo queda liberado por la muerte. Esa es una concepción de la filosofía griega, totalmente opuesta a la visión de la Biblia sobre el cuerpo (cf. el apartado 4). El valor que tiene el cuerpo a los ojos de Dios se pone de manifiesto en el mayor misterio de la historia universal: Dios mismo se hizo hombre, Dios manifestado en carne (1 Timoteo 3:16).

Juan dice que el Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros (Juan 1:14). El Señor Jesús se dejó preparar un cuerpo (Hebreos 10:5) para entregarlo a la muerte como sacrificio en la cruz (Hebreos 10:10). Cuando murió, no se despojó para siempre de Su cuerpo, que había ofrecido en sacrificio. En la resurrección recibió, porque es y permanece eternamente verdadero hombre, un cuerpo que está glorificado y que al mismo tiempo es el modelo para todos los creyentes, cuando en la transformación y la resurrección sean revestidos del mismo cuerpo de gloria (Filipenses 3:21; Romanos 8:23).

Por la redención, el cuerpo de los creyentes se ha convertido en morada de Dios (1 Corintios 6:19), porque Dios, el Espíritu Santo, habita en él. Así, el cuerpo, aunque mortal por causa del pecado, es el instrumento por medio del cual Dios es glorificado ahora en la tierra (Romanos 12:1-2; 1 Corintios 6:20). El ser humano entero está puesto al servicio de Dios.

La resurrección de los creyentes es la prueba de que Dios no rechaza el cuerpo ni lo deja atrás porque quizá prefiriera otra forma de existencia. Lo que un día salió perfecto de la mano de Dios, pero fue desfigurado y corrompido por el pecado, será restaurado un día, sobre la base de la muerte y la resurrección de Cristo, para la glorificación de Dios.

La adopción como hijos de los creyentes solo se alcanza plenamente cuando el cuerpo es redimido (Romanos 8:23).

Espíritu, alma y cuerpo, el ser humano entero, están orientados desde la creación hacia la eternidad. El cuerpo solo participará de la inmortalidad en la resurrección. El término «inmortalidad», como opuesto a «mortalidad», se aplica también solo al cuerpo *resucitado* (Romanos 8:11), porque este se ha convertido, por el pecado, en un cuerpo «mortal». Por eso la Escritura no habla de «inmortalidad del alma», porque el alma ni era mortal ni ha llegado a serlo, como sí es el caso del cuerpo.

3.5 Conclusión

Es indiscutible: la Biblia conoce al ser humano en la *unidad* de espíritu, alma y cuerpo. Aunque el ser humano ha caído de su destino de vivir en comunión con Dios, la imagen bíblica del ser humano, tal como se presenta a partir de la creación, se mantiene (Santiago 3:9).

Subrayo que los tres aspectos forman una unidad inseparable y presentan al ser humano en su totalidad, que se mantiene hasta la muerte. La muerte produce una separación provisional entre el cuerpo y el espíritu-alma. Por la resurrección se restablece esta unidad del ser humano.

El ser humano es un ser para la eternidad. Con esto no se quiere decir solo una parte del ser humano, sino el ser humano entero en su unidad y, al mismo tiempo, en su diversidad en cuanto a sus distintos aspectos, tal como Dios lo quiso y lo realizó desde el principio.

Preguntas para profundizar

- ¿Por qué es única la imagen bíblica del ser humano?

- ¿Qué términos usa la Biblia para su imagen del ser humano? Menciónelos.
- ¿Cuál es el término central y por qué?
- ¿Por qué es inmortal el espíritu del hombre?
- ¡Mencione algunas características principales del espíritu humano!
- ¡Mencione algunas características principales del alma!
- ¡Mencione algunas características principales del cuerpo humano!

4 La inmortalidad del alma

Puesto que ya he usado varias veces el término «inmortalidad del alma» (abreviado: IdA), quiero dedicarle ahora un capítulo propio, para que puedan despejarse malentendidos infundados y, lamentablemente, también insinuaciones.

Este término polariza a muchos cristianos. A lo largo de la historia de la Iglesia hasta nuestros días ha dado lugar a amplias y acaloradas discusiones. Y, sin embargo, ha alcanzado validez general en la cristiandad, lo cual, en sí mismo, no confirma todavía que sea correcto. Sería un tema amplio e interesante seguir la comprensión de la IdA a lo largo de la historia de la Iglesia. Pero esa no es mi intención, porque los distintos puntos de vista, tal como cristalizaron ya muy pronto, han seguido siendo esencialmente los mismos hasta hoy.¹³⁵

Es notable que la Biblia ni usa el término «IdA» ni habla directamente de este hecho. Sin embargo, la ausencia de este término o de una perífrasis suya no es motivo para rechazar la verdad que contiene. Así se habla también de la trinidad (Trinidad) de Dios, de la sustitución de Cristo o de la vieja naturaleza, aunque la Escritura tampoco menciona estos términos. Sin embargo, expresan verdades de un modo que no solo es correcto, sino también útil.

Quienes rechazan una IdA señalan con razón que aquí tenemos que ver con un concepto pagano, en este caso de los griegos. Los griegos tenían en su pensamiento la IdA. Por cierto, usaban también el término «Hades» para el lugar de los muertos y para el dios del reino de los muertos.

Pero quien, solo por el origen del término «IdA», rechaza una vida consciente después de la muerte y en la eternidad, cae en el extremo opuesto. La lucha contra la influencia del pensamiento griego es en parte tan vehemente que con ello se niega de golpe toda inmortalidad fuera de la de Dios mismo y, por así decirlo, se tira al niño junto con el agua de la bañera.

No quiero insistir aquí en este término ni defender su terminología, y mucho menos cristianizarlo. Se trata de cómo debemos entender la IdA en sentido

135. Por ejemplo, *Texte der Kirchenväter*, Múnich (Kösel Verlag), 1966, tomos 1, 4, 5.

bíblico.¹³⁶ En ningún caso debemos abrir la puerta, ni siquiera una rendija, a la filosofía pagana.

«IdA» significa que el alma, a diferencia del cuerpo, no muere (Mateo 10:28). ¿No puede ser que los griegos poseyeran un cierto grado de verdad, fundado en que Dios ha puesto la eternidad en el corazón del hombre (Eclesiastés 3:11)? La fe en una vida después de la muerte formaba parte de todas las culturas antiguas. Los seres humanos conocen la verdad, pero la detienen con injusticia y la reprimen, porque su corazón está entenebrecido (Romanos 1:18-32).¹³⁷

4.1 Vida eterna e inmortalidad del alma

Una objeción contra la IdA se expresa en la pregunta: ¿por qué necesita el ser humano además la vida eterna, si ya posee una IdA *natural*?

Esta forma de plantear la pregunta deja claro que la vida eterna y la IdA se entienden como una y la misma cosa. Es una comprensión errónea, porque ambas cosas se distinguen fundamentalmente entre sí (cf. 2.9.2.). Todo ser humano nace con un alma inmortal. Pero como, siendo descendiente de Adán, es pecador, todo su ser está impregnado de pecado. Por eso necesita una vida «nueva». Mi respuesta a esta pregunta es: el ser humano necesita, «además» de su alma inmortal o de su existencia eterna, la vida eterna. Como por naturaleza, como criatura, ya tiene una existencia eterna, no necesita otra vez una vida sin fin, porque eso ya lo tiene. Necesita «vida eterna», que es mucho más que una mera existencia eterna. Necesita una existencia «nueva», que recibe con la vida eterna. Llega a ser hijo de Dios, porque para ello nace de nuevo (Juan 1:12-13; 3:1-21).

El ser humano que no posee la vida eterna tiene, no obstante, una existencia eterna. Pero es una existencia eterna sin Dios. En su vida terrenal vive sin Dios, muere sin Dios y, después de su resurrección, seguirá viviendo eternamente sin Dios. No se trata, pues, de la pregunta de si el ser humano existe eternamente, sino de en qué relación con Dios existe eternamente. Todo ser humano tiene

136. ¿Cómo va a entender el lector de la Biblia que no conoce el pensamiento de los griegos ni tiene conocimientos de los idiomas originales los pasajes de la Escritura que hemos examinado en el apartado 2? Para él, la «IdA» no significa un caballo de Troya ni una infiltración de ideas paganas, sino que puede entender este término de manera perfectamente bíblica en el marco de lo que se ha expuesto en el apartado 2, y usarlo también en ese sentido. A la luz del NT, el término tiene su justificación; no tiene por qué transportar necesariamente ideas paganas.

137. Véase también Don Richardson, *Ewigkeit in ihren Herzen*, Lahr (Verlag der Liebenzeller Mission), 1999.

una existencia eterna; el creyente, como hijo de Dios, tiene por la vida eterna una existencia nueva y eterna en comunión con Dios. El incrédulo tiene una existencia eterna sin Dios, porque el pecado lo separa de Dios.

4.2 La inmortalidad en el Nuevo Testamento

La palabra «inmortalidad» (gr. *atanasia*) aparece en el NT solo tres veces. En 1 Timoteo 6:16 se dice que Dios es «el único que tiene inmortalidad». Dios posee la inmortalidad en sentido absoluto en sí mismo. La inmortalidad es un atributo que, de esta forma, solo Dios posee.¹³⁸ Nadie se lo ha dado y nadie puede quitárselo. Es Su propiedad esencial, porque Él es el «que es eternamente» (Éxodo 3:13-14) y el Dios inmutable (Romanos 16:26). Por eso toda inmortalidad se deriva de Él; solo Él puede darla.

De ahí se podría sacar la conclusión de que nadie fuera de Dios es inmortal. Sin embargo, el Señor Jesús dice de los ángeles que no mueren (Lucas 20:36); dicho de otro modo: son inmortales. ¿Puede, pues, alguien fuera de Dios tener inmortalidad? ¿No es eso una contradicción con el hecho de que «solo» Dios tiene inmortalidad? No; los ángeles no son inmortales en el mismo sentido que Dios. No tienen esta cualidad en sí mismos ni independientemente de Dios. También ellos son mantenidos con vida por Dios, como sucede con todo lo que vive. Todas las cosas son sustentadas por la palabra de Su poder (Hebreos 1:3). En este sentido, toda vida, y con ella también la «inmortalidad», se deriva de Dios y depende de Él. Todo lo que vive, vive porque Él lo quiere (Apocalipsis 4:11; 1 Timoteo 6:13; Hechos 17:25). Esto vale también para el espíritu-alma del ser humano. La pregunta no es si alguien fuera de Dios puede ser inmortal, sino de qué manera lo es.

El apóstol Pablo usa el término otras dos veces en su capítulo sobre la resurrección (1 Corintios 15:53-54). Allí la inmortalidad se refiere exclusivamente al nuevo cuerpo que los creyentes reciben en la resurrección o en la transformación. Solo con este nuevo cuerpo reciben los creyentes la inmortalidad en su significado bíblico.

Así, en la Escritura la inmortalidad se refiere siempre al ser humano entero. Pero comienza solo con la resurrección. Entonces abarca al ser humano entero

138. Es notable que no se diga que Dios es inmortal. Solo tiene sentido hablar de inmortalidad después de que la muerte entrara en la creación. Es lo opuesto a «mortal». Quizá no sea adecuado decir que Dios es inmortal, porque Él nunca tuvo nada que ver con la muerte. Él «tiene» la inmortalidad, no porque esta sea Su naturaleza, sino porque la da a seres mortales.

y no solo su alma. Para decirlo claramente: la Escritura no usa el término inmortalidad en relación con el alma. Pero, por otro lado, en ningún lugar se dice tampoco que el alma muera cuando se la presenta como elemento constitutivo del ser humano. Como la inmortalidad se refiere solo al cuerpo, la mortalidad vale también solo para el cuerpo. Pero, como el alma no es mortal, tampoco hay una inmortalidad del alma. Tampoco la ha recibido más tarde por medio de la recepción de la vida eterna, como afirman algunos.

En el NT la mortalidad vale solo para el cuerpo (Romanos 6:12; 8:11; 1 Corintios 15:53-54; 2 Corintios 4:11; 5:4). El cuerpo es mortal y pertenece, por tanto, a la creación visible y, con ello, pasajera (2 Corintios 4:18). Del alma, que no vemos, vale que, a diferencia del cuerpo, es eterna.

El término «IdA» no es, por tanto, realmente acertado. No me interesa defender este término, sino la verdad que expresa. Sería mejor hablar de la «existencia eterna del alma». Si sigo usando el término «IdA», e incluso lo uso como título del libro, lo hago con vistas a un mejor entendimiento.

La existencia eterna del ser humano no abarca solo la existencia eterna del alma, sino también la del cuerpo (en la resurrección). El ser humano en su totalidad está orientado hacia la eternidad. Que el término «IdA» aluda solo a un aspecto, el del alma, de la totalidad del ser humano se debe a que se refiere solo al tiempo entre la muerte y la resurrección. El término, por tanto, solo es válido en el marco bíblico para este período. Cualquier significado que fuera más allá sería una adopción de la idea griega, que debe rechazarse por completo.

4.3 Entre la muerte y la resurrección

En el tiempo entre la muerte y la resurrección, el espíritu-alma está sin cuerpo. El cuerpo se descompone y solo en la resurrección vuelve a ser traído a la existencia. Aquí algunos objetan que el alma no puede tener una existencia propia sin el cuerpo, porque sin el cuerpo y sus sentidos no podría haber conciencia. La unidad del ser humano sería de tal naturaleza que la muerte pondría fin a *todas* las funciones humanas.

4.3.1 Conciencia del alma sin el cuerpo

El estado del ser humano después de la muerte es completamente anormal, porque la muerte rompe la unidad del ser humano. La muerte separa el espíritu-alma del cuerpo. El espíritu-alma tiene que «arreglárselas» ahora sin el cuerpo.

Es evidente que este estado no es perfecto. Pero con ello no queda demostrado que el espíritu-alma sin cuerpo no tenga conciencia. En el mundo visible necesitamos el cuerpo y los sentidos para tener conciencia. Pero no podemos trasladar esto al mundo que está más allá de la muerte, invisible para nosotros y completamente distinto.

Por los textos tratados en el apartado 2 ha quedado claro que, después de la muerte, no hay limitaciones para el alma y su conciencia sin el cuerpo. La conciencia del alma después de la muerte no está ligada al cuerpo. Funciones como hablar y oír, que en realidad solo pueden atribuirse al cuerpo, se aplican también a las «almas» de los que habían sido muertos (Apocalipsis 6:9; cf. el apartado 2.9). Aunque no podamos imaginarnos el estado del alma sin el cuerpo, no por eso debemos excluir la existencia de tal estado. Pensemos solo en los ángeles: son espíritus (Hebreos 1:7, 14) que no tienen cuerpo. Y, sin embargo, tienen conciencia personal.

El apóstol Pablo consideraba posible que se encontrara «fuera del cuerpo» cuando fue arrebatado al tercer cielo (2 Corintios 12:1-4).

4.3.2 ¿Necesita el alma todavía un cuerpo?

Otro argumento dice así: «Si el alma del ser humano sigue viviendo después de la muerte y el alma del creyente entra en el paraíso, ¿para qué hace falta todavía una resurrección? ¿Para qué necesitamos un cuerpo si también sin él alcanzamos una forma de existencia bienaventurada?»

Subrayo también aquí que el tiempo entre la muerte y la resurrección representa una situación absolutamente excepcional. Se podría decir que el ser humano no fue creado para este tiempo. La muerte, hablando humanamente, no estaba prevista. No era la voluntad de Dios que el ser humano muriera. Por eso no se puede calificar de perfecto el estado después de la muerte, aunque los creyentes estén en el paraíso. Su cuerpo ha caído en poder de la muerte.

Este argumento nos lleva de nuevo a la verdad, ya tratada varias veces, sobre el valor del cuerpo creado por Dios y sobre la unidad del ser humano. Esta obra de Dios ha sido destruida por la muerte. Pero la muerte solo puede ser vencida y anulada por la resurrección.

Tan incompleta como sería la obra de Jesucristo sin Su resurrección (Romanos 4:25), igual de incompleta sería la redención (Romanos 8:23) si el cuerpo de los creyentes que han muerto se quedara en la tumba. La muerte

habría vencido si no hubiera resurrección. En la resurrección está en juego la honra y la glorificación de Dios, que sin la resurrección quedarían disminuidas.

Cristo, después de morir, fue al paraíso (cf. el apartado 2.3). Sin embargo, no se quedó allí, aunque es un lugar de la mayor bienaventuranza. Resucitó de entre los muertos. Con Su resurrección se sostiene o se derrumba nuestra salvación. Sin Su resurrección no habría justificación ni tampoco paz con Dios. Esto no está en contradicción con el hecho de que Él fuera al paraíso y de que Su espíritu-alma no muriera. Aquí vemos que la IdA y la resurrección no se excluyen ni se anulan mutuamente. Por tanto, la IdA en sentido bíblico no deja sin objeto la resurrección. Pero si uno cree en la IdA en sentido griego, efectivamente no necesita ninguna resurrección. El concepto de inmortalidad de la filosofía griega no tiene nada en común con la inmortalidad bíblica, como muestra la siguiente comparación.

4.4 La inmortalidad en la Biblia y en la filosofía griega

Como argumento más fuerte contra la doctrina de la IdA se esgrime su origen pagano. La idea griega de la inmortalidad recibió su expresión más conocida en Platón, aunque la fe en una IdA existía ya mucho antes de los griegos, por ejemplo entre los babilonios.

¿Ha adoptado la cristiandad la idea griega de la inmortalidad y la ha mezclado con la doctrina bíblica? Lamentablemente, podemos constatar que realmente fue así. En esto tengo que dar la razón a quienes rechazan la IdA. Por eso hay que trazar una línea divisoria clara y rechazar toda mezcla.

A partir de los contrastes entre el pensamiento griego y la esperanza cristiana de la resurrección, unida al concepto *bíblico* de inmortalidad, dejaré claro que no hago ningún compromiso con el paganismo. Las diferencias expuestas en cuatro puntos (que con seguridad no son todas las que existen) deberían bastar para mostrar lo incompatibles que son ambas concepciones. Tienen puntos de partida y de llegada completamente opuestos.

4.4.1 El dualismo

La filosofía griega divide al ser humano en dos sustancias: cuerpo y alma, o materia y espíritu. Desde el punto de vista bíblico, esta división todavía sería

admisibles¹³⁹ si fuera una división entre partes de igual valor. Pero no lo es, porque los griegos estimaban el alma y lo espiritual por encima del cuerpo, y consideraban el cuerpo como la cárcel del alma. Por eso, para ellos la muerte era la liberación de la cárcel, por la cual el alma encontraba la verdadera vida. Para ellos había una escisión entre el espíritu y la materia.

En la Biblia, partiendo de la creación del ser humano, el cuerpo nunca es secundario, porque es creación de Dios y, por tanto, bueno (cf. el apartado 3.3). Aunque el pecado haya traído la muerte, sigue siendo cierto que el cuerpo del creyente es el templo en el que Dios mismo habita (1 Corintios 6:19). Con su cuerpo, el creyente es un miembro del cuerpo de Cristo.

4.4.2 La resurrección

Los griegos no conocían una resurrección del cuerpo, porque no encajaba en su pensamiento (Hechos 17:32-34). Una resurrección del cuerpo devolvería al alma a la cárcel del cuerpo.

El cuerpo no es algo de lo que el alma tenga que ser liberada. Esto se hace evidente por el hecho de la resurrección. Dios mismo restaurará el cuerpo en la resurrección.

Cuando los cristianos creen que el espíritu-alma existe eternamente, no renuncian con ello a la resurrección. La resurrección no es sustituida ni excluida por la inmortalidad del alma en su significado bíblico. Ambas cosas van necesariamente juntas, y de tal manera que no existe la una sin la otra.

Puesto que Dios creó inmortal el espíritu-alma del ser humano, hizo posible la resurrección corporal con identidad personal. La resurrección no es, por tanto, una nueva creación a partir de una nada en la que el ser humano cae al morir, sino la reunión del espíritu-alma con el cuerpo. Es la voluntad de Dios que la identidad personal de cada ser humano se conserve y continúe en la resurrección.

Así, la resurrección de los muertos es condición de la inmortalidad del alma. Si no hubiera resurrección, tampoco habría inmortalidad del alma. El plan de Dios abarca al ser humano en su totalidad. Por eso no puede haber una existencia eterna del alma sin el cuerpo. Dios restablecerá la unidad del ser humano.

139. Como hombre «interior» y hombre «exterior».

Por las fuentes ya citadas sabemos que los fariseos estaban convencidos de la inmortalidad del alma y creían en la resurrección. También ellos estaban expuestos a la influencia helenística, pero la resurrección era para ellos un patrimonio de fe fundado en el AT. Para ellos no era ningún problema ni ninguna contradicción reconocer la relación entre la inmortalidad del alma y la resurrección.

La inmortalidad del alma y la resurrección de los muertos no son opuestos. Según la doctrina bíblica, van juntas (cf. el apartado 2.2); se condicionan mutuamente. Esto no es ni un compromiso ni una forma mixta de doctrina cristiana e ideas paganas.

4.4.3 La inmortalidad del alma no es el estado final

Para los griegos, el alma alcanza después de la muerte su destino definitivo; es lo «divino» en el ser humano, que vuelve a Dios. Como según la Biblia hay una resurrección, el alma no ha alcanzado todavía después de la muerte su destino último. La doctrina de la IdA desde el punto de vista bíblico no describe un estado final eterno. Después de la muerte se trata de un estado provisional del alma, que dura solo hasta la resurrección. La muerte ha provocado una «situación excepcional» limitada en el tiempo, que será anulada gracias a la resurrección de Jesucristo.

4.4.4 La personalidad

Los griegos creían en la preexistencia del alma: así como el alma, como chispa divina, vuelve después de la muerte a Dios, así también existiría ya en Dios antes de la concepción del ser humano. Consideraban el alma como parte de un «alma universal» sobrenatural. Esta, después de despojarse de la cárcel del cuerpo, renunciaba de nuevo a su individualidad.

Aquí reside una diferencia decisiva con el concepto bíblico del alma. En la Biblia, el alma es, por la creación de Dios, sede y expresión de la personalidad de cada ser humano. El alma es un espíritu-alma individual y lo sigue siendo para siempre. Su existencia no comienza antes de la historia del individuo concreto, sino con ella, sin terminar jamás.

Ante estas graves diferencias, ¿se puede seguir manteniendo el reproche de que los cristianos quieren decir lo mismo que los griegos cuando hablan de la

IdA? ¿Han adoptado simplemente ideas paganas? Las diferencias mencionadas deberían dejar suficientemente claro que no es así.

4.5 Conclusión

A continuación resumo en tres puntos por qué creo que todo ser humano tiene una existencia eterna, a la que, según la doctrina bíblica, pertenece también un espíritu-alma eterno.

- El espíritu del hombre es el espíritu de vida insuflado por Dios mismo (cf. el apartado 3.1). Puesto que este espíritu viene de Dios y al mismo tiempo forma el espíritu del hombre, el espíritu-alma del ser humano tiene que existir eternamente, como el Espíritu de Dios mismo. Esta existencia descansa únicamente en la voluntad de Dios, que mantiene todo con vida.
- Además, hemos examinado detenidamente los testimonios de la Escritura acerca del estado después de la muerte (apartado 2.1-10). Al hacerlo quedó claro que el ser humano, cuando muere, no deja de existir, sino que sigue viviendo. ¿Cómo debemos explicar este hecho? La explicación más concluyente es que el espíritu-alma del ser humano no está sometido a la muerte corporal.
- Junto a las personas que poseen la vida eterna, hay otras que no la poseen. Son los incrédulos, de los que el Señor Jesús dice que irán al castigo eterno. Este castigo, como también el gozo eterno de los creyentes, no tiene fin; es decir, es eterno (Mateo 18:8; 25:41, 46; 2 Tesalonicenses 1:9; Hebreos 6:2). Sobre los perdidos permanece para siempre la ira de Dios (Juan 3:36; cf. el apartado 6.2).

René Pache¹⁴⁰ resume acertadamente este tema:

El ser humano recibe

- en su nacimiento, con su alma, la existencia sin fin
- en su nuevo nacimiento... la vida eterna
- en su resurrección, con su cuerpo, la inmortalidad

La IdA no es la represión de la realidad de la muerte, sino un componente esencial de la existencia humana, tal como la describe la Sagrada Escritura.

140. René Pache, *Das Jenseits*, Wuppertal (Verlag Sonne und Schild), 1957.

4.6 La importancia de esta verdad

Esta importante verdad tiene gran importancia para la proclamación del evangelio. Precisamente en el hecho de que todo ser humano tiene un alma inmortal reside el estímulo para alcanzar a las personas con el evangelio. Pablo dice: «Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres» (2 Corintios 5:11). El tribunal de Cristo será para los incrédulos y los impenitentes el momento en que se pronuncie sobre ellos la sentencia que sella su destino eterno (Romanos 14:10-12; Apocalipsis 20:11-15). Por eso todo cristiano debería estar sobrecogido por la necesidad de proclamar el evangelio: «¡ay de mí si no anunciare el evangelio!» (1 Corintios 9:16).

Preguntas para profundizar

- ¿Por qué se rechaza a menudo la IdA?
- ¿Está justificado este rechazo?
- ¿Cuál es el significado bíblico de la IdA?
- ¿Cuál es la diferencia entre la vida eterna y la IdA?
- ¿Qué personas tienen un alma inmortal?
- ¿Qué personas tienen vida eterna?
- ¿Puede el alma tener conciencia sin el cuerpo, y por qué?
- ¿Necesita el alma realmente un cuerpo, y por qué?
- ¿Qué diferencias hay entre la comprensión griega y la bíblica de la IdA?

5 El futuro de los muertos

En los capítulos anteriores ha quedado claro que el ser humano, sea creyente o no, al morir no ha alcanzado todavía el estado final. El estado inmediatamente posterior a la muerte, que el ser humano vive de forma consciente, tiene una duración limitada. Por eso es un estado intermedio, una estación intermedia en el camino hacia la eternidad. Sin embargo, al comenzar el estado intermedio, a los muertos ya les queda claro dónde pasarán la eternidad, porque este tiempo ya está marcado por lo que será su suerte en la eternidad: tormento por un lado y gozo por el otro.

Con los creyentes, los hijos de Dios, Dios tiene un propósito grandioso. Su propósito es glorificarlos y hacerlos conformes a la imagen de Su Hijo (Romanos 8:17, 29-30). Esto se refiere a todos los creyentes, da igual si, cuando Cristo vuelva, todavía viven o si ya han muerto. La muerte no puede detener el propósito de Dios, porque la muerte ha sido anulada en la resurrección de Cristo.

Distinto es el caso de los que han muerto sin reconciliarse y sin paz con Dios. También ellos tienen un futuro. No son aniquilados en la muerte, porque tienen un espíritu-alma inmortal. Pero su futuro será terrible. Según las palabras de la Biblia, están «perdidos». También para ellos terminará el estado intermedio, y entonces serán llevados ante el Juez de toda la tierra (Génesis 18:25) para oír su sentencia.

El futuro de los creyentes y el de los incrédulos se distinguen fundamentalmente. Esto se refiere también a la secuencia temporal de los acontecimientos. Por eso seguiremos dos líneas, para ver cómo alcanza Dios Su meta con los creyentes y con los incrédulos.

El estado intermedio se caracteriza por la separación del espíritu-alma y el cuerpo. Como Dios tiene siempre ante Sus ojos al ser humano entero, este no puede ser el estado definitivo. Por eso la resurrección —el restablecimiento de la unidad del ser humano— es el próximo gran acontecimiento que vivirán los muertos.

5.1 La resurrección

La resurrección pone fin al estado de muerte, es decir, a la separación del cuerpo y el espíritu-alma. Es el propósito de Dios, fundado en la creación, restaurar al ser humano en su totalidad, es decir, compuesto de espíritu, alma y cuerpo (1 Tesalonicenses 5:23).

Esta restauración en la resurrección no es una nueva creación a partir de la nada, como si el ser humano hubiera perecido y se hubiera extinguido por completo en su muerte. Cuando Adán, después de su muerte, volvió a ser polvo, eso no afectó al Adán «entero», sino solo a su cuerpo mortal, que había sido hecho del polvo de la tierra. Su espíritu-alma no pereció como el cuerpo mortal. Tampoco podía perecer, porque en él estaba el aliento de vida de Dios.

Así, el espíritu-alma del ser humano sigue viviendo después de la muerte separado del cuerpo, hasta el momento en que Dios lo vuelva a unir con su cuerpo en la resurrección (2 Corintios 5:1-4).

La existencia continuada del espíritu-alma hasta la resurrección es el fundamento y la condición para que la identidad personal de cada ser humano se conserve también en la resurrección. Esto significa que el ser humano, en la resurrección, es exactamente el mismo ser humano que un día vivió en la tierra. La personalidad del ser humano —a la que pertenecen espíritu, alma y cuerpo—, tal como Dios la ha dado a cada ser humano (cf. Salmo 33:15; Isaías 45:9; Romanos 9:20-21), no se pierde. No es cambiada ni creada de nuevo, sino que se conserva. Así pues, no saldrá de la tumba otro ser humano, aunque el cuerpo será nuevo. ¿No es maravilloso lo valioso que es para Dios cada ser humano como persona?

La prueba de ello es la resurrección del Señor Jesucristo. El que resucitó de entre los muertos era el mismo Señor que murió en la cruz. Su muerte como hombre fue también la separación de Su espíritu-alma y de Su cuerpo. Él —es decir, Su espíritu-alma (Hechos 2:27, 31)— fue en Su muerte al paraíso, al cielo, a Su Padre (Lucas 23:43, 46). Su cuerpo estuvo tres días en el sepulcro. Por eso no había duda de que realmente había muerto. En Su resurrección esta separación fue anulada de nuevo, de modo que ahora, como hombre en la resurrección, ocupa el primer lugar como el primogénito entre muchos hermanos (Romanos 8:29).

Y, sin embargo, en lo que respecta al cuerpo, la resurrección es como una nueva creación. Solo Dios, el Señor de la vida y de la muerte, puede llevarla a cabo. Es como en la creación: «Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió» (Salmo 33:9). Es Dios «el cual da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen» (Romanos 4:17). Solo Él puede volver a producir el cuerpo descompuesto con los rasgos que eran propios de cada ser humano. En ello se despliega la grandeza del poder de Dios y la operación de la fuerza de Su poder (Efesios 1:19-20).

5.1.1 La resurrección en el Antiguo Testamento

La resurrección de los muertos era ya en tiempos del AT la esperanza de los hombres. Así, Abraham encontró el valor para obedecer a Dios y ofrecer a su único hijo, porque «pensaba que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos» (Hebreos 11:19; cf. Génesis 22; Romanos 4:17). Isaías dice: «Tus muertos vivirán; sus cadáveres resucitarán. ¡Despertad y cantad, moradores del polvo!» (Isaías 26:19). Daniel dice: «Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua» (Daniel 12:2). Ezequiel dice: «Así ha dicho Jehová el Señor: He aquí yo abro vuestros sepulcros, pueblo mío, y os haré subir de vuestras sepulturas, y os traeré a la tierra de Israel» (Ezequiel 37:12; véanse también los vv. 5 y 6).

La resurrección (sea la resurrección nacional del pueblo o la del cuerpo) era el patrimonio de fe del israelita creyente (Hebreos 6:2; Hechos 26:6-8; Job 19:25-27). Por esta esperanza de la resurrección eran conocidos especialmente los fariseos —a diferencia de los saduceos—, que creían que con la venida del Mesías, cuando Él estableciera Su reino, habría una resurrección de los muertos (Hechos 23:6).

Sin embargo, el hecho de la resurrección solo toma forma concreta con la resurrección de Jesucristo, porque Su resurrección es el fundamento de la resurrección de los muertos en general: «Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos» (1 Corintios 15:21). Porque Él murió como hombre y resucitó como hombre, la resurrección del ser humano está asegurada. Esto vale especialmente para los creyentes, porque están unidos con Cristo, el Resucitado, tanto en la vida como en la muerte (Romanos 14:8-9).

Pero la resurrección no se limita expresamente a los redimidos, sino que es la suerte de todo ser humano, también del que no ha creído (Juan 5:29; Hechos 24:15).¹⁴¹ Pero la resurrección de los justos y la resurrección de los injustos se distinguen fundamentalmente entre sí, tanto en cuanto al momento como en cuanto a su carácter. La Escritura enseña claramente que hay una primera resurrección, la resurrección de vida, que afecta solo a los redimidos, y para «los otros» una última resurrección, la del juicio (Apocalipsis 20:5). Por tanto, no habrá una resurrección «general» en el «día postrero» (Juan 11:24), en la que todos los seres humanos sin excepción resuciten al mismo tiempo.

5.1.2 La resurrección de vida

La resurrección de vida designa la resurrección de los creyentes, porque se produce por la vida de resurrección del Hijo de Dios y está marcada por ella (Romanos 6:9-10). Él dijo ante la tumba de Lázaro, que había muerto: «Yo soy la resurrección y la vida» (Juan 11:25). Él es la resurrección y la vida en persona. ¡Sin Él no habría ni resurrección ni vida más allá de la muerte! Los creyentes resucitarán porque poseen la vida del Señor Jesús como su vida.

Otro motivo por el que los creyentes que han muerto resucitarán es que el Espíritu Santo mora en ellos: «Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros» (Romanos 8:11).

El mismo Espíritu que estaba en Jesús (Colosenses 2:9; Hebreos 9:14) y que se manifestó con poder cuando Él resucitó (Romanos 1:4; 1 Pedro 3:18), mora también en nosotros (1 Corintios 6:19; 1 Tesalonicenses 4:8; 1 Juan 4:13). Por eso el Espíritu de vida (Romanos 8:2) actuará también en la resurrección de los creyentes que han muerto. El Espíritu Santo es las arras y, con ello, la garantía de que los creyentes serán resucitados (2 Corintios 5:5) y no se quedarán atrás cuando el Señor venga (1 Tesalonicenses 4:13-17).

En la resurrección y la transformación, la obra de la redención llegará a su consumación en los creyentes (Romanos 8:23; Filipenses 1:6; 1 Tesalonicenses 5:23). Cuando el Señor Jesús vuelva como Salvador para los creyentes (1 Tesalonicenses 1:10; 4:15-16; Juan 14:3), para transformar el cuerpo de nuestra humillación, nosotros, como pecadores redimidos, traeremos también la imagen

141. Sin embargo, solo de los creyentes se dice que serán vivificados.

del celestial (Filipenses 3:20-21; Tito 2:13; 1 Corintios 15:49). Él ya es ahora nuestro Salvador (Juan 4:42), porque nuestros pecados están perdonados y Él nos ha llevado a Dios (1 Pedro 1:19; 2:24; 3:18). Pero nuestro cuerpo, antes de la venida del Señor, todavía no tiene parte en esta salvación y todavía está muerto a causa del pecado (Romanos 8:10; cf. 6:12). El cuerpo del creyente sigue sometido a la mortalidad. Por eso nosotros, los que vivimos, lo esperamos a Él como Salvador para nuestro cuerpo.

Esto vale también para los que durmieron en Cristo, en quienes el mismo poder eficaz del Salvador se manifestará de modo irresistible en su resurrección. Entonces se hará realidad también lo que en el consejo de Dios se ve desde hace mucho como consumado. Seremos glorificados, y Cristo ocupará entre los hermanos el lugar del primogénito (Romanos 8:29-30). Él es la cabeza de una nueva creación (Colosenses 1:18), que es el fruto de Su resurrección.

A la resurrección de vida el apóstol Juan la llama, en el libro del Apocalipsis, la «primera» resurrección: «Esta es la primera resurrección. Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre estos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años» (Apocalipsis 20:5-6).

Quien tiene parte en la primera resurrección es llamado bienaventurado, porque la segunda muerte, la muerte eterna en el infierno, no tiene potestad sobre él. Por tanto, los injustos no participarán en la primera resurrección, porque no pueden ser llamados bienaventurados y santos. Esta es la resurrección de los justos, en la que se les recompensará por sus obras justas (Lucas 14:14; 20:35-36; Hechos 24:15). El apóstol Pablo trata detalladamente la resurrección de los muertos, y especialmente la de los creyentes, en 1 Corintios 15. El motivo de esta exposición fue que algunos en Corinto afirmaban que no hay resurrección de los muertos (versículo 12). Al hacerlo habían pasado por alto que eso significaba que tampoco Cristo podía haber resucitado de entre los muertos, y con ello su fe habría sido vana. Después de haber defendido la resurrección de Cristo como el fundamento de la fe cristiana y de haber refutado a los falsos maestros, Pablo explicó además la naturaleza de la resurrección.

«Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho» (1 Corintios 15:20). Cristo se presenta como el autor de la resurrección de los Suyos. Con ellos está unido para siempre. Él es la cabeza de

una nueva familia (Romanos 5:12-21). Es su precursor y quien les prepara el camino, al haberles abierto la puerta de la muerte a la vida. Ahora está al otro lado de la muerte, y la muerte ya no se enseñorea de Él (Romanos 6:9).

El término «primicias» expresa una posición de preeminencia. En sentido temporal, Él es el primero de un determinado tipo de resurrección. Porque ya antes de Su resurrección hubo personas que fueron resucitadas. Pero no recibieron un cuerpo de resurrección, sino que después volvieron a morir. En Su resurrección la muerte está definitivamente vencida. Cuando Él resucite a los creyentes, ya no morirán más.

Pablo describe la preeminencia del Señor Jesús también en otro lugar: «Y él es ... el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia» (Colosenses 1:18). Su resurrección se produjo «de entre» los muertos (Marcos 9:9; 1 Pedro 1:3, 21). También los creyentes serán resucitados «de entre» los muertos, es decir, otros —los incrédulos— se quedarán todavía atrás por un tiempo. Estos no participan en la primera resurrección, sino que solo en la «última» resurrección serán llamados de sus tumbas. Por eso la Escritura distingue claramente la «resurrección de los muertos» de la «resurrección de [entre] los muertos [sacándolos de ellos]» (Lucas 20:35; Hechos 4:2; Filipenses 3:11).

Por un hombre, Adán, entró la muerte en el mundo y pasó a todo ser humano, de modo que todos mueren (Romanos 5:12, 21). Pero en Cristo la muerte es anulada, porque Él, como hombre, venció por Su resurrección a la muerte, que antes Él mismo tuvo que gustar (Hebreos 2:9). La resurrección de Cristo de entre los muertos era la única posibilidad de vencer a la muerte.

1 Corintios 15 trata solo de la resurrección de los creyentes. Se trata de los que son de Cristo (v. 23), es decir, de los que le pertenecen, que están en Él (v. 22) y que experimentarán el poder vivificante del segundo hombre (vv. 45-47). Pero también los incrédulos serán resucitados. Ellos no tienen ninguna relación con Cristo. Él ejercerá sobre ellos Su poder como el Resucitado, llamándolos de las tumbas al juicio (Juan 5:29). Este despliegue de poder del Hijo del Hombre forma parte de la conclusión de los caminos de Dios con la primera creación (Apocalipsis 21:4). Al final, Él quitará también para siempre al último enemigo, la muerte.

Este acontecimiento incluye también la resurrección de los injustos, porque al ser quitada la muerte termina también su muerte (corporal). Así, la

resurrección de los incrédulos, aunque no se mencione directamente en 1 Corintios 15, está incluida. Esta resurrección queda en segundo plano como acontecimiento necesario. Los incrédulos no tienen parte en la victoria del Señor Jesús sobre la muerte, que se describe de forma tan destacada en este capítulo.

Preguntas para profundizar

- ¡Mencione razones por las que los creyentes tienen parte en la «resurrección de vida»!
- ¡Distinga esto de la resurrección de los incrédulos!

5.1.3 El cuerpo en la resurrección

La naturaleza del cuerpo de resurrección es difícil de describir porque no hay nada comparable a partir de lo cual pudiéramos imaginarnos este nuevo cuerpo. Solo conocemos el cuerpo que tenemos ahora. Este es «carne y sangre»; es un cuerpo natural, hecho del polvo de la tierra. Por el pecado está sometido a la mortalidad y a la corrupción.

Pablo dice que «la carne y la sangre» no pueden heredar el reino celestial de Dios (1 Corintios 15:50). Por eso es necesaria una transformación del cuerpo terrenal. Dios da a los creyentes —a los que durmieron, en la resurrección; a los que viven, en la transformación— un cuerpo celestial (1 Corintios 15:40, 48-50). Este cuerpo corresponderá a las condiciones de vida celestiales.

Sin duda, pues, tiene que ser un cuerpo distinto del actual. Y, sin embargo, tendrá semejanza con el actual. Habrá una continuidad en la que se mantendrá la figura del ser humano. Pensemos en el Señor como el Resucitado. Los discípulos lo reconocieron. Era Aquel a quien habían seguido. Incluso las heridas de Su crucifixión eran todavía visibles.¹⁴²

Esta semejanza se expresa también en Pablo. Él dice que nuestros cuerpos mortales serán vivificados. El cuerpo mortal que tenemos ahora será vivificado de nuevo y recibirá en la resurrección la inmortalidad.

Del mismo modo, la Escritura subraya que será un cuerpo distinto. Por la comparación de la resurrección con la siembra se ve claramente que de la tierra brota algo distinto de la semilla que se puso en la tierra. También esta imagen

142. Esto será sin duda una excepción, ya que son las heridas de Su obra redentora (cf. el Cordero como inmolado, o con la herida de muerte; Apocalipsis 5). A mi juicio, los creyentes no tendrán marcas de heridas en su cuerpo de resurrección.

deja claro, a su vez, que hay una semejanza y una continuidad: la semilla y el fruto que sale de ella son «esencialmente» iguales, porque son una y la misma planta.

Tenemos que tener presentes estos dos aspectos (semejanza y diferencia). La persona, que está ligada al cuerpo que tenemos ahora, se conserva y será reconocible como tal. Pero la clase de cuerpo será completamente nueva. Esto se puede comparar con la antigua y la nueva creación. También la nueva creación será semejante a la antigua creación, aunque al mismo tiempo será completamente nueva (Apocalipsis 21:1).

Lo más grande con respecto a este nuevo cuerpo es el hecho de que seremos semejantes a Él, el Hijo de Dios (1 Juan 3:2). Pablo dice: «resucitará en gloria» (1 Corintios 15:43). Todo llevará el sello de la gloria de Cristo. Es la gloria que Él recibió cuando subió al cielo y fue glorificado. La semejanza con el Señor se refiere a Su gloria exterior. Así, cuando aparezcamos con Él, traeremos la imagen del *celestial* (1 Corintios 15:49; Filipenses 3:20-21). Por eso Él podrá ser admirado en todos los que creyeron (2 Tesalonicenses 1:10).

Como la muerte está vencida, el nuevo cuerpo ya no será mortal (1 Corintios 15:54-55). Con respecto al cuerpo que ha muerto se dice que se vestirá de *incorrupción*. El cuerpo que ha muerto se ha descompuesto. Eso nunca más sucederá con el nuevo cuerpo. Con respecto al cuerpo de los que viven, que todavía no ha muerto, se dice que se vestirá de inmortalidad. ¡Ya no habrá muerte (Apocalipsis 21:4)!

También estas características, la incorrupción y la inmortalidad del nuevo cuerpo, son las del Hijo de Dios resucitado: «sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere» (Romanos 6:9). El Señor Jesús dice que los justos, en la resurrección, ya no morirán. Son iguales a los ángeles, que son inmortales (Lucas 20:36).

En este contexto el Señor dice también que en la resurrección ya no habrá relación matrimonial y, con ello, tampoco procreación. Esto no significa que desaparezca también la distinción de los sexos. Esta distinción se mantiene en el hecho de que Dios conserva la personalidad del ser humano, a la que pertenece precisamente también el ser hombre y el ser mujer.

El cuerpo natural está creado para la tierra. Por eso está marcado y determinado por su relación con la tierra. Estaba sometido a las leyes y condiciones de vida de la tierra. Pero en la resurrección recibiremos un «cuerpo

espiritual» (1 Corintios 15:44). Este ya no estará sometido a las condiciones de la tierra. Esto se hace evidente en el cuerpo del Señor Jesús en la resurrección. No estaba ligado al espacio ni al tiempo. El Señor entró a través de puertas cerradas. Según la apreciación de los discípulos, eso solo podía ser un espíritu. Pero el Señor dice que un espíritu no tiene las características de un cuerpo de carne y huesos. Los discípulos pudieron palparlo, e incluso comió del pescado asado (Lucas 24:36-43).

Pregunta para profundizar

- ¡Enumere algunas características del cuerpo de resurrección!

5.1.4 El momento de la resurrección

Por tanto, no habrá una resurrección general y simultánea de todos los muertos al final de los días. La Escritura distingue claramente el momento de la resurrección de los justos del momento de la resurrección de los injustos. Ya lo indica el hecho de que existe una resurrección de los creyentes «de entre» los muertos, en la que los demás muertos no son resucitados por el momento. También la designación «primera» resurrección (Apocalipsis 20:5) deja claro que más tarde habrá todavía una «segunda» o «última» resurrección.

La suposición de que solo habría *una* resurrección general al final de los días, seguida de un juicio, se deduce de las palabras del Señor Jesús: «No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación» (Juan 5:28-29).

Del término «hora» se deduce que solo podría haber *una* resurrección general. Con ello se entiende la hora como un momento puntual. Pero aquí tenemos que pensar en un período que se extiende a lo largo de un lapso de tiempo más largo. En este sentido, Juan habla a menudo de una «hora» (Juan 4:21, 23; 5:25; 16:2, 25; 1 Juan 2:18; Apocalipsis 3:10; 14:7; 17:12). De estos versículos se desprende claramente que la hora no designa un momento puntual ni una unidad de tiempo de 60 minutos, sino una época que, por un lado, dura mucho más que una hora y, por otro, está marcada por determinadas características y acontecimientos.

En Juan 5:25 el Señor habla de una hora que no puede limitarse a un lapso de 60 minutos, sino que abarca el tiempo de la gracia, que dura ya 2000 años, en el

que la voz del Hijo de Dios llama a los seres humanos a salir de su muerte espiritual. En relación con la resurrección, la «hora» se extiende a lo largo de un período de al menos 1000 años. Este significado figurado de la hora vale también para el «día postrero» (Juan 6:39 ss.; 11:24). Este día no designa un momento puntual que marque el fin del mundo, sino que, como la hora, es un período, una época, en la que tendrán lugar las distintas resurrecciones.

La resurrección de vida, es decir, la de los creyentes, tiene lugar cuando Cristo vuelva. Esto forma parte del orden establecido por Dios: «Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida» (1 Corintios 15:23). El momento de la resurrección de los justos se equipara aquí con el momento de la venida de Cristo. Con ello, la fecha queda determinada con exactitud. La venida (en griego *parousia*) de Cristo, a su vez, sucede en dos momentos distintos. Por consiguiente, hay también dos o tres fases de resurrecciones dentro de la «primera» resurrección: 1. Cristo, 2. los creyentes en el arrebatamiento, 3. los mártires al comienzo del reino de paz.

Primero el Señor Jesús volverá para llevar consigo al cielo a todos los creyentes que vivan (Juan 17:24; Filipenses 3:20-21), a la casa del Padre (Juan 14:2-3). Esta es Su venida para el arrebatamiento de los creyentes, en la que los muertos en Cristo son resucitados y los creyentes que viven son transformados (1 Corintios 15:51-52; 1 Tesalonicenses 4:13-17). Esta primera venida es solo para los creyentes. En ella no viene de forma visible para todos los seres humanos, como sucederá en un momento posterior.

La primera venida de Cristo es la esperanza de los creyentes. Ellos esperan de los cielos al Hijo de Dios, que los librará de la ira venidera, la cual vendrá sobre la tierra cuando ellos estén en el cielo (1 Tesalonicenses 1:10). A esta resurrección pertenecerán también los creyentes del tiempo del AT (Hebreos 11:35, 39-40). Después de la resurrección se los ve, junto con los creyentes de la iglesia, en los 24 ancianos que en el cielo rodearán el trono de Dios y al Cordero (Apocalipsis 4:4 ss.). Los resucitados estarán en el cielo cuando la ira y el juicio de Dios vengan sobre la tierra (Apocalipsis 6–19).

Después, el Señor Jesucristo aparecerá por segunda vez, visible para todos los seres humanos, en poder y gloria (2 Tesalonicenses 1:7-8; Hebreos 1:6; Apocalipsis 1:7; 19:11-16). También entonces resucitarán creyentes. Son los que murieron después del arrebatamiento. Juan dice de ellos que fueron decapitados

por causa de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesús, y que no adoraron a la bestia; ellos serán vivificados (Apocalipsis 20:4).

Por consiguiente, la primera resurrección sucede en dos pasos:

- primero los creyentes de la iglesia y del AT
- después los creyentes que murieron entre el arrebatamiento y el reino de paz

Los creyentes de la primera resurrección son introducidos en el cielo con cuerpos glorificados. Allí morarán eternamente. Reciben un cuerpo celestial con el que tienen su hogar eterno no en la tierra, sino en el cielo.

Para los creyentes resucitados ya no habrá juicio. La cuestión del juicio quedó resuelta para ellos en la cruz del Gólgota. Es también evidente que quienes ya han sido hechos perfectos y llevan el cuerpo de gloria no sean juzgados todavía, con la posibilidad de perderse a pesar de todo.

No obstante, los creyentes comparecerán ante el tribunal de Cristo (2 Corintios 5:10). Pero entonces no se trata de la cuestión de la salvación. Allí se trata de la evaluación de sus obras y de la recompensa (1 Corintios 3:12-15). Allí verán y juzgarán su vida desde la perspectiva de Dios, para que conozcan como fueron conocidos (1 Corintios 13:12). Reconocerán y alabarán la gracia que los llevó con seguridad a la meta.

5.1.5 La resurrección de condenación

Sobre la resurrección de los injustos (Hechos 24:15) la Escritura dice poco. Algunas cosas ya se han tratado al contrastarla con la resurrección de vida. La Escritura habla de esta resurrección como de un acontecimiento importante que tendrá lugar y con el que Dios llevará a su conclusión la historia de la primera creación.

Esta resurrección tendrá lugar en un instante y abarcará a todos los muertos que no tuvieron parte en la primera resurrección, es decir, a los que quedaron (Apocalipsis 20:5). Solo en este sentido podría hablarse de una resurrección general en el día postrero.

El Señor Jesús llamará a los injustos a salir de sus sepulcros (Juan 5:28-29). A esta resurrección Él la llama «resurrección de condenación» (literalmente: resurrección del juicio), porque está marcada por el juicio. Los injustos ya están juzgados durante toda su vida, porque no han creído (Juan 3:18). Después de su

resurrección van al juicio eterno, que comienza con la sesión del tribunal del gran trono blanco (Apocalipsis 20:11).

El apóstol Juan habla de este acontecimiento en Apocalipsis 20:11-15. Habla de los *otros* muertos (Apocalipsis 20:5), que no vuelven a vivir hasta que se cumplan los 1000 años del reinado de Cristo. Con ello queda determinado también con exactitud el momento de la última resurrección. Al final de este tiempo de reinado (1 Corintios 15:24) los muertos son llamados. Resucitarán para ser llevados ante el Juez de vivos y muertos (Hebreos 12:23; Romanos 2:16; 2 Timoteo 4:1).

Juan describe de manera impresionante este acontecimiento futuro: primero ve un gran trono blanco. Este transmite de inmediato la impresión de la más alta autoridad y de absoluta justicia y santidad (1 Juan 1:5). Luego divisa al que está sentado en el trono. Ante esta Persona huyen los cielos y la tierra. Ese es el fin de la primera creación (1 Corintios 15:24). La tierra y el cielo huyen (Apocalipsis 20:11) y son deshechos por el fuego (2 Pedro 3:7, 11). Ahora la creación antigua tiene que ceder ante la nueva creación. ¡Qué Persona debe de ser la que desencadena tal suceso! ¡¿Qué sentirán entonces los seres humanos que estén ante esta Persona?!

¿Quién es el que está sentado en el trono? Es el Señor Jesucristo, el Hijo del Hombre, a quien Dios el Padre ha dado todo el juicio (Juan 5:22, 27; Hechos 10:42; 17:31; 2 Corintios 5:10). El Juez es un hombre que vivió Él mismo en la tierra y conoce perfectamente la condición humana. Por eso nadie podrá insinuar que Él no pudiera juzgar por experiencia alguna situación humana.

Después la mirada de Juan sigue adelante, y ve una gran multitud de personas de pie delante del trono. Son todos los muertos incrédulos que jamás han vivido en la tierra. Ni uno solo ha sido olvidado. Desde el más pequeño hasta el más grande, todos comparecerán allí. En esta hora de la verdad no se harán diferencias.

Llama la atención que estas personas, después de haber sido resucitadas, sigan llamándose «muertos». No es una contradicción, porque ya quedó claro que delante del gran trono blanco solo estarán los injustos. La primera resurrección, es decir, la de los justos, ha tenido lugar al menos 1000 años antes. Si las personas que están delante del trono son llamadas «muertos» a pesar de haber sido resucitadas, con ello se designa su estado de perdición: están espiritualmente muertos en sus pecados (Efesios 2:1), murieron la muerte

corporal como paga del pecado y, tras el pronunciamiento de la sentencia, van a la muerte eterna con plena conciencia de su culpa y de su pecaminosidad (Apocalipsis 20:6, 14).

Las pruebas para la sentencia son el libro de la vida¹⁴³ y los libros en los que están registradas todas las obras (Daniel 7:10). En el libro de la vida están todos los que tuvieron parte en la resurrección de vida. Por eso estos ni siquiera estarán delante de este trono, pues su resurrección tuvo lugar ya 1000 años antes. Se dice que todos los que en este juicio no se hallaron inscritos en el libro de la vida fueron lanzados al lago de fuego. ¡Aquí, por tanto, solo están aquellos que serán lanzados al lago de fuego!

Sin embargo, de la descripción de Juan podría deducirse que delante del trono están también algunos que no van al lago de fuego, porque allí encontramos el libro de la vida. ¿Por qué se recurre a él? La razón es que este juicio procede con suma exactitud. Se disipa toda duda que pudiera surgir allí en el caso de una persona respecto a su estado. El examen del libro excluirá toda confusión. Nadie que tenga vida y esté inscrito en este libro sería lanzado injustamente al lago de fuego.

Allí el ser humano es completamente convencido y confrontado con la verdad sobre sí mismo. Para ello sirven también los otros libros, en los que están registrados todos los hechos. Aquí hay que observar especialmente que los incrédulos son juzgados según sus obras. Todas las obras —las supuestamente buenas y las malas— son examinadas, comprobadas y evaluadas. Ante este Juez el ser humano tiene que reconocer cuán corrompida fue su propia vida. Este reconocimiento es terrible, porque allí no hay reparación posible, y tampoco hay ningún abogado que interceda por él.

No se pronunciará una sentencia superficial ni global. El juicio será absolutamente justo e insobornable, hasta en todos los detalles, porque lo ejerce el Juez justo y omnisciente (2 Timoteo 4:8; Salmos 7:11; 9:4).

Juan parece preguntarse una vez más de dónde vienen los muchos muertos. Vio cómo el mar, la muerte y el Hades entregaron a sus muertos. Con ello no queda exceptuado ningún lugar ni ningún estado donde pudiera haber todavía muertos. La muerte y el Hades son lanzados al lago de fuego, con lo cual el postrer enemigo, la muerte, llega a su fin (1 Corintios 15:26).

143. Lucas 10:20; Filipenses 4:3; Hebreos 12:23; Apocalipsis 3:5; 13:8; 17:8; 20:12, 15; 21:27; 22:19.

La primera muerte, es decir, la muerte corporal, ya no existirá entonces, porque después de la última resurrección ya no habrá muertos en el sentido de la separación entre espíritu-alma y cuerpo. Por eso el Hades, como lugar de los muertos, ya no será necesario. La terrible consecuencia de este hecho es que los injustos, es decir, los perdidos, sufrirán con su cuerpo la muerte segunda, el lago de fuego. El Señor Jesús dice que hay que temer a aquel que «puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno» (Mateo 10:28). De estas palabras se desprende de manera inequívoca que el ser humano irá con alma y cuerpo al infierno, es decir, al lago de fuego.

Así pues, esta segunda resurrección sucede únicamente con el fin de que los injustos sean desterrados con su cuerpo al infierno. Su perdición no alcanzará solo a su alma, sino también a su cuerpo. Con ello los muertos, después de su resurrección y del juicio, entran en el estado definitivo y eterno.

Pregunta para profundizar

- ¡Distinga las distintas fases (o momentos) de la resurrección de creyentes e incrédulos!

6 El ser humano en la eternidad

El comienzo del estado eterno, el inicio de una creación completamente nueva (Apocalipsis 21:1), es la consumación de los caminos de Dios con el mundo. La historia de la salvación ha concluido tras un largo tiempo. Al final Dios ha alcanzado Su meta y ha llevado a su consumación Su consejo eterno. En ello Él será glorificado. Él lo ha hecho todo y lo ha dado todo para que el ser humano, Su criatura e imagen, pueda vivir la bienaventuranza y el gozo eterno.

Si en lo que se refiere a la vida después de la muerte dependemos por completo de la revelación de la Palabra de Dios, lo mismo vale cuando se trata del ser humano en la eternidad. También en esta cuestión necesitamos la revelación de Dios. Se debe a la gran gracia de Dios que Él nos revele también esto en tal medida que podamos sacar de ello conclusiones importantes para nuestra vida. El propósito de Dios es siempre que ocuparnos de las cosas futuras no solo satisfaga nuestra curiosidad, sino que tenga también un efecto en nuestra vida diaria.

En la eternidad habrá, igual que hoy, dos grupos de personas: las que tienen vida de Dios y las que no tienen vida de Dios. En esto consiste la relación con nuestro tema, la existencia eterna del ser humano o, dicho de otro modo, la inmortalidad del alma. Si se parte de que el ser humano, después de la muerte, pierde su existencia –aunque solo sea de forma pasajera–, podría sacarse la conclusión de que en algún momento pierde su existencia definitivamente. Por eso entre quienes creen que el alma es mortal se encuentra la opinión de que los incrédulos serán aniquilados un día. Las doctrinas de la mortalidad del alma y de la aniquilación del ser humano se encuentran casi siempre juntas, porque la mortalidad del alma es, naturalmente, el presupuesto para la aniquilación del ser humano. Pero ahora hemos constatado, sobre la base de la Sagrada Escritura, que el ser humano tiene una existencia eterna y que, por tanto, los incrédulos nunca serán aniquilados.

A más tardar en el estudio que sigue se hará evidente que la verdad de la inmortalidad del alma, o de la existencia eterna del ser humano, no es algo accesorio ni secundario. No se la debe barrer debajo de la alfombra en aras de la unidad entre los cristianos. Si se abandona esta verdad, se distorsiona la imagen

de la doctrina bíblica (Romanos 6:17) y se empequeñece el mensaje del evangelio.

6.1 Los creyentes en la eternidad

Muy pocos creyentes dudan de que tienen un futuro eterno. Aunque existan opiniones distintas sobre el «dónde» y el «cómo», todos van al encuentro de la eternidad con gozosa expectativa. Esperamos la venida del día de Dios y unos cielos nuevos y una tierra nueva (2 Pedro 3:11-13).

Dios nos ha llamado en Cristo Jesús a Su gloria eterna (1 Pedro 5:10). Estamos llamados a Su propia gloria y a Su propio reino (1 Tesalonicenses 2:12). Una gloria indecible está preparada para nosotros, que superará con mucho nuestra imaginación (p. ej., Romanos 8:18, 21, 29-30; 2 Timoteo 2:10).

«En el cielo, todo lo que aquí en la tierra nos hace difícil la vida quedará superado para siempre. Los habitantes de este lugar nunca más tendrán que soportar dolor, tristeza, abatimiento, enfermedad, muerte, pecado, egoísmo, cansancio ni sufrimiento, porque “las primeras cosas pasaron” (cf. Apocalipsis 21:4; 22:3). El cielo será un lugar de amor indescriptible, de belleza, de paz, de gozo, de aventura y de comunión con Dios (Apocalipsis 21:4). Nos cuesta imaginar lo que un Dios infinitamente amoroso, todopoderoso y omnisciente hará en la eternidad por aquellos por quienes Él sacrificó de buena voluntad a Su Hijo unigénito (cf. Romanos 8:32; 1 Corintios 2:9; 3:21-23). La vida allí superará con mucho nuestras ideas. Si en el cielo falta todo lo negativo, entonces este lugar tiene que estar lleno de todo lo que es nuevo y positivo: “Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas” (Apocalipsis 21:5).»¹⁴⁴

Vale la pena seguir reflexionando sobre estas glorias y bendiciones celestiales del cristiano, y con gusto me ocuparía ahora de ellas con más detalle. Pero aquí no se trata de la cuestión de la existencia eterna de los creyentes. De ella nadie duda. Distinto es el caso de los incrédulos y de su futuro. Aquí las opiniones divergen de forma fundamental.

144. John Ankerberg y John Weldon, *Fakten über Sterbeerlebnisse*, Pfäffikon (Verlag Mitternachtsruf), 2001, pág. 67.

6.2 Los incrédulos en la eternidad

Los incrédulos que no se han arrepentido y no tienen el perdón de sus pecados morirán en su pecado (Juan 8:21). Después les espera el juicio (Hebreos 9:27). Caen en las manos del Dios vivo (Hebreos 10:31), que es absolutamente santo y que por eso odia y aborrece el pecado. Por eso la resurrección de los incrédulos sucede solo para juicio (Juan 5:29). Es un hecho innegable, que se basa en las declaraciones de la Palabra de Dios: la ira del Dios santo permanecerá para siempre sobre los incrédulos (Juan 3:36).

Preguntamos con el apóstol Pedro: «¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?» (1 Pedro 4:17-18). La Palabra de Dios no nos deja en la incertidumbre al respecto. Pero antes de dar una respuesta a esta pregunta, quisiera recordar una vez más que el Dios Salvador lo ha hecho todo, en la ofrenda de Su Hijo unigénito, para salvar a pecadores perdidos. No es la voluntad de Dios que el pecador se pierda (1 Timoteo 2:4; 2 Pedro 3:9), sino que viva y sea salvado de la muerte eterna. Dios se ocupa de cada ser humano y procura alcanzarlo con Su amor divino. Ningún ser humano podrá jamás culpar a Dios de su destino eterno. La condenación eterna alcanzará a todas aquellas personas que no honraron a Dios, el Creador, y rechazaron a Su Hijo.

El apóstol Pablo habla del obrar justo de Dios, tanto en la gracia como en el juicio: «¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento? Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, el cual pagará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia; tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo» (Romanos 2:4-9).

Ira, enojo, tribulación y angustia son aquí expresiones del justo juicio de Dios sobre el pecador que no se arrepiente. La Sagrada Escritura habla de manera inequívoca del juicio futuro y eterno. No oculta la realidad de la ira de Dios sobre el pecado, como lamentablemente se hace a menudo hoy. La santidad y la justicia de Dios, que entregan al pecador al infierno, no encajan en el pensamiento de la mayoría de las personas y, lamentablemente, tampoco en el de muchos cristianos. Con demasiada frecuencia se cree, o se espera, que Dios

estaría dispuesto a hacer concesiones y pasaría por alto el pecado en Su gracia. Pero esta suposición no ayuda a nadie, porque lleva al ser humano al error en cuanto a la naturaleza de Dios y la naturaleza del pecado y, con ello, también en cuanto a su propio destino eterno.¹⁴⁵

La Sagrada Escritura usa diversas designaciones e imágenes o comparaciones drásticas para describir el juicio eterno de la manera más impresionante posible. Su propósito es mostrar al ser humano con qué seriedad toma Dios el pecado y cuánto hay que temerle en el juicio. La Biblia habla del cielo y del infierno como de lugares realmente existentes y usa un lenguaje figurado para describirlos. No dudamos de la realidad del cielo por el hecho de que se describa con imágenes (véase el Apocalipsis de Juan), y por eso tampoco podemos dudar de la realidad del infierno.

Examinemos, pues, los tres términos e imágenes esenciales que hablan de este juicio. Son el infierno, el lago de fuego y la muerte segunda.

6.2.1 El infierno (Gehena)

El mismo Señor Jesucristo habla en los Evangelios once veces del infierno (Mateo 5:22, 29-30; 10:28; 18:9; 23:15, 33; Marcos 9:43, 45, 47; Lucas 12:5; en el NT solo además en Santiago 3:6). El infierno es el lugar donde los injustos, con plena conciencia de su culpa, quedan solos para siempre y son juzgados por Dios.

Es notable que sea el mismo Señor Jesucristo quien más habla del infierno, el lugar del terrible juicio, aunque Él mismo es la revelación del amor de Dios. Nadie conocía el amor de Dios como Él, y Él había venido para revelarlo. Pero ¿cómo es posible que el amor de Dios sea compatible con un juicio tan terrible? Porque tampoco nadie conocía la santidad de Dios como Él. El apóstol Juan dice: «Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él» (1 Juan 1:5). La expresión *lux* representa aquí la santidad de Dios, en contraste con las tinieblas, una expresión para el pecado y para todo lo que tiene que ver con él.

145. La trivialización y el rechazo del tormento eterno se manifiestan en diversas variantes: 1. Universalismo y reconciliación universal: todos los seres humanos serán salvados al final 2. Condicionalismo o inmortalidad condicional: los no redimidos serán aniquilados, también llamado «aniquilacionismo» 3. Posibilidad de conversión y salvación después de la muerte (condicionalismo hipotético). Cada una de estas doctrinas debe rechazarse como antibíblica y como un vaciamiento de la fe.

Los judíos del tiempo de Jesús tenían cierta idea de lo que había que entender por «infierno» (en griego *gehenna*). Esta idea se derivaba de un lugar conocido y de su historia. La palabra griega corresponde a la palabra hebrea «ge-hinnom». Designa el valle de Hinom, que desciende al sur de la ciudad de Jerusalén (Josué 15:8; 18:16). En la historia de Israel, bajo los reyes Acaz (2 Reyes 16:3) y Manasés (2 Reyes 21:6), este fue el lugar de la idolatría más abominable. Allí se ofrecían niños al ídolo Moloc (2 Crónicas 28:3; 33:6). Se los quemaba al son de tambores para ahogar sus gritos. Dios anunció por estas abominaciones un juicio terrible (Jeremías 7:32; 19:5-9; 32:35).

Durante el avivamiento bajo el rey Josías, este lugar fue destruido y convertido en un montón de ruinas (2 Reyes 23:10). Más tarde este lugar se convirtió en un vertedero de escombros y basura. Allí se llevaban los desechos y la inmundicia de la ciudad de Jerusalén. También se llevaban allí los cadáveres de criminales ejecutados para quemarlos. Era un basurero en el que ardía constantemente fuego para eliminar los desechos. Los gusanos encontraban en los desechos alimento suficiente, de modo que podían existir allí. Por eso, en relación con el infierno, se habla a menudo también del gusano que no muere y del fuego que no se apaga (Marcos 9:43-48; Isaías 30:33; 66:24).

En los escritos de los judíos, lo que sucedía en este lugar se compara con el juicio punitivo, escatológico y eterno de los injustos.¹⁴⁶ El Señor Jesucristo enlaza aquí con la idea judía de aquellos días. Sus palabras, a diferencia de la idea de los judíos, son una revelación de la verdad divina. Destaca especialmente dos cosas:

- El ser humano entero es entregado al juicio del infierno: «temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno» (Mateo 10:28; cf. Lucas 12:5). El juicio del infierno (Mateo 5:29-30) alcanzará al alma tanto como al cuerpo (Lucas 12:47).
- El infierno está inseparablemente unido al fuego: «y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego» (Mateo 5:22). «Mejor te es entrar en la vida manco, que teniendo dos manos ir al infierno, al fuego que no puede ser apagado, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga» (Marcos 9:43-44; cf. Mateo 5:29).

146. Strack / Billerbeck, *Exkurs: Scheol, Gehinnom u. Garten Eden*, Múnich (Verlag C.H. Beck) págs. 1029-1037.
G.W. Bromiley, *Theological Dictionary of the NT*, Grand Rapids (Eerdmans) 1985, pág. 113.

El ser humano teme al fuego. En el infierno el juicio alcanza al cuerpo, al alma y al espíritu. La imagen del fuego habla de tormento y de angustia. No podemos imaginarlo. La imagen es lo bastante impresionante. Es una advertencia que no podría ser más apremiante. El fuego se usa a menudo como expresión del juicio de Dios, que en el día del juicio se dirige contra todo lo que no está en armonía con Dios (Génesis 19:24; Levítico 10:2; Números 16:35; 1 Corintios 3:13; 2 Tesalonicenses 1:8; Hebreos 10:27; 2 Pedro 3:7; Apocalipsis 20:9; 21:8).

Otros versículos que, aunque no mencionan el término «infierno», describen el mismo juicio, son:

«Mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno» (Mateo 18:8).

«... y los echarán [a los hijos del malo] en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes» (Mateo 13:42; cf. 8:12).

Judas dice: «sufriendo el castigo del fuego eterno» (Judas 7).

6.2.2 El lago de fuego

El lago de fuego es, en concordancia con los versículos anteriores, otra designación del infierno (Apocalipsis 19:20; 20:10, 14-15). De este lugar se mencionan solo pocos detalles. Es el lugar donde el pecador no encontrará descanso por toda la eternidad. El lago, como también el mar, sugiere una inquietud perpetua (Apocalipsis 14:11).

Primero la bestia y el falso profeta (dos personas del tiempo del fin, véase Apocalipsis 13) son lanzados al lago de fuego (Apocalipsis 19:20). Van vivos, con su cuerpo, a este lugar que arde con fuego y azufre. 1000 años más tarde el diablo es lanzado al lago de fuego, para ser atormentado día y noche por los siglos de los siglos (20:10).

El lago de fuego, el fuego eterno, ha sido preparado para el diablo y sus ángeles —¡no para el ser humano!— (Mateo 25:41). Pero, como el ser humano siguió al diablo, tomó el mismo camino de la desobediencia y no quiso someterse a Dios, también él encontrará allí su destino eterno (Apocalipsis 20:10, 14-15; 14:10).

El fuego sirve para quemar algo y eliminarlo, como sucedía también con la basura en el valle de Hinom. Sin embargo, en el juicio del infierno no se trata de una quema en el sentido de aniquilación.

Junto a la doctrina de la aniquilación completa del ser humano existe también la concepción de una estancia limitada en el tiempo en el infierno. Esta serviría para saldar una pena limitada o incluso para la purificación en el sentido del purgatorio. Si se interpretara la imagen del fuego en este sentido, todos los impíos se quemarían de inmediato y al instante al quedar expuestos a este fuego. No tienen ni vida nueva ni nada bueno que pudiera quedar tras una purificación. Del infierno no hay escapatoria; tiene únicamente una entrada, pero ninguna salida.

El fuego, tal como ardía en el valle de Hinom, es una imagen de la realidad del infierno, al describir los tormentos del pecador.

6.2.3 La muerte segunda

Ya hemos constatado que la muerte no es el fin de la existencia del ser humano, sino, en principio, un cambio de la forma de existencia. Además, la muerte produce siempre una separación. La muerte segunda y, por tanto, última (Apocalipsis 20:6, 14) es la separación definitiva del pecador respecto de Dios. En esto consiste el juicio eterno del pecador. Por eso Pablo llama a este juicio «eterna perdición, *excluidos de la presencia del Señor*» (2 Tesalonicenses 1:9). Como Dios no puede ver el pecado, tiene que desterrar para siempre al pecador de Su presencia (Mateo 7:23; 25:12), ya que la luz y las tinieblas no pueden tener comunión entre sí (2 Corintios 6:14). El pecador es desterrado a las tinieblas de afuera. Sabrá entonces que Dios no puede aceptarlo con su pecado (Mateo 22:13; Lucas 13:22-28; 2 Pedro 2:17; Judas 13). Muchas personas no quieren tener nada que ver con Dios; entonces estarán también para siempre sin Dios. Este hecho nos hace estremecer ante lo que será para siempre y sin fin la porción de los pecadores.

El alejamiento y la ausencia definitivos de Dios significan estar en las más extremas tinieblas de la muerte: una perdición que nunca termina.

Pregunta para profundizar

- ¿Con qué imágenes describe el NT el destino eterno de los incrédulos?

6.3 ¿Cuánto dura el castigo?

Es una pregunta importante y muy debatida a lo largo de los siglos de la historia de la Iglesia hasta hoy. Aquí las opiniones de muchos cristianos divergen. Unos afirman que el castigo está limitado en el tiempo. Cuando el ser humano haya

cumplido su pena, será aniquilado para siempre o entrará en el cielo. Los otros, entre ellos también el autor, están convencidos, sobre la base de la Palabra de Dios, de que el castigo nunca terminará.

La pregunta no puede responderse objetivamente si las ideas (y deseos) y los sentimientos humanos tienen voz y voto. La Sagrada Escritura tiene que ser la única autoridad. Las afirmaciones de la Biblia dejan inequívocamente claro que el castigo y el tormento de los impíos serán eternos, es decir, ilimitados en el tiempo. Esto se ve claramente en los siguientes pasajes de la Escritura:

«Mejor te es entrar en la vida manco, que teniendo dos manos ir al infierno, al fuego que no puede ser apagado» (Marcos 9:43; cf. Mateo 3:12; Isaías 66:24; Jeremías 17:4).

«Mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno» (Mateo 18:8).

«Sufriendo el castigo del fuego eterno» (Judas 7).

«Él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero; y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche ...» (Apocalipsis 14:10-11; cf. 20:10).

El fuego arde eternamente, es decir, no puede ser apagado. La duración de la eternidad, inimaginable para el ser humano («por los siglos de los siglos»), se compara aquí —para que nos resulte más gráfica— con la sucesión sin fin e incesante del día y la noche.

«E irán estos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna» (Mateo 25:46). «De la doctrina de ... el juicio eterno» (Hebreos 6:2). «Eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor» (2 Tesalonicenses 1:9). «Para los cuales está reservada eternamente la oscuridad de las tinieblas» (Judas 13; cf. 2 Pedro 2:17). «Sino que la ira de Dios está [lit. permanece] sobre él» (Juan 3:36).

«Pero cualquiera que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tiene perdón jamás [lit. por la eternidad], sino que es reo de pecado eterno» (Marcos 3:29; Mateo 6:15; 12:32). Allí donde no habrá perdón del pecado por la eternidad, habrá también eternamente el juicio de Dios sobre el pecado. Dejando aparte la cuestión de qué personas son las que aquí blasfeman contra el Espíritu Santo, también este versículo deja claro que en la eternidad habrá personas que no

tienen el perdón del pecado y sobre las cuales permanecerá eternamente la ira de Dios.

Sin embargo, se objeta que las palabras «eterno» y «eternidad» no siempre describen un período infinito, sino que pueden describir también uno finito. Por eso tenemos que examinar cuál es el significado de estas palabras en el NT con respecto al juicio.

6.3.1 «Eternidad» y «eterno» en el Nuevo Testamento

La palabra «eternidad» corresponde al griego «*aion*». Esta palabra puede tener el significado de un período determinado o de una era limitada: véase Mateo 12:32; 24:3; 28:20; Lucas 16:8; 20:34; Romanos 12:2; 1 Corintios 1:20; 2 Corintios 4:4; Gálatas 1:4; 1 Timoteo 6:17; 2 Timoteo 4:10; Tito 2:12; Hebreos 9:26.

Estos versículos dejan claro que no se trata solo del tiempo como tal, sino de las características morales que caracterizan la era o el curso del tiempo.

«Eternidad» es también —en la mayoría de los pasajes— un período infinito:

- «Hasta la eternidad» (en griego *eis ton aiona*). Esta expresión aparece en los siguientes versículos: Mateo 21:19; Marcos 3:29; 11:14; Lucas 1:55; Juan 4:14; 6:51, 58; 8:35, 51-52; 10:28; 11:26; 12:34; 13:8; 14:16; 1 Corintios 8:13; 2 Corintios 9:9; Hebreos 5:6; 6:20; 7:17, 21, 24, 28; 1 Pedro 1:25; 1 Juan 2:17; 2 Juan 2.
- «Por las eternidades» (*eis tous aionas*). Véanse al respecto los siguientes pasajes: Lucas 1:33; Romanos 1:25; 9:5; 11:36; 16:27; 2 Corintios 11:31; Hebreos 13:8.
- «Por todas las eternidades» (*eis pantas tous aionas*): Judas 25
- «Por la eternidad de la eternidad» (*eis ton aiona tou aionos*): Hebreos 1:8.
- «Por las eternidades de las eternidades» (*eis tous aionas ton aionon*). Esta expresión aparece a menudo: Romanos 16:27; Gálatas 1:5; Filipenses 4:20; 1 Timoteo 1:17; 2 Timoteo 4:18; Hebreos 13:21; 1 Pedro 4:11; 5:11; Apocalipsis 1:6, 18; 4:9-10; 5:13; 7:12; 10:6; 11:15; 14:11; 15:7; 19:3; 20:10; 22:5.

En Apocalipsis 14:11 y 20:10 encontramos una expresión, imposible de intensificar más, de la infinitud del castigo que alcanzará al diablo, a la bestia y al falso profeta, pero también a los seres humanos que siguieron a la bestia. Serán

atormentados «por los siglos de los siglos». En griego, «eternidad» está en plural. Literalmente dice, pues: «por las eternidades de las eternidades».

También el adjetivo «eterno» remite a la ilimitación en el tiempo. Esto puede verse claramente en las bendiciones «eternas» de los creyentes. Los creyentes poseen:

- la «eterna salvación» (Hebreos 5:9)
- la «eterna redención» (Hebreos 9:12)
- la «herencia eterna» (Hebreos 9:15)
- la «gloria eterna» (2 Timoteo 2:10; 1 Pedro 5:10)
- la «casa eterna» (2 Corintios 5:1)
- el «reino eterno» (2 Pedro 1:11).

Ningún hijo de Dios piensa que estas cosas estén limitadas en el tiempo. Precisamente están en contraste con las cosas temporales y pasajeras (2 Corintios 4:17-18).

En contraste con las bendiciones de los creyentes está la suerte de los incrédulos:

- el «castigo eterno» (Mateo 25:46)
- el «fuego eterno» (Mateo 18:8; 25:41; Judas 7)
- el «juicio eterno» (Hebreos 6:2)
- la «eterna perdición» (2 Tesalonicenses 1:9).

Tanto las bendiciones de los creyentes como el castigo de los impíos son igualmente eternos, es decir, sin fin, como lo resume Mateo de forma breve y concisa: «E irán estos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna» (Mateo 25:46).

Otro argumento contra el tormento eterno consiste en que el adjetivo «eterno» no debería referirse a la existencia del pecador ni a la duración de su juicio, sino limitarse solo al efecto, o a las consecuencias, del juicio. La muerte segunda y eterna sería entonces la aniquilación de los impíos. Pero ¿puede hablarse siquiera de la *aniquilación* del ser humano? ¿Significa «perdición» el final de la existencia humana?

6.3.2 «Perdición»

Si la expresión «perdición» se entiende como aniquilación, es decir, como el final de la existencia humana, entonces el castigo del infierno no sería infinito,

sino finito. Sin embargo, esta concepción está en contradicción con los pasajes de la Escritura ya citados. Si el ser humano es realmente aniquilado, ¿cómo puede entonces subir el humo de su tormento y de su suplicio por los siglos de los siglos (Apocalipsis 14:11; 20:10)? ¿Para qué existe el castigo del fuego eterno, si ya no hay nadie para quien «arda» este fuego (Judas 7)? ¿Por qué el fuego del juicio no puede ser apagado (Marcos 9:43)?

Estas palabras de la Escritura dejan claro que *perdición* no puede tener el significado de *aniquilación*. Así lo dejan claro también otros pasajes del NT. El NT griego tiene varias palabras para «perdición», de las cuales cito aquí las más importantes, que se usan también para el juicio de los impíos en la eternidad.

Sustantivo «perdición» (apoleia)

Esta palabra aparece 19 veces y se traduce de distintas maneras:

- «desperdicio» o «derroche» (Mateo 26:8; Marcos 14:4)
- «entregar» (Hechos 25:16)
- «hijo de perdición» (Juan 17:12; 2 Tesalonicenses 2:3)
- «perdición» (Mateo 7:13; Romanos 9:22; Filipenses 1:28; 3:19; 1 Timoteo 6:9; Hebreos 10:39; 2 Pedro 2:1; 3:7; 3:16; Apocalipsis 17:8, 11)

Verbo «perder, destruir» (apollymai)

Lo mismo vale para el verbo «perder, destruir» (86 apariciones en el NT):

- «perecer» de la tierra en el diluvio (2 Pedro 3:6; cf. Hebreos 1:11)
- «perecer, pasar» (1 Pedro 1:8, entre otros)
- «matar» (Mateo 2:13; 12:24; 21:41; 27:26, entre otros)
- «perecer, morir» (Mateo 5:29-30; 8:26; 26:52; Judas 11, entre otros)
- «perdido», referido a personas, animales y cosas (Mateo 10:6; 15:24; 16:25; 18:11, 14; 2 Corintios 2:15; 2 Tesalonicenses 2:10; 2 Juan 8, entre otros)
- «destruir» el cuerpo y el alma en el infierno (Mateo 10:28)
- «perderse» los odres de vino (Mateo 9:17)
- «destruir, exterminar» (Judas 5)

Sustantivo «perdición» (olethros)

Esta palabra aparece cuatro veces en el NT: 1 Corintios 5:5; 1 Tesalonicenses 5:3; 2 Tesalonicenses 1:9; 1 Timoteo 6:9.

En 2 Tesalonicenses 1:7-9 tenemos una descripción impresionante del juicio del Señor en Su aparición, pero al mismo tiempo también del juicio eterno: «y a vosotros que sois

atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de [o: lejos de] la presencia del Señor y de la gloria de su poder.»

6.3.3 Resumen

También estos términos tienen, como la *vida eterna*, significados distintos. En unos pocos pasajes pueden significar la destrucción de una cosa o la eliminación de personas de la tierra. Pero *perdición* nunca significa la aniquilación o extinción del ser humano. Puede significar la pérdida de la vida terrenal. Pero eso no es el final de la existencia, sino solo el paso a otra forma de existencia.

La perdición es la caída y la ruina moral, que no es aniquilación, sino el deterioro radical de un estado. La perdición nunca es la pérdida de la existencia, sino la pérdida de todo lo que da valor a la existencia. Si en estos versículos se pone, en lugar de «perdición», la palabra «aniquilar» o «aniquilación», no solo se desfigura el sentido: los versículos se vuelven además completamente incomprensibles.

La perdición eterna de los impíos consiste en que estarán para siempre separados de Dios y expuestos al juicio. Están perdidos y se encuentran en las tinieblas de afuera (Mateo 8:12; 22:13; 25:30; Judas 13)

Preguntas para profundizar

- ¿Cómo se puede responder a las concepciones erróneas de que...
- los incrédulos, o sus almas, son aniquilados?
- su castigo está limitado en el tiempo?

6.3.4 La justicia y la santidad de Dios

Para el entendimiento y la sensibilidad humanos es difícil imaginar que exista un juicio eterno y un castigo incesante del pecador. Pero a menudo se ve solo el final, sin tener en cuenta cómo se llegó a él. Nuestra propia idea no debe guiarnos. Precisamente en esta pregunta última se tiende a dar a los propios pensamientos la precedencia sobre la Palabra de Dios. Pero la Palabra de Dios es la única medida, a la que en todas las cuestiones solo podemos someternos con humildad.

Recordemos una vez más que Dios no se complace en condenar al pecador: «Porque no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres» (Lamentaciones 3:33). Pero, entonces, ¿por qué existe un juicio eterno? La respuesta es: porque Dios no solo es amor, sino también luz: es un Dios de absoluta justicia y santidad. La justicia de Dios exige el pago de la deuda del pecado, el castigo del pecador. La santidad de Dios no puede tolerar el pecado y tiene que quitar y consumir todo lo que está relacionado con él (Josué 24:19).

El profeta Isaías dice: «Pero Jehová de los ejércitos será exaltado en juicio, y el Dios Santo será santificado con justicia» (Isaías 5:16).

Quien niega el juicio eterno pone en tela de juicio la naturaleza misma de Dios. Dios es inmutable en Su naturaleza y nunca renuncia a Su justicia y santidad. Además de la inmutabilidad de Dios, se subestiman también la naturaleza y el alcance del pecado. El pecado es la razón del juicio eterno. ¿Y qué es el pecado a los ojos de Dios? El pecado no es ni debilidad ni una falta sin importancia; «el pecado es *iniquidad*» (1 Juan 3:4). La iniquidad –literalmente, el estar sin ley– no es solo la transgresión de un mandamiento, sino el rechazo de toda ley divina, es decir, la voluntad propia y la negación de la autoridad de Dios. En último término es anarquía, el desprecio del derecho del Creador sobre Sus criaturas. El pecado es enemistad y rebelión contra Dios.

El pecado no se manifiesta necesariamente en una enemistad pública contra Dios, sino que se hace presente de muchas formas. Por el pecado se ofende la majestad y la honra de Dios. Por eso Dios no dejará impune el pecado. Restablecerá Su honra y cumplirá las exigencias de Su santidad. Los hijos de Dios tienen que ver con el mismo Dios, pero las exigencias de Dios para con ellos las cumplió el Hijo de Dios en la cruz.

También nuestra sensibilidad como hijos de Dios está, lamentablemente, influida y empañada por el pecado. Nosotros mismos éramos pecadores por naturaleza. Por eso no somos neutrales en nuestro juicio¹⁴⁷ y no podemos adaptar la ira de Dios sobre el pecado a nuestra medida. ¿Qué idea tenemos de lo que Dios siente respecto al pecado? ¿Queremos prescribirle que no debe castigar eternamente al pecador por su pecado? Es única y exclusivamente

147. El Espíritu Santo procura constantemente que entendamos qué es el pecado, para que lo odiamos y lo sintamos como Dios lo siente (cf. 1 Juan 1:5–2:2).

asunto de Dios cómo trata al pecador. Él nunca necesita una justificación de lo que hace, y sin embargo nos explica estas cosas en Su Palabra.

El juicio eterno no pone en duda el amor de Dios. Él lo ha hecho todo y ha demostrado que el cielo y la gloria eterna están abiertos para todo ser humano. Por eso el Dios santo y justo¹⁴⁸ no es injusto cuando condena eternamente al pecador. Dios será glorificado también en ello. ¡Dios es magnífico en santidad (Éxodo 15:11)!

El apóstol Pablo dice: «Antes bien sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso; como está escrito: “Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando fueres juzgado”. Y si nuestra injusticia hace resaltar la justicia de Dios, ¿qué diremos? ¿Será injusto Dios que da castigo?» (Romanos 3:4-5).

6.3.5 La cruz del Gólgota

Ya que hemos llegado al final de este libro, queremos, bajo la impresión del terrible juicio que espera al pecador, echar una mirada a las horas más importantes de la historia de la humanidad.

Hemos constatado que Dios nunca renuncia a Su justicia y santidad en favor de Su amor y Su gracia. La cruz del Gólgota nos ofrece la prueba más impresionante de ello. La cruz nos recuerda la santidad y la justicia de Dios, que no hizo excepción ni siquiera con el Hijo de Dios cuando Él se entregó a sí mismo por nuestros pecados: una obra divinamente perfecta, realizada por una Persona divina, para librarnos de un juicio infinito.

El Hijo de Dios, que no tiene pecado, asumió el juicio en lugar nuestro. Con nuestro pecado se encontró con el Dios santo, que por ello lo castigó en la cruz. Él llevó nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero (1 Pedro 2:24), fue hecho pecado en lugar nuestro (2 Corintios 5:21), se hizo maldición por nosotros en el madero (Gálatas 3:13).

Marc Tapernoux lo expresa acertadamente: «Esto sucedió para que el pecado fuera expiado y se satisficieran las exigencias de la justicia, de la santidad y de la gloria de Dios, y para que Dios, por otra parte, pudiera indultar a pecadores. La grandeza de este sacrificio [Hebreos 10:1-18], el valor infinito de Aquel [Mateo 3:17; 17:5] que expió la culpa [1 Juan 2:2; 4:10], la gravedad del juicio que cayó sobre Él [Mateo 27:46; Salmos 22; 42; 69], nos hacen comprender la gravedad

148. Apocalipsis 16:5; Salmos 47:8; 119:137; Isaías 6:3.

del pecado que había que expiar y la magnitud de la perdición a la que este precipitó al ser humano: es una perdición eterna.»¹⁴⁹

Quien dice que el castigo está limitado en el tiempo afirma con ello que el pecado, a los ojos de Dios, no es lo bastante grave como para acarrear un castigo eterno. Pero si el pecado es tan inofensivo, ¿por qué juzgó entonces Dios a Su propio Hijo de una manera tan terrible en la cruz? ¿Por qué lo abandonó allí en las tres horas de tinieblas? ¿Por qué lo hirió tan terriblemente (Isaías 53; Zacarías 13:7)?

¿Era necesaria esta obra espantosa si solo teníamos que ser librados de cierta suma de sufrimientos temporales? Ciertamente no. No nos libró de una suma de sufrimientos limitados en el tiempo, sino de la santa ira de Dios, que fue tan terrible que ni siquiera el propio Hijo de Dios fue eximido de ella (Romanos 5:8-10; 8:32).

Si se afirma que el pecador perdido no será castigado eternamente, sino que un día será aniquilado, ¿entonces se menosprecian los sufrimientos del Hijo de Dios! Esa es la funesta consecuencia que se desprende forzosamente de esta concepción. Si se tratara solo de librarnos de un tormento pasajero, no habría sido necesario que el Hijo de Dios viniera a nosotros y se sacrificara a sí mismo por nosotros. Pero como la ira de Dios y el juicio son eternos, solo una Persona divina podía llevarlos en nuestro lugar y librarnos de ellos.

Si se niega el tormento eterno, las consecuencias tienen tal alcance que con ello se toca y se rebaja incluso la obra redentora de Jesucristo. ¡Dios nos guarde de menoscabar en forma alguna el valor infinitamente grande del sacrificio divinamente grande! Mantengámonos firmes en que el Hijo de Dios tomó allí sobre sí, en toda su magnitud, el castigo que nos habría alcanzado eternamente.

Esta es la mayor prueba del amor infinito de Dios y, al mismo tiempo, de la santidad inmutable de Dios.

Es la eterna misericordia,
que todo pensamiento excede;
la de Aquel que, con brazos abiertos de amor,
se inclina hacia el pecador;
que nos libra de maldición y muerte
y nos conduce a la gloria de Jesús.

149. Marc Tapernoux, *Das ewige Gericht*, Zürich (Beröa-Verlag), 1962, pág. 5.

No habíamos de perdernos,
Dios quiere que seamos socorridos;
por eso vino el Hijo a la tierra
y después tomó posesión del cielo.
Así viene ahora del trono de la gracia
la plenitud de la gracia por el Hijo.

Oh gracia, que todos los pecados
puede borrar ahora por la sangre de Cristo,
y que ahora hace anunciar en todo lugar
perdón y paz a todo hombre.
La salvación eterna está ya preparada,
¡oh maravilloso tiempo de la gracia!

7 Apéndice

7.1 ¿Qué enseña la Sagrada Escritura sobre el Seol y el Hades?

Respuesta a preguntas en Bible Treasury, tomo N 9, página 79

Preguntas

¿Designa la expresión «así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches» (Mateo 12:40) algo más que el sepulcro, y la expresión «descendido a las partes más bajas de la tierra» (Efesios 4:9) algo más que la muerte y el sepulcro?

¿Está de acuerdo con la Escritura decir que el Seol o el Hades (incluidos el seno de Abraham y el paraíso) están debajo de la tierra, y que el Señor Jesús descendió allí y se llevó consigo a algunos a lo alto? ¿O estuvo el paraíso, o el seno de Abraham, siempre en el cielo y nunca debajo de la tierra, ni siquiera en el tiempo del Antiguo Testamento?

¿Qué significa la expresión «descender al Seol»?

¿Es el «abismo» algo distinto del «Hades»?

¿Pueden aplicarse las palabras Seol o Hades al cielo, que al fin y al cabo es una parte de lo invisible?

J.C.B.

Respuesta

La expresión veterotestamentaria «Seol» aparece 65 veces y en la «Authorised Version» se traduce 31 veces por «sepulcro», 3 veces por «abismo» y 31 veces por «infierno». Esto muestra que la palabra puede tener distintos significados. En la Septuaginta (traducción griega del AT), la misma palabra se ha traducido 31 veces por «Hades», dos veces por «muerte» (thanatos) (2 Samuel 22:6; Proverbios 23:14) y en dos pasajes (Job 24:19; Ezequiel 32:21) no se ha traducido en absoluto, porque la lengua griega no conoce ninguna palabra que pudiera expresar el significado en esos pasajes.

En los pasajes siguientes –por mencionar solo algunos–, Génesis 37:35; 42:38; 44:29, 31; Números 16:30-31; 1 Reyes 2:6, 9; Salmos 49:14; 141:7, «Seol» significa simplemente «sepulcro», y así se ha traducido también en la versión inglesa, con excepción de Números 16, donde dice «abismo», mientras que en todos los demás pasajes la expresión «Seol» designa el lugar de los espíritus de

los difuntos. El sepulcro recibe el cuerpo sin vida. En resumen, podemos decir que la expresión veterotestamentaria «Seol» se usa tanto para el sepulcro como para el lugar de permanencia de los espíritus de los difuntos.

Si ahora nos volvemos al Nuevo Testamento, este doble significado desaparece, porque la vida y la inmortalidad han sido sacadas a luz por el evangelio. La palabra «Hades», que en realidad es la traducción griega de la palabra hebrea «Seol», se refiere en el NT solo al mundo de los espíritus de los difuntos, igual que las palabras «muerte» y «sepulcro» (Apocalipsis 20) se refieren solo al cuerpo y no al alma y al espíritu. Es el cuerpo el que muere, mientras que el espíritu vuelve a Dios, que lo dio. El espíritu y el alma nunca dejan de existir. El Hades recibe solo a muertos incrédulos. Cuando el creyente es llamado a la patria celestial, no va al Hades, sino al paraíso.

Algunos opinan que el Hades recibe en la muerte de igual manera tanto a creyentes como a incrédulos, y que estas dos clases están, sin embargo, separadas por una gran sima. La Escritura no dice en ningún lugar que los creyentes vayan al Hades, sino más bien que están lejos de él (Lucas 16:23). Si el versículo 10 del Salmo 16, un versículo que se cita dos veces en Hechos 2, fuera una base para la doctrina de que el Señor, después de Su muerte, descendió al Seol o al Hades y que Su alma no fue dejada allí —pero sabemos que fue al paraíso, un jardín de delicias y no de tinieblas, donde estuvo también el ladrón en la cruz—, entonces tendría que haber allí dos partes, para creyentes y para incrédulos. Pero este error surgió a causa de una traducción equivocada de este versículo en la versión inglesa. Este versículo expresa: «No dejarás mi alma al [no: en el] Seol (no la entregarás ni la remitirás allí)». Esta traducción correcta está confirmada por el «texto corregido» de Hechos 2:27, 31, reconocido por Lachmann, Tischendorf, Tregelles, Westcott, Hort y otros traductores.

La palabra «Hades» nunca se usa en el NT en un sentido positivo. Si en el Hades hubiera tanto un ámbito para creyentes como uno para incrédulos, ¿por qué leemos sin excepción del Hades en relación con incrédulos y no encontramos ni una sola indicación de que allí se encuentre un creyente?

Con las expresiones «en el corazón» o «las partes más bajas de la tierra» se refiere al sepulcro. Nuestro Señor no solo murió, sino que también fue sepultado y resucitado al tercer día. De ello Jonás es una figura. El Salmo 139:15 puede guardarnos de una interpretación demasiado literal de las palabras. Sin duda, con las partes más bajas de la tierra se alude aquí a algo invisible u oculto.

El sepulcro fue asegurado con una guardia después de haber sido sellado con una piedra (Mateo 27:66). Ningún ojo humano podía mirar dentro del ámbito santo en el que yacía el cuerpo de Jesús.

Antes de que viniera Cristo, la expresión «en el seno de Abraham» era para el judío piadoso la quintaesencia de la bienaventuranza, porque sabía que Abraham fue llamado «amigo de Dios». Estar con Cristo es la bienaventurada perspectiva de un cristiano. Eso está arriba, en el paraíso de Dios. El paraíso no es lo mismo que el Hades. Abraham no estaba en el Hades, sino que el alma atormentada que estaba en el Hades lo vio «de lejos». Es una invención humana que el Señor estuviera en el Hades y liberara de allí a alguien. El Señor no fue al Hades, sino al paraíso. La Escritura no da ni una sola indicación de una liberación del Hades. Los pasajes Jueces 5:12; Salmos 68:18; Efesios 4:8 no hablan de la liberación de cautivos, sino de la captura de poderes malignos, a los que aquí se llama la cautividad. Cristo despojó a los principados y a las potestades y los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos (Colosenses 2:15). Llevó cautiva la cautividad. Esto no se refiere a la liberación de cautivos del infierno, como algunos lo interpretan.

«Descender al Seol» se refiere al sepulcro o a la fosa. Ambos están debajo de la tierra.

El abismo (Apocalipsis 20) es un lugar al que no llega ningún ser humano, sino donde Satanás estará atado durante mil años, antes de ser lanzado definitivamente, por toda la eternidad, al lago de fuego. El Hades, en cambio, recibe el alma y el espíritu de los que murieron sin estar reconciliados con Dios, es decir, de los muertos incrédulos, cuyo espíritu habitó un día en el cuerpo mortal. El alma y el espíritu van al Hades, mientras que el cuerpo, formado del polvo, encuentra un lugar en la tumba (en el mar o en la tierra) y espera la resurrección para juicio. Cuando el ser humano sea resucitado —el cielo y la tierra ya no existirán entonces—, no será lanzado al Hades (que entonces ya no existirá), sino al lago de fuego, que no está preparado para los seres humanos, sino para el diablo y sus ángeles (Mateo 25:41). El creyente que ha dormido no es resucitado para juicio, sino para la gloria (Filipenses 3:20-21).

Las palabras «Seol» o «Hades» no pueden referirse al cielo, porque están en contraste con él.

Nota del traductor

La palabra Hades aparece en el NT en los siguientes pasajes:

Mateo 11:23 (Lucas 10:15): En estos dos pasajes el Hades está en claro contraste con el cielo. El Señor dice que Capernaúm será abatida hasta el Hades. El significado negativo es evidente.

Mateo 16:18: Aquí el Señor dice que quien, por el nuevo nacimiento y la fe, ha llegado a ser una piedra viva en la casa de Dios no puede ser vencido por las puertas del Hades, es decir, nunca llega al Hades. Este pasaje es igualmente de sentido claramente negativo, ya que el Señor dice lo que no puede suceder.

Lucas 16:23: El rico alza sus ojos en el Hades y está allí en tormentos. No se dice que Lázaro estuviera también en el Hades. Por el contrario, el rico ve a Lázaro en el seno de Abraham. El seno de Abraham, o el paraíso, no es una parte del Hades, sino que ambos son lugares claramente distintos, y es imposible pasar de un lugar al otro. «Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros.»

Hechos 2:27, 31: La traducción de la cita del Salmo 16:10 en Hechos 2:27, 31 no es, a mi juicio, correcta. En la Septuaginta dice literalmente *enkataleipbes eis haden* («dejar al Hades»). La forma básica del verbo es *enkataleipo* y en otros lugares se traduce mejor por «abandonar a» (o: «desamparar»). Esta palabra *enkataleipo* aparece en el NT, además de en Hechos 2:27, 31, otras 8 veces, y se ha traducido 6 veces por «desamparar» (Mateo 27:46; Marcos 15:34; 2 Corintios 4:9; 2 Timoteo 4:10, 16; Hebreos 13:5), una vez por «dejar» (Romanos 9:29) y una vez por «descuidar» o «dejar» (Hebreos 10:25). Lo decisivo es que aquí no dice *en haden* (dativo, como en Lucas 16:23), sino *eis haden* («al Hades», acusativo). La preposición *eis* («a, hacia, en») va solo con acusativo. El acusativo indica, tanto en griego como en alemán, el movimiento o la dirección. Si en el texto original dijera *en haden*, *enkataleipbes* podría traducirse por «dejar atrás». La expresión *eis haden* excluye esta posibilidad. Aquí no se trata de una cuestión de distintas lecturas, sino claramente de una cuestión de traducción¹⁵⁰ (cf. las

150. Sin embargo, esta opinión se aparta de la de J.N. Darby, que tradujo estos pasajes de otra manera (cf. el prólogo de la traducción Elberfelder sobre el Hades y el infierno, que procede de J.N. Darby, *Coll. Writings*, tomo 13).

detalladas observaciones de W. Kelly en sus libros *An Exposition of the Acts of the Apostles* y *The Preaching to the Spirits in Prison*).¹⁵¹

La preposición *eis* aparece, entre otros lugares, en Mateo 18:20: «congregados en (literalmente: a) mi nombre»; además, en relación con el bautismo, p. ej., Romanos 6:3-4; 1 Corintios 10:2, etc. (cf. el prólogo de la traducción Elberfelder [traducción alemana de la Biblia] respecto al bautismo).

Pedro cita en Hechos 2 precisamente por eso el Salmo 16:10, para demostrar que Dios resucitó a Aquel que había sido clavado en la cruz y muerto por manos de inicuos. No era posible que el Señor quedara en la muerte y fuera retenido por ella. Con esta cita, en los versículos 25-27, Pedro quiere decir que el Señor nunca estuvo en el Hades. Dios no podía permitir que el alma del Señor estuviera en el Hades durante el tiempo en que Su cuerpo yacía en el sepulcro. Así como Su cuerpo no vio corrupción, tampoco Su alma fue remitida al Hades. Los inicuos lo habrían hecho si hubiera estado en su poder. Pero Dios pensaba de otra manera, porque el Señor Jesús tenía toda la complacencia de Dios. Eso lo demostró luego Dios de la manera más clara al resucitar al Señor. ¿Hay algún pasaje que deje más claro el carácter negativo del Hades?

Apocalipsis 1:18: Aquí vemos que el Señor tiene las llaves de la muerte y del Hades. En este versículo el Señor se nos presenta como el Juez, como lo vemos también en Apocalipsis 20:11-15, donde juzga a todos los muertos. Allí la muerte y el Hades tienen que devolver a todos los muertos para que sean

151. W. Kelly, *The Preaching to the Spirits in Prison*, 1 Peter III. 18-20, Sunbury (Belivers Bookshelf), págs. 133, 134: «La palabra hebrea en el Salmo 16:10 no significa “en”, sino “al” Seol; no implica ningún descenso, como tampoco Hechos 2:27 en el texto crítico (*eis haden*) de Alford, Lachmann, Tischendorf, Tregelles, Wordsworth, Westcott y Hort. Así, la Revised Version traduce con razón el hebreo: “No dejarás mi alma al Seol [no la abandonarás al Seol]”, etc., aunque traduce erróneamente el griego como “en” en lugar de “al”. Cuando nuestro Señor murió, encomendó Su espíritu en las manos de Su Padre, que con toda seguridad está en el cielo; y el ladrón convertido, por tarde que ocurriera, estuvo aquel mismo día con Él en el paraíso (Lucas 23). Ahora bien, ya hemos visto que el paraíso, en lugar de estar en el Hades, está en el cielo, y, como se ha dicho, es su parte más gloriosa. Un apóstol lo relaciona con el “tercer cielo” (2 Corintios 12:3-4); y nuestro Señor dice por medio de otro que al que venza (en la glorificación) le dará a comer del árbol de la vida, ciertamente no en el Hades (Apocalipsis 2:7). En el Antiguo Testamento, el Hades, como también la muerte, la vida y la incorruptibilidad, quedaban indeterminados; pero estas cosas, y muchas más, han sido sacadas a luz por el evangelio. Por eso nuestro Señor, en la última parábola de Lucas 16, describe al rico, que no tenía ni fe ni amor, alzando sus ojos en el Hades después de la muerte; en cambio, al creyente Lázaro, bienaventurado junto al fiel Abraham. Se había establecido una sima tan grande que excluía el paso de uno a otro lado. El Hades estaba, en efecto, “lejos”; y estar allí significa estar “en tormentos”. No se dice ni una palabra de que Lázaro estuviera allí; estaba en el seno de Abraham.

juzgados. Satanás no devuelve voluntariamente a los muertos. Pero el Señor tiene también sobre la muerte y el Hades el poder último.

Apocalipsis 6:8: El Hades sigue al caballo amarillo, montado por la muerte. Este pasaje está relacionado con los juicios que vendrán sobre la tierra después del arrebatamiento. A los que la muerte mata, el Hades los recibe inmediatamente, naturalmente solo el alma y el espíritu de los muertos. Los judíos fieles que mueren durante este tiempo se encuentran, por el contrario, debajo del altar (cap. 6:9).

Apocalipsis 20:13-14: Aquí la muerte y el Hades son lanzados al lago de fuego. La muerte y el Hades son lo último que está en oposición a Dios y por eso es lanzado al lago de fuego. ¿Iba Dios a remitir el espíritu y el alma de un creyente, que ya están salvados, a un lugar que está en oposición a Él? ¡Es imposible! La muerte está también en oposición a Dios, pero para el creyente es la puerta a lo invisible. Si el Señor no viene antes, también nosotros tenemos que pasar todavía por la muerte, porque el cuerpo del pecado todavía no ha sido redimido. Pero nuestra esperanza es que el Señor viene, y que viene pronto, y que «transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas» (Filipenses 3:21).

Werner Mücher

7.2 Tabla con los diversos términos

Designación	Pasajes bíblicos	Significado
Seol (hebr.)	65 veces en el AT; p. ej., Génesis 37:35; 42:38; en la tierra.	En primer lugar, el sepulcro, la fosa
	44:29, 31; Números 16:30-33; 1 Reyes 2:6, 9; Salmos 49:14; 141:7, etc.	reino de los muertos, sin distinguir el lugar de permanencia de personas creyentes o incrédulas
Hades (gr.)	Mateo 11:23; 16:18; Lucas 10:15; 16:23; Hechos 2:27, 31; Apocalipsis 1:18; 6:8;	Lugar de permanencia de los muertos incrédulos. Lugar de tormentos. En el NT, Hades tiene
	20:13-14	siempre un significado negativo
Paraíso	Lucas 23:43; 2 Corintios 12:4; Apocalipsis 2:7	Lugar de los creyentes que han dormido, en gozo consciente

Seno de Abraham	de Lucas	16:22-23	Otra designación del paraíso	
Lago de fuego – lago que arde con fuego y azufre	Apocalipsis 19:20; 20:14-15; 21:8 (cf. «castigo eterno» en Mateo 25:46)			Lugar de permanencia de los seres humanos, de Satanás y de sus demonios, que experimentarán incesantemente, por toda la eternidad, los tormentos del juicio. Hasta hoy nadie está en el lago de fuego. Los primeros en ser desterrados allí serán la bestia y el falso profeta; Satanás, solo 1000 años más tarde; y con él, entonces, todos los incrédulos.
Infierno (gr. gehenna)	Mateo 5:22, 29-30; 10:28; 18:9; 23:15, 33; Marcos 9:43, 45, 47; Lucas 12:5; Santiago 3:6		Otro nombre del lago de fuego	
Abismo (hebr. abbadon)	Job 26:6; 28:22; 31:12; Salmos 88:11; Proverbios 15:11; 27:20; Lucas 8:31; Romanos 10:7; 2 Pedro 2:4; Apocalipsis 9:1, 11; 11:7; 17:8; 20:1, 3			El abismo es, entre otras cosas, el lugar de custodia de los ángeles caídos, a los que Dios ha atado hasta el juicio definitivo.
Cielo	más de 700 veces en la Biblia			La Biblia distingue entre el 1.er cielo (= cielo atmosférico), el 2.º cielo (universo, espacio interestelar) y el 3.er cielo, donde están el trono de Dios y el paraíso (2 Corintios 12)
Casa del Padre	del Juan	14:2		Cielo increado, en el que las tres Personas de la Deidad han morado desde siempre y en el que entrarán todos los creyentes de la asamblea (iglesia, congregación) de Dios

8 Bibliografía

Ankerberg, J., *Fakten über das Leben nach dem Tod*, Pfäffikon (Verlag Mitternachtsruf) 2001

Ankerberg, J., *Fakten über Sterbeerlebnisse*, Pfäffikon (Verlag Mitternachtsruf) 2001

Bergmann, G., *Leben nach dem Tod?*, Gladbeck 1960

Brand, Reinhard, Godzik, Peter *Die gemeinsame christliche Hoffnung über den Tod hinaus und ihre unterschiedliche Auslegung*, 1992

Brinke, G. R., *Jenseitiges und Zukünftiges*, Frutigen

Brockhaus, R., *Botschafter des Heils in Christo*, «Unsterblichkeit der Seele, Seelenschlaf und Verdammnis», 1919

Bouter, H., *Onnaspeurlijke Rijkdom, Bijbelstudies over het Paradijs van God*, Gouda, 2003

Cremer, H., *Jenseits des Grabes*, 1886, Gießen (TVG) 1987

Darby, J. N., *Die ewige Pein*, Neustadt (E.-P. Verlag)

Fijnvandraat, J. G., *Wiedergeboren – in Ewigkeit?*, Schwelm 1980

Grant, F. W., *Facts and Theories as to a future state*, Carolina del Norte 1889

Hallesby, O., *Himmel, Tod und Hölle*, Wuppertal (Rudolf Brockhaus Verlag)

Hauke, Dr., Rainer, *Wo sind unsere Toten? Ein vernachlässigter Aspekt der individuellen Eschatologie* (lección de habilitación)

Heidler, F., *Die biblische Lehre von der Unsterblichkeit der Seele* (Beiträge zur systematischen Theologie), Vandenhoeck & Ruprecht

Hole, F. B., *Das Feuer, das nicht erlischt*, Hückeswagen (CSV) 1987

Ironside, H. A., *Death and afterwards*, Neptune (Loizeaux Brothers) 1924

Jennings, F. C., *The Human Body, Its Source, History and Destiny*, Essex 1927

Lockyer, H., *Was geschieht nach dem Tod*, Wetzlar (Verlag Hermann Schulte) 1976

Lutzer, E. W., *Fünf Minuten nach dem Tod*, Dillenburg (CVD) 1999

Ouweneel, W. J., *Das ewige Leben*, Neustadt (E.-P. Verlag) 1980

Ouweneel, W. J., *Herz und Seele*, Dillenburg (CVD) 1991

Ouweneel, W. J., *De leer van de mens*, Buiten & Schipperheijn, 1986

Ouweneel, W. J., *Ende gut – alle(s) gut?*, Bielefeld (CLV) 1993

- Pache, R., *Das Jenseits*, Wuppertal (Verlag Sonne und Schild) 1957
- Pfannmüller, G., *Tod, Jenseits und Unsterblichkeit*
- Pollock, A. J., *Eternal Life*, Londres
- Rawlings, M., *Zur Hölle und zurück*, Hamburgo (C. M. Fliß) 1996
- Rienecker, F., *Das Schönste kommt noch I, II*, Wuppertal (Verlag Sonne und Schild) 1964
- Rincke, H. W., *Vom Zustand nach dem Tode*, Basilea, 1885
- Schwengeler, B., ed. *Sterbeerlebnisse, Ufo, Anthroposophie*, Berneck, 1981
- Steinmeister, A., *Auferstehung – Realität oder Illusion*, Wuppertal (Telos) 1989
- Swihart, P. J., *Der Tod – wirklich anders?*, Bad Liebenzell, 1979
- Tapernoux, Marc, *Das ewige Gericht*, Zürich (Beröa Verlag) 1962
- Zodhiates, S., *Leben nach dem Tod*, Dillenburg (CVD) 1978

Los siguientes libros exponen total o parcialmente la posición contraria

- Cullmann, O., *Unsterblichkeit der Seele oder Auferstehung der Toten*, Stuttgart (Quell Verlag) 1986
- Custance, A. C., *Journey out of time*, A study of the interval between death and resurrection of the body, Ontario (Doorway Publication)
- Le Seur, P., *Die Zukunft der Toten*, Wuppertal (Aussaat Verlag) 1974
- Jukes, A., *Der zweite Tod und die Wiederbringung aller Dinge*, 1912 (1987)
- Magner, J., *Zukunft ohne Tod*, Hamburgo (Saatkorn Verlag)
- Petry, P., *Allaussöhnung, Tod und letzte Dinge*, Pforzheim (Konkordanter Verlag) 1986
- Raiber, H., *Wir werden was wir sind* (Chiron Verlag) 1986
- Tobler, G., *Wann beginnt das ewige Leben*, Zürich (Advent-Verlag)
- Tod und Leben*, Studien zur christlichen Anthropologie, Ginebra (Edition Oikumene) 1840
- Tomasi, M., *Tod und Auferstehung, Himmel und Hölle*, Zürich (Advent Verlag)
- 77 Fragen an die Gemeinschaft der Siebenten-Tags-Adventisten*, 1988

Obras de consulta

- Handreichungen aus dem Worte Gottes*, revista mensual 1913-1938, Bielefeld (CLV)
- Kommentar zum Neuen Testament aus Talmud und Midrasch*, C. H. Beck, Múnich (Strack & Billerbeck),

Texte der Kirchenväter, Múnich (Kösel Verlag) 1963

The Bible Treasury, edited by William Kelly 1856-1920, Winschoten (H. L. Heijkop Verlag)

The Collected Writings of John Nelson Darby, Winschoten, (H.L. Heijkoop Verlag) reimpresión 1972

Revistas

An Outline of Sound Words, W. C. Reid, Edingburgh

Bibel und Gemeinde, revista de la Bibelbund

De Bode van het heil in Christus, Vassen (Uitgeverij H. P. Medema)

Comentarios bíblicos

Best, E., *Second Corinthians, A Bible Commentary for Teaching and Preaching*, Atlanta (John Knox Press)

de Boor, W., *Der zweite Brief des Paulus an die Korinther*, Wuppertal (R. Brockhaus Verlag) 1972

Godet, F., *Kommentar zu dem Evangelium des Lukas*, TVG

Godet, F., *Kommentar zum 1. Brief an die Korinther*, TVG

Grosheide, F.W., *Paulus eerste Brief aan de Kerk te Korinthe*, Korte Verklaring der Heilige Schrift, Kampen

Kelly, W., *Notes on the second Epistle of Paul the Apostle to the Corinthians with a new Translation*, Londres

McDonald, W., *2 Corinthians* (Emmaus Bible School), 1961,

Ouweneel, W. J., *Wij zien Jezus, Bijbelstudies over de Brief aan de Hebreë*

Ouweneel, W. J., *De Openbaring van Jezus Christus, deel 1 en 2*

Rienecker, F. *Lukas, Wuppertaler Studienbibel*, Wuppertal (Brockhaus Verlag)

Zahn, T., *Das Evangelium des Lukas*, TVG

Ayudas para el estudio

Begriffslexikon zum Neuen Testament, TVG

Bibleworkshop, Computer-Bibel, media C

Bromiley, G. W., *Theological Dictionary of the New Testament*, Eerdmans

Metzger, B. M., *A Textual Commentary on the Greek New Testament*, Londres, Nueva York (United Bible Societies), 1971

Rienecker, *Sprachlicher Schlüssel zum griechischen Neuen Testament*

Vine, W. E., *Expository Dictionary of New Testament Words*, Fleming H. Revell
Wigram, G., *Publishing Englishmans Greek Concordance*

Literatura general

Bruce, F. F., *Zeitgeschichte des Neuen Testaments*, Wuppertal (TVG) 1986
Gitt, W., *Und die anderen Religionen?*, Bielefeld (CLV)
Gitt, W., *Schuf Gott durch Evolution?*, Bielefeld (CLV)
Hunt, D., *Whatever happened to heaven*, Harvest House Publishers, Eugene, 1988
Josephus, F., *Geschichte des Jüdischen Krieges*, Wiesbaden (Fourier Verlag)
Josephus, F., *Jüdische Altertümer*, Wiesbaden (Fourier Verlag)
Scott, W., *Doctrinal Summaries*, Glasgow (G. T. Publications) 1982
Walvoord, J., *The Prophecy Knowledge Handbook*, Wheaton (Victor Books) 1990

Notas al pie

Rústica

W. & M. Deppe

Auswege oder Wege ins Aus?

320 páginas

ISBN 3-89397-290-0

Las comunidades de gurús, las sectas, los cultos místicos y los grupos psicológicos gozan en el mundo occidental de una popularidad creciente y de un número cada vez mayor de miembros.

Además, desde los años ochenta nos inunda una ola esotérica inabarcable.

Casi al mismo tiempo sucede lo que durante siglos fue inimaginable: ¡en todo el mundo comienzan diálogos entre las grandes religiones del mundo!

La consecuencia es que los cristianos se ven confrontados cada vez más a menudo con personas que han mezclado ideas cristianas con elementos de otras religiones, y que ellos, más que nunca, están llamados a ocuparse de las diversas corrientes de nuestro tiempo.

¡Este libro es una buena ayuda para orientarse en el laberinto de la diversidad religiosa!

¿Viven los muertos, o es la muerte el final de todo ser? ¿Cae el ser humano en un sueño del alma, o tiene conciencia más allá de la muerte? Son preguntas que ocupan a todo ser humano. Responder a estas preguntas, pero también transmitir esperanza, es el propósito de este libro, en el que la cuestión de la inmortalidad del alma constituye el tema central. Muertos que viven: la Biblia resuelve la paradoja. La muerte no es el final, sino el comienzo de una vida que nunca más termina. La verdad de esta afirmación está garantizada por una ...